

MARIAN ARPA

Prohibido liarse con el jefe

NUEVA ORLEANS 1



Selecta



Prohibido liarse con el jefe

SERIE

Nueva Orleans 1

Marian Arpa

Selecta

Esta novela la dedico a todas las profesoras; su paciencia, su amor y buen hacer ayudan a los padres en la educación de esos niños que todos queremos que en el futuro sean personas de bien. Muchas gracias por su dedicación. A veces deseamos que los peques lleguen con libro de instrucciones. Un besazo.

Prólogo

Nueva Orleans fue donde nacieron cinco mujeres que eran más que amigas, eran como hermanas. Se conocían desde la más tierna infancia, habían estudiado en los mismos centros, y al ir creciendo se formó entre ellas un vínculo que nadie rompería jamás.

A pesar de que se habían separado para ir a la universidad, a los diferentes campos que cada una había elegido, siempre permanecieron unidas a través de videollamadas o por aplicaciones telefónicas que les permitían contarse sus avances, ligues o problemas. Terminaron por autodenominarse «El consejo de sabias», ya que si alguna de ellas tenía un contratiempo, las demás no dudaban en acudir para ayudarse las unas a las otras.

Kathy había estudiado Historia del Arte, y en esos momentos restauraba muebles en la tienda que compartía con su tía Rebecca. Ella y Zoe eran las únicas del grupo que tenían pareja, ella estaba tan enamorada de Michael que las otras solían guasearse de su arrobamiento por ese hombre.

Zoe era enfermera en el Tulane Medical Center, vivía su particular historia de amor con Steve, un cirujano traumatológico que estaba para mojar pan. Cuando ella se quejaba de que las demás enfermeras babeaban detrás de él, siempre se escuchaba:

—¿No sabes que el hombre y el oso, cuanto más feo, más hermoso?

A lo que Christal, otra de ellas que era maestra de preescolar en la escuela Rodríguez Miró, respondía:

—No les hagas caso, cuanto más feo, peor para él. —Esa coletilla siempre les sacaba carcajadas a todas.

Ashley era abogada y apoyaba las palabras de Christal.

—Di que sí, yo no quisiera que me cogiera un infarto si voy por casa a oscuras y mi pareja pareciera un muerto viviente.

Al vivir en Nueva Orleans, habían crecido con las historias de vampiros, vudú, zombis y fantasmas.

Meg se había licenciado en Criminología, y a veces les contaba historias espeluznantes de lo que vivía día a día. No compartía que la ciudad estuviese encantada, a pesar de que todo el

mundo lo decía. Ella tocaba de pies en el suelo; sin embargo, algunos casos la hacían dudar de sus arraigadas creencias.

No podían ser más diferentes entre sí, pero su entendimiento y complicidad eran absolutos. Tenían que hacer verdaderos malabares para reunirse, por los horarios de trabajo de todas; aun así, de vez en cuando salían a divertirse: «noche de chicas».

¡Tiembla, Nueva Orleans, que ahí vamos!

Christal era feliz con sus «niños», como ella llamaba a sus alumnos. Cuando llegara el momento tendría una familia numerosa, pero para eso necesitaba encontrar al hombre adecuado.

—No existe el hombre perfecto —le decían Meg y Ashley.

—Sí que los hay, pero son imperfectos —replicaba Zoe.

—Cuando menos os lo esperéis os tropezaréis con uno que os hará hervir la sangre —sentenciaba Kathy.

El consejo de sabias había hablado.

Capítulo 1

James Rice acababa de salir de una relación sentimental en la que había puesto todos sus sueños. El hecho lo había dejado muy tocado; que la que había sido su mujer durante seis años hubiese puesto fin a la convivencia por irse a recorrer mundo le dejaba muy claro que su amor no valía nada, que había estado fingiendo, que se había aprovechado de su enamoramiento. ¡Joder si lo engañó! Un día le decía que lo amaba, y al siguiente la encontró preparando las maletas, dándole los papeles del divorcio, reclamando la custodia de Harry, el pastor alemán que había formado parte de la familia, pero del cual ella nunca se había ocupado; y, para terminar de rizar el rizo, había vaciado la cuenta bancaria que tenían en común. Suerte que él poseía otra en la que guardaba la herencia de su madre, que tenía pensado pasarla a sus hijos cuando los tuvieran; si no, lo habría dejado con una mano delante y otra atrás.

De eso hacía ya tres meses y aún no se podía sacar de encima la sensación de engaño. Su humor siempre era taciturno y lo pagaban quienes tenía a su alrededor.

Su vocación era la enseñanza, y sus largas jornadas e implicación lo llevaron a dirigir una de las mejores escuelas de Nueva Orleans, la Rodríguez Miró, llamada así en honor a un gobernador del siglo XVIII.

Anteriormente siempre tenía un saludo o unas palabras amables para el personal docente, en esos momentos los maestros solían evitarlo. Encontraba defectos en todo lo que proponían los demás, que era algo que jamás había hecho. Solía escuchar y valorar las ideas, logrando muy buenos resultados con los alumnos. No obstante, eso había cambiado y tenía en el punto de mira a la responsable de la educación infantil del centro: Christal Barret. Siempre había reinado la buena sintonía entre ellos, ella tenía ideas innovadoras para encaminar a los pequeños que más adelante llenarían las clases a medida que fueran creciendo. Sin embargo, desde hacía algún tiempo ya no compartían aquellas largas charlas en las que ella le contaba sus proyectos. La maestra, como todos los demás, se apartaba de su camino, y eso lo tenía molesto, a pesar de que sabía que era él mismo quien los alejaba.

—Christal, tenemos que hablar cuando terminen las clases —le dijo una tarde al cruzarse con ella en la entrada del colegio.

—Hoy no puede ser, James, tengo un compromiso. Tal vez mañana. —Lo esquivó ella con tono de voz frío.

—Tu primera obligación es con tus alumnos.

—Y cumplo con ellos, lo que haga en mis horas libres no le incumbe a nadie —contestó ella alejándose.

James se quedó mirando con el ceño fruncido aquella espalda erguida y ese culito respingón. Era la primera vez que ella le hablaba en ese tono y no estaba dispuesto a consentirlo. La veía sonreír a las mamás que acompañaban a sus retoños, tenía una palabra amable para ellas y algún que otro guiño para los pequeños, quienes la seguían con caritas ilusionadas.

Se fue a su despacho echando pestes, él era el director y ninguno de los maestros tendría que tratarlo de esa forma, se decía a sí mismo. Su humor fue cada vez más sombrío hasta que escuchó por los altavoces la música que anunciaba el final de las clases. Se asomó por la ventana por donde se dominaba el centro educativo y vio a Christal, que después de despedirse de sus alumnos cogía su bicicleta y se marchaba.

Los demás profesores iban saliendo en grupos, charlando los unos con los otros. Él estaba solo, observando desde la distancia lo que siempre había compartido.

Capítulo 2

Christal Barret era una mujer simpática, alegre y con una sonrisa perpetua. Adoraba a los niños, y eso la llevó a estudiar la carrera de Magisterio, especializándose en los más pequeños.

Hacía tres años que había empezado a trabajar en el prestigioso centro educativo Rodríguez Miró, durante los cuales había ido subiendo peldaños, y en esos momentos, dirigía la enseñanza infantil. Había maestras con más antigüedad, pero no querían aquella responsabilidad que suponía organizar los temas y presentarlos a dirección. La energía que ella había puesto desde el primer día le granjeó la simpatía y confianza de sus compañeras.

Christal era feliz con su trabajo, las caritas de los niños al aprender, al comprender lo que les enseñaba, eran mejores para ella que una juerga. Le gustaba pasarlo bien, como a todo el mundo, aunque a veces su responsabilidad lograba sacar de quicio a sus amigas, como en ese momento, que habían salido a tomarse unas copas. Raramente se podían encontrar todas debido a sus trabajos. Sin embargo, ese día lo lograron, solo faltaba Kathy, que llegaría en cualquier momento.

—Nenas, hay que predicar con el ejemplo. —Ese era el credo de Christal.

—Deja salir tu parte gamberra. —La instaba Zoe.

—Tú deberías saber mejor que yo que no se puede dar cancha a los jóvenes —replicaba.

—¿Te crees que cuando den la vuelta a la esquina se acordarán de tu ejemplo? —decía Ashley.

—Oíd, ¿hemos salido a pasarlo bien o a poner orden en el mundo? —Meg, cuando se juntaban, quería olvidarse de lo que veía día sí, día también—. Os tendríais que dedicar a la política, joder.

—Tienes razón —afirmó Christal.

—Venga, cuéntanos, ¿a qué viene ese nuevo peinado que te has hecho? —atacó Meg—. ¿Hay algún hombre a la vista?

Christal se rio.

—No, necesitaba un cambio. Mi jefe se ha vuelto una mosca cojonera.

—¿Y te has puesto más guapa para tocarle las pelotas? —preguntó una extrañada Ashley—.

Nunca había escuchado nada igual.

—No, tonta, un día salí de la escuela con mala leche y, para soltar presión, me metí en el salón de belleza y le dije a Louis que me hiciera lo que quisiera; ya sabéis lo que me relajan unos buenos masajes en la cabeza.

—Pues bien por Louis, estás fantástica —reconoció Meg.

—Te sienta estupendo ese tono rosa, te hace parecer una muñeca traviesa —admitió Zoe. Christal llevaba el pelo corto, peinado de punta, y el color le sentaba genial.

—Ya lo creo —intervino Ashley—. Lástima que yo no pueda hacerme un cambio así.

—¿Por qué no? —preguntaron Meg y Zoe al mismo tiempo.

—Porque nadie me tomaría en serio, y como abogada debo mantener una imagen.

Christal iba a replicar cuando vio que llegaba Kathy, a la que llevaban un buen rato esperando. Esta trabajaba en su propia tienda de antigüedades restauradas, era una artista en transformar cualquier cosa.

—Nena, ¿has venido de rodillas? —Se guaseó Meg.

—No. —Rio la aludida—. A última hora ha venido Walter, está amueblando su casa.

—¿Con antigüedades?

—Sí, es lo que le gusta, y he tenido que buscar varias cosas en otras tiendas por internet.

—¡Es raro de cojones, el tío! —exclamó Christal soltando una risotada—. Aún no entiendo cómo puede haber dos primos tan iguales y distintos a la vez. Mira que tengo a unos alumnos gemelos; con Walter y Michael, si no fuera porque uno lleva el pelo largo y el otro corto...

Michael era la pareja de Kathy, él era policía y adoraba el suelo por donde pisaba ella. Walter, su primo, había llegado a la ciudad tiempo atrás desde Sulphur, una ciudad del oeste de Nueva Orleans, y se había instalado en la casa que Michael compartía con Kathy. Con su atractivo había llevado de cabeza a muchas mujeres, entre ellas a las amigas de ella. Aunque él nunca se enteró de la conmoción que causaba entre las mujeres, le picó el aguijón del amor con Moira —una hermosa pelirroja que tenía una tienda de ropa interior femenina—, y se había comprado una casa en las afueras.

—¿No te has confundido ninguna vez y le has dado un morreo al primo? —se burló Meg—. Ya sabéis que a mí no se me pasa una, pero lo de estos dos es un delito. Lástima que estén pillados, sino sacaría toda mi artillería y me llevaría a Walter. —Kathy la miró divertida—. A tu Michael nunca se me ocurriría. Los hombres de las amigas son intocables —aclaró.

—No me confundiría en la vida, mi Michael es... —Soltó un suspiro exagerado para darles envidia. Todo era pura comedia, las chicas sabían muy bien el amor que había entre ambos, y se divertían aguijoneándose las unas a las otras.

Todas rieron el comentario de Kathy.

—¿Dónde trabaja Walter? —Se interesó Meg.

—Guapi, ya está pillado. Olvídate de él. —Kathy desvió la conversación, la historia de Walter era más complicada de lo que sus amigas pensaban, y era para mantener en secreto; solo ellos la

sabían y así debía ser—. ¿No había cierto arquitecto que te hacía tilín?

—¡Es tan mono! —exclamó Meg con mirada soñadora.

—Chica, yo a los hombres los puedo encontrar atractivos, pero ¿monos? —La pinchó Ashley.

—¿Es peludo? —Siguió la corriente Zoe.

—Tiene lo justo y donde a mí me gusta.

—Caramba, ¿ya has llegado a todos los rincones?

Meg asentía con una gran sonrisa a las palabras de Kathy. La aventura con el arquitecto era solo eso, disfrutarían un tiempo y luego adiós. No pondría su corazón en manos de ningún hombre; todos eran iguales, y si les dabas alas, acababas sufriendo, no estaba dispuesta a ello.

—Mírala, y sin contarnos nada, eres una mala amiga —se quejó Ashley. Luego miró a Christal—. Nena, o nos espabilamos o nos quedamos solas.

—¿Qué dices?! —exclamó Zoe—. Kathy y yo tenemos pareja y estamos aquí. Somos mejores que los mosqueteros, nadie nos separará: «Una para todas y todas para una».

Las chicas la aplaudieron.

—¡¡¡Bien!!! —gritaron juntas, chocaron sus jarras de cerveza en un brindis por su amistad.

—Bueno, guapis, ya sé que he llegado tarde y que seguro todas lo sabéis —hablaba Kathy, mirando a Christal—. ¿A qué viene ese nuevo look? Te sienta fenomenal, lo admito, tendrás que decirme quién te lo ha hecho.

—Ha sido Louis, le dije que necesitaba un cambio y... *voilà*.

Kathy levantó sus bien depiladas cejas.

—Cuando una mujer da rienda suelta a un estilista, o está como una cabra, o tiene algún problema. ¿Cuál es el caso?

—Un poco de las dos cosas —intervino Zoe—. Se he puesto estupenda por un enfado con su jefe.

Kathy estalló en una carcajada.

—Vaya, es la primera vez que escucho algo parecido. —En sus ojos se apreciaba la diversión—. Por lo que nos cuentas, últimamente los choques con él son habituales; si te pones más guapa con cada cabreo lo vas a enamorar.

Todas rieron ante la observación de Kathy.

—Ni envuelto en un lacito de oro —replicó Christal—. Ya no es el James de antaño, con el que me lo pasaba genial; además, tiene pareja. Ni de coña me pongo en medio de él y su mujer. Que se lo quede enterito, a mí no me interesa.

Aquella aventura con el director quedaba muy lejos, recordaba cuando tres años atrás ella se había entrevistado con él al entrar a trabajar en el Rodríguez Miró, entonces se dio cuenta de que no quería sacar el pasado a relucir y ella lo respetó. Al fin y al cabo, solo había sido sexo, del bueno, pero solo eso.

Kathy, que se cachondeaba hasta de su propia sombra, la continuó pinchando, y ella le siguió la corriente.

Capítulo 3

James estaba en plena mudanza, después de los problemas que tenía con Anais, con los papeles del divorcio en marcha, debía vender la casa donde habían vivido, darle su parte —de la que descontaría lo que ella se había llevado de la cuenta conjunta—, y él empezaría de nuevo en otro lugar. Por extraño que pareciera, no la echaba de menos, a quien sí añoraba era a Harry, su mascota, aún no entendía por qué ella se lo había llevado, nunca le había importado el perro. Estaba convencido de que lo había hecho con premeditación, para sacarle una manutención como si se tratara de un hijo. Sin embargo, James había contratado a un abogado, y este le dijo que era él quien tenía que recibir una compensación por no poder disfrutar del animal.

Anais no se había tomado aquella noticia nada bien, y le prometió que se arrepentiría. También se la descontaría de la parte que le tenía que dar por la venta de la casa, aunque hubiese preferido tener a Harry con él, a saber cómo lo estaría tratando ella.

Tenía el salón lleno de cajas con sus posesiones, al día siguiente iría una empresa de transporte que llevaría a su nuevo hogar lo que él deseaba. Con todo embalado, decidió salir a cenar; se fue hacia Bourbon Street dando un paseo y se metió en uno de los locales donde solía ir con sus amigos. No los había llamado porque no le apetecía que le repitieran por enésima vez que se olvidara de Anais y que siguiera adelante. Ya lo había hecho, solo deseaba saldar cuentas y perderla de vista.

Estaba tomándose una cerveza en la barra mientras escuchaba las carcajadas de varias mujeres en la terraza interior, y se giró. De entre las escandalosas, le llamó la atención un cabello rosa de punta. ¡Christal!

«Vaya jolgorio que armaban ella y sus amigas», pensó.

La había conocido antes que a Anais, una noche coincidieron en el mismo local, cada uno con sus amistades, sus miradas se encontraron y ella le había sonreído. Cautivado, fue hacia ella y se presentó, se cayeron bien desde el minuto uno. Se vieron varias noches; sin embargo, como ninguno de los dos buscaba nada serio, lo suyo fue una agradable aventura, sin promesas ni compromisos, que duró pocas semanas. Ella estaba estudiando y no quería distraerse con líos. Se habían despedido como amigos, y nunca más volvió a saber de ella hasta que empezó a trabajar

en el Rodríguez Miró, bajo su mando.

Durante los años desde su llegada al centro, habían conversado de las casualidades de la vida al volverlos a cruzar, pero como él tenía pareja y era sabido por todos, ninguno de los dos habló de aquellas lejanas semanas.

Con el bullicio que había en el local y lo apartado que estaba, no podía escuchar. Se la quedó mirando. Ella estaba sentada de espaldas a él, y a través de la silla metálica podía apreciar su culito, los gestos con que se expresaba, la estrecha cintura y ese cabello rosa corto que destacaba bajo la luz de los farolillos de la terraza. Todas parecían hablar y reírse a la vez, y sintió curiosidad por lo que les haría tanta gracia.

Cogió su jarra y le dijo al camarero que le sirviera fuera el *etouffee* de cangrejo de río que había pedido, y se sentó en una mesa cercana a la de las chicas.

—Mi jefe se ha vuelto un verdadero incordio.

James había escuchado la pregunta que le hizo una de las chicas a Christal, y se le atragantó la cerveza al oír su respuesta. «Conque un incordio, ¿eh?». Su espalda se tensó, ¿eso era lo que pensaba de él?

—¿Lo han cambiado? ¿Ya no es ese tipo tan majo que tenías?

—Es el mismo, pero últimamente, es como si lo hubiesen girado como un calcetín. Se ha vuelto un gilipollas —respondía ella al comentario de una de las chicas.

—Eso suele suceder con los hombres —confirmaba otra.

James ya había escuchado suficiente, lo había insultado dos veces en pocos segundos. Tenía unas ganas tremendas de levantarse e ir a saludarla, la tentación era grande, muy grande.

Ni ella ni sus compañeros sabían lo que él estaba pasando, se lo había guardado para sí, solo lo había comentado con sus amigos más cercanos. Por Dios, que ya no era un adolescente, tenía treinta y seis años. Solo le faltaba que los maestros de la escuela lo trataran como a uno de sus alumnos. Él era adulto y reharía su vida, ya había empezado a hacerlo, y a nadie le importaban sus problemas.

Cuando volvió a afinar el oído, escuchó:

—A nosotras nos avasallan; y si no estamos de humor, creen que tenemos la regla —decía una de las amigas de Christal.

—Tendrían que pasar por un parto —hablaba otra de ellas.

—Son unos flojos, luego el sexo débil somos nosotras.

—Mi madre sola crio a mis tres hermanos y a mí, mi padre nunca la ayudó. Se marchó cuando nació el pequeño porque dijo que no estaba preparado para una familia tan grande.

—¿Y se dio cuenta cuando nació su cuarto hijo? Perdona, Meg, pero es un cabronazo.

James no podía creer lo que estaba escuchando. No le extrañaba que esa mujer considerara a su padre un hijo de puta.

—Tu madre es una gran mujer. —Él reconoció la voz de Christal—. Por desgracia, hay hombres así en el mundo, deberían cortársela al nacer.

—¿Te imaginas? —terció otra voz—. Iríamos por la calle y oiríamos esas voces de pito que no podrían ocultar, sabríamos de cuáles fiarnos y de cuáles no.

—No sería tan fácil.

—Siempre habría más de un mamonazo que se libraría.

«Joder», pensó James, ¿es que esas mujeres se creían poseedoras de la verdad y la razón absolutas? Estaban poniendo a los hombres a caer de un burro. Debían ser todas unas amargadas de cuidado. El camarero le sirvió la cena y ninguna de ellas le prestó atención. Al ponerse una porción en la boca, un pensamiento hizo que dejara de masticar. ¿Christal hablaría así ante las niñas de su clase? Tendría que estar alerta.

—Suerte he tenido con Michael —decía alguien que ya había escuchado antes.

—Y yo con Steve.

Definitivamente, nunca entendería a las mujeres. De las cinco había dos con pareja, por lo que había escuchado. Era un porcentaje de casi el cincuenta por ciento, el sexo masculino aún tenía esperanza. No los caparían a todos.

Nunca habría imaginado que Christal y sus amigas fueran tan extremistas, y si lo analizaba con detenimiento, no podía creer que ella pensara así. Cualquiera que las escuchara creería que eran un grupo de solteronas en guerra con el sexo masculino. ¡Podían serlo! Él no las conocía, tampoco podía decir que supiese mucho de Christal; en esos momentos solo hablaban de métodos de enseñanza, lo suyo había sucedido hacía años y las personas cambiaban, que se lo dijeran a él.

¿Por qué de repente le entraron ganas de conocerla mejor?

Lo haría, como que se llamaba James que lo haría, pero antes ella sabría que había escuchado la conversación. Se levantó para volver a casa y pasó junto a ella.

—Buenas noches, sois unas expertas en rajar sobre hombres. No perteneceréis a algún grupo político feminista, ¿verdad?

Christal se quedó con la boca abierta, ¿desde cuándo estaba James allí? Por su comentario supo que había escuchado bastante. ¡Mierda!

Capítulo 4

Como cada día, Christal acudió a la escuela en su bicicleta y con la mochila en la espalda.

La noche anterior había sido una locura. Cuando sus amigas, sorprendidas por el comentario de James, iban a replicarle, ella levantó la mano para que cerraran sus bocazas; sin embargo, no pudo retener a Meg, que ya hablaba en voz alta.

—¡Serás mamón! —clamó a la espalda del hombre que se alejaba—. Este tipo no es un voyerista, es un... —Se calló, cavilando la palabra—. ¿Cómo se dice escuchar conversaciones ajenas? —preguntó mirando a Ashley.

—Orejeear —contestó James mirándola por encima del hombro sin detenerse.

—¡¿Orejeear?! —exclamó Zoe—. En mi casa lo llamamos «cotilleo puro y duro».

—Chicas, por favor, es mi jefe. —Al escuchar a Christal, la miraron con los ojos muy abiertos.

—¿El incordio y gilipollas? —Quiso saber Meg.

—El mismo.

—Como si quiere ser el sursuncorda, tiene la educación en la punta del nabo.

Aquellas expresiones hicieron que todas estallaran en carcajadas.

—Tengo que darte la razón —asintió Ashley mirando a Christal—. Para ser el director de una escuela tan prestigiosa, deja mucho que desear.

—No sé qué le pasa, no siempre ha sido así.

—Quizá tendrá la regla —se burló Kathy.

—Más bien, será «pitopausia» —indicó ella—. Hace semanas que no es el mismo. Todos intentamos no cruzarnos con él.

—Pues eso debería darle qué pensar —habló Zoe.

—Nenas, vamos a dejarlo, a ver mañana por dónde me sale. —Quiso zanjar el tema Christal—. Que hoy quería hablar conmigo al terminar las clases y me he escaqueado.

—Ah, puñetas, entonces es posible que estuviera molesto.

—Pues a joderse y aguantarse —soltó Zoe.

A partir de ahí dejaron de hablar de él, pero al ponerse en la cama, le vino a la mente el día

que se habían reencontrado...

Christal estaba tras los vidrios de un gran ventanal que dominaba toda la parte frontal del colegio Rodríguez Miró, esperando a entrevistarse con el director.

Cuando recibió la llamada que le anunciaba que ese centro educativo sería su lugar de trabajo, no se lo podía creer. No esperaba que su carrera diera un cambio tan radical; pasaba de un colegio en un barrio humilde a un centro muy prestigioso del centro de Nueva Orleans.

Oyó una voz profunda a su espalda.

—Señorita Barret, puede pasar. —Se giró y se sorprendió al ver quién era el poseedor de esa voz que le había resultado conocida, era el director. Hacía años que no se veían y estaba tan atractivo como recordaba.

Él también la había reconocido y se le levantó una comisura de los labios en una media sonrisa.

—Hola, buen día —dijo ella al entrar en el despacho—. Caramba, nunca me dijiste que te dedicaras a la docencia.

—Siéntate, por favor. —Parecía que ese hombre no quería hablar de sus anteriores encuentros, de aquella aventura pasajera que tuvieron cuando ella estaba en la universidad, y que terminó cuando quiso dedicarse a la carrera sin distracciones. Al no haber sentimientos por medio, lo suyo solo eran encuentros esporádicos, no hubo corazones rotos ni nada por el estilo. Christal entendió que estaban en su lugar de trabajo, y era de entender que él quisiera separar su vida personal de la profesional.

Durante la hora siguiente, él le hizo preguntas sobre cómo se proponía enfrentarse a veinte alumnos de entre tres y seis años. Parecía que le satisfacían sus respuestas y la escuchaba sin interrumpirla.

—Desde luego que si tenéis otra forma de hacer las cosas, puedo adaptarme —terminó Christal.

—Me parece bien todo lo que has dicho, y no creo que tengas ningún problema con tus otras cinco compañeras de educación infantil.

—Seguro que no.

—Me gusta tu disposición, sigue así.

Ahí terminó la entrevista y ella no quiso añadir nada más, parecía que no deseara recordar que ya se conocían.

Christal pasó la noche entre sueños y pesadillas, en todos aparecía James. En unos, la miraba con los ojos encendidos como en el pasado; y en otros, parecía que ella fuera invisible, o trataba de imponer su voluntad, lo que hacía que todos sus compañeros, incluida ella, caminaran de puntillas y lo evitaran.

En ese momento lo veía aparcando su jeep Renegade blanco en su plaza. Se apresuró a dejar la

bicicleta en la conserjería e ir a ponerse la bata que usaba para trabajar. Los niños empezaron a llegar y lo vio cómo se dirigía a su despacho.

James se quedó mirando desde detrás de la cristalera por donde se veía toda la parte frontal de la escuela. A la derecha del espacioso patio para hacer deporte, había la construcción de dos pisos de educación infantil, separada del edificio principal. Esos eran los dominios de Christal; a pesar de ser la maestra más novata, se había ganado a pulso su puesto de coordinadora. Era enérgica y comprometida, hacía cualquier cosa por los pequeños y los resultados eran satisfactorios. Sin embargo, lo que a él no le gustaba era su independencia; enseñaba a su manera sin consultar con nadie, aunque diera resultado. El director no estaba allí para quedarse sentado en el sillón, las decisiones le correspondía tomarlas a él, consideraba que, a pesar de saber lo que se hacía, Christal estaba bajo su mando. Debía consultarlo siempre que se propusiera hacer algún cambio.

James esperó a que las clases empezaran para que ella no se le pudiera escapar y fue hacia el edificio de educación infantil. Dio dos golpecitos en la puerta de la clase que ocupaba ella y entró.

—Niños, ¿qué debemos hacer cuando llega el señor director? —Los instruyó para que supieran quién era ese hombre.

—Buenos días, señor director —corearon todos.

—Buenos días, ¿me permitís que hable un momento con la señorita?

¿Qué se traería ese hombre entre manos?, se preguntó Christal.

Él le hizo un gesto para que saliera al pasillo.

—Niños, escribid vuestro nombre en el folio que tenéis delante, vuelvo enseguida. —El hombre le cedió el paso y cerró la puerta tras ellos.

—Tengo asuntos que tratar contigo, ¿te va bien este mediodía? —James no esperó a que ella contestara y siguió—: Sé que no tienes guardia de comedor, supongo que no habrá ningún problema.

Ella iba a usar precisamente esa excusa y se le quedó la mente en blanco.

—Ninguno. —Se oyó decir bajo la mirada de aquellos ojos negros y penetrantes.

—De acuerdo, estaré en mi despacho. Te esperaré. —Dicho lo cual, la dejó preguntándose qué sería eso de lo que tenían que hablar.

Cuando al mediodía dejó a los niños con las monitoras del comedor, Christal subió al despacho del edificio principal. Él se había quitado la americana y llevaba la corbata floja.

—Un momento, termino enseguida —indicó James al verla en la puerta abierta a sus dominios.

Ella asintió con la cabeza, se dio la vuelta hacia los amplios ventanales desde donde se veía jugar al béisbol al equipo de alevines.

James se situó a su lado al cabo de unos minutos.

—Lo hacen muy bien —los alabó ella.

—Sí, este año se llevarán alguna copa, estoy seguro.

—¿Eso es lo importante?

—Claro.

—En eso no estoy de acuerdo, lo principal es que se lo pasen bien, no que estén en el equipo para satisfacer a sus papás.

—Ellos son los que pagan tu sueldo —le encasquetó él.

—¿Qué quieres decir? ¿Me has hecho venir para informarme de quién llena las arcas del colegio?

—No.

—Porque te recuerdo que mis niños se divierten en clase.

—Ahí quería llegar —enfaticó precediéndola hacia el interior del despacho, le señaló una silla y se sentó en el sillón.

—No entiendo.

—Estamos aquí para enseñar, no para entretener a los pequeños.

—No tienes que recordármelo, sé perfectamente cuál es mi trabajo.

—No sé yo, solo escucho muchos cantos e historias de un gusano mágico.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no creo que estén a la altura del prestigio de este centro educativo —mintió él. Sabía perfectamente que los pequeños llegaban a primaria muy preparados, solo quería tener unas palabras con ella y chincharla. Lo que había oído la noche anterior le escocía. Al mismo tiempo que, después de verla en su salsa con sus amigas, deseaba saber más de esa mujer. En el pasado habían tenido una aventura, pero no llegó a conocerla, aquellos días quedaban muy atrás; y si era sincero consigo mismo, tenía que reconocer que se sentía atraído por ella. Claro que llevaba tres meses solo, quizá fuera que necesitaba sentir las caricias femeninas.

Christal abrió los ojos como platos, le estaba diciendo que no hacía bien su trabajo.

—Oye, que sea rubia no representa que sea tonta. —En ese momento recordó su tono rosa de cabello—. Bueno, ya sabes que mi color natural es rubio. —Su voz había subido y sonaba indignada.

—Nadie te lo ha dicho.

—Nooo, respóndeme a una pregunta, ¿cuando tienen seis años y pasan a las aulas del edificio principal, no están a la altura?

—No lo sé —mintió James.

—Entonces ¿de qué estamos hablando? —El tono de ella era molesto.

—Christal, exijo seriedad en mis maestros, y, con franqueza, no es la imagen que das con esos cabellos rosas.

—¡Joder! ¡Ya estamos llegando al quid de la cuestión! —exclamó ella.

—¿Hablas así de mal delante de tus alumnos? —Seguía tanteándola él.

—Si quieres saberlo tendrás que acudir a una de mis clases —lo retó ella—. Así te hablo a ti. Ayer me escuchaste a traición mientras me lo pasaba bien con mis amigas, y ya das por sentado que no sé comportarme en clase. —Ella se había puesto tiesa en la silla, y sus ojos le lanzaban dardos envenenados.

James pensó que se la veía muy atractiva en aquella actitud retadora.

—Lo que ayer oí fue cómo me insultabas frente a otras mujeres. Cualquiera que os hubiese escuchado habría llegado a la misma conclusión que te dejaría en muy mal lugar.

—¿Qué te has creído? No eres mi padre, ni él me hablaría así. Sabe muy bien cómo soy, al contrario que tú.

—No estoy yo tan seguro. Si eres la mujer de las dos caras que me has demostrado, dudo que...

—¿La mujer de las dos caras?! —exclamó Christal alzando la voz e interrumpiéndolo—. Estás muy equivocado, lo que pasa que yo separo mi vida personal de la profesional. Si tú no lo haces, ese es tu problema.

James se puso tieso en su sillón.

—No estamos hablando de mí.

—No, estás señalando mi incompetencia para hacer mi trabajo —confirmó ella gesticulando con las manos—. Estás diciéndome que mis métodos no son buenos cuando no te has molestado en informarte de si los pequeños llegan a las aulas superiores preparados. Te sugiero que preguntes a los maestros... Ay, perdona, se me olvidaba que últimamente todos te evitan. Yo me lo haría mirar, eso no es bueno para el director del Rodríguez Miró.

La cara de ella había subido de color.

—¿Te das cuenta de las impertinencias que sueltas por esa boca? —La voz de él había escalado varios grados, que ella le recordara por el mal momento que estaba pasando no le sentó nada bien.

—¿Ahora a las verdades se las llama «impertinencias»? Yo que tú repasaría el diccionario, así quizá cuando hables lo harás con propiedad. —Ella suponía que todo lo que estaba diciendo era fruto del enfado por los comentarios escuchados la noche anterior.

—No, te estás comportando como una adolescente peleando con su padre para salir un sábado por la noche.

—¿Que no eres mi padre! ¿Cómo te lo tengo que decir? Y no te las des de entendido, que yo sepa no tienes ningún hijo, ¿o es que tienes alguno por ahí escondido y sueles tener esas discusiones con él? Si le impones tu voluntad como haces aquí, qué pena me da. —Christal estaba perdiendo la paciencia, y eso que tenía mucha—. Solo trato de que te entre en la cabeza que antes de hablar te informes.

—Ya lo hago. —Él no tenía ningún hijo, esperaba tenerlos en el futuro; no obstante, le dolieron sus palabras.

—No, si lo hicieras no estaríamos teniendo esta conversación. Pregunta a Delphine —dijo refiriéndose a la profesora de primer curso—. Si ella te dice que mis pequeños cojean, yo misma presentaré mi dimisión.

En esos momentos eran como dos titanes desafiándose, una mirada negra contra otra ámbar que parecía echar chispas.

Ella parecía estar muy segura, pensó él.

—No te la he pedido —afirmó James rotundo.

—No, no lo has hecho con esas palabras, te has dedicado a cuestionar mi forma de enseñar, has dicho que los pequeños no llegan suficientemente preparados a primaria, que lo único que hago es entretenerlos. Pues muy bien, haremos la prueba. —Christal iba a soltar una bomba, y se puso en pie para dejarle muy claro a ese hombre que estaba dispuesta a jugárselo todo por los peques—. Dentro de un mes, el ayuntamiento organiza un encuentro entre centros, con los familiares. Se harán gincanas y también partidos entre los equipos que se inscriban. Además, hay unas pruebas de rapidez mental y de relatos escritos por jóvenes. Para los más pequeños hay talleres de pintura, escritura y comprensión. No sé si tenías previsto inscribir al centro, pero si no lo haces, animaré a todos los padres, los que pagan mi sueldo —hizo un énfasis en esas palabras—, a que lleven a sus niños. —James se preguntaba cómo ella se había enterado de eso si a él le había llegado esa misma mañana la circular, levantó una ceja interrogativa—. Antes de que preguntes, te aclararé que suelo ir a las reuniones donde se organizan esos eventos para muchachos jóvenes y sus familias. Son muy instructivos, pertenezco al comité y... —No terminó lo que iba a decir, si sus planes salían bien y lograba patentar su método, dejaría a James con un palmo de narices; si no era así, no tenía por qué enterarse.

—¿Es tu forma de coaccionarme a asistir?

—¿Es que no escuchas?! —exclamó, su paciencia se había agotado. Se dio la vuelta para irse, pero lo pensó mejor, le tendría que hablar como a uno de sus alumnos—. Te he dicho que, si la escuela no asiste, animaré a los padres a que lleven a sus hijos. ¿Te ha quedado claro? Y estoy segura de que los niños que acudan se divertirán.

El ceño de James parecía echar chispas.

—¿Cómo quedaría el centro si hay estudiantes sin representación?

—Ese no es mi problema —afirmó ella mientras salía del despacho pisando fuerte—. Además, estaré yo, si no va algún otro maestro, puedo arreglármelas.

Él se quedó mirando el hueco por donde ella se había marchado. Lo había desafiado. ¿Quién se había creído que era esa mujer? Por otro lado, había descubierto que ella estaba implicada en el comité organizador, nunca lo hubiese imaginado.

Christal era una caja de sorpresas.

Capítulo 5

Ante la provocación de ella, James inscribió al Rodríguez Miró a esa festividad familiar, esperaba no tener que arrepentirse.

Christal notaba como si él la vigilase y le hacía gracia, debía tener el culillo apretado y con miedo a hacer el ridículo, pensó al enterarse de que había inscrito a la escuela en aquella jornada.

Unos días más tarde, todos los profesores fueron convocados a una reunión al terminar las clases. James les informó de su participación y de la importancia de que todos los asistentes hicieran un buen papel. Christal, que lo escuchaba, no podía creer que un hombre que se dedicara a los jóvenes fuera tan corto de entendederas.

—Si espera que los chicos se comporten como si estuvieran en la escuela, va fresco —murmuró a Delphine, su compañera de primaria.

—Le va a dar un síncope si no lo hacen.

A ella le hizo gracia el comentario.

—Entonces será cuestión de animar a los chavales.

Las dos apretaron los labios para aguantar la risa.

—¿Pasa algo ahí? —inquirió James desde la cabecera de la larga mesa que utilizaban para las reuniones con los profesores.

Christal levantó la vista, chocó la mirada y vio los ojos negros clavados en ella.

—Nada, nada —contestó levantando una ceja como si no supiera por qué lo preguntaba.

—Si tienes algo que decir, es el momento. —La instó él.

¿Qué quería que dijera?, pensó ella, que prácticamente le retorció el brazo para que accediera. Iba listo.

—¿Me estás dando la palabra? —Él asintió con los ojos brillantes, como si le estuviera advirtiendo—. Bien, amigos —habló poniéndose en pie—. Quiero sugerir que animemos a los chicos a participar, será un día para divertirse. Para que convivan con muchachos de otras escuelas, que hagan amigos, que se relacionen entre ellos. No importa que ganen o pierdan. —Christal veía en la mirada de James que estaba esperando que dijera que había sido idea suya—. Hay premios para los concursantes. Quizá no sea yo la más indicada para decirlo; sin embargo,

creo que no deberíamos obligar a nadie a hacer lo que no les apetezca. —Al explicarlo, notó que James apretaba la mandíbula, seguro que él ya se imaginaba siendo los ganadores—. Recordemos que va a ser en domingo y es su día festivo.

—Pues a mí esa fecha me va fatal —dijo Josua, el profesor de lengua extranjera, que iba a ser papá—. Mi mujer está a punto de salir de cuentas.

—No te preocupes, no es obligatorio asistir, ni para los chicos tampoco. —La mirada de James estuvo a punto de chamuscarla allí mismo, ella no era nadie para aquello—. Entre los que nos encontremos allí nos ocuparemos de los niños, y no olvidéis que también estarán sus padres, además de la vigilancia que pondrá la organización.

Esa mujer estaba enterada de todo, pensó James. También les había dicho que no era obligatorio asistir, ¿qué pretendía? ¿Tomar las decisiones por él? Por supuesto que tenía que ir el equipo docente, no iba a escaquearse nadie sin una razón de peso.

—¿Me permites, Christal?

—Claro —afirmó ella con una sonrisa a sus colegas.

—Quiero que quede claro que salvo Josua, que tiene a su mujer a punto de dar a luz, espero que todos estén allí. —Por su tono de voz, no quedó ninguna duda de que aquello no era ninguna petición, era una obligación—. Si tenéis alguna dificultad, acudís a mí o a Christal, que por lo que veo está muy bien enterada. ¿Alguna pregunta?

Se miraron los unos a los otros, entendiendo a la perfección las palabras no dichas por el director, y todos negaron poniéndose en pie para abandonar la sala.

Christal vio cómo él le había dado la vuelta a sus palabras y algunas cejas levantadas de sus compañeros. ¡Sería cabronazo! James había convertido un día de diversión en otro de obligación. Apretando los dientes para no soltar todos los tacos que tenía en la punta de la lengua, se levantó y salió. Fue directa a la clase a buscar la mochila y recogió la bicicleta.

Iba a salir por la puerta del colegio cuando vio a James, que la miraba con una expresión satisfecha y parecía esperarla.

—Te habrás quedado ancho, ¿no? —Su voz enojada lo satisfizo. Ya era hora de que esa mujer supiera quién mandaba en el colegio.

—¿De qué me hablas? Querías que los niños asistieran, no he hecho más que acceder a tu petición.

La boca de Christal se abrió por la sorpresa, le estaba echando sobre sus espaldas toda la responsabilidad de obligar a los alumnos y a sus familias a asistir a aquel evento que tenía que ser voluntario y para pasarlo bien.

—Sabes muy bien de qué hablo. —La mirada ámbar de ella lanzaba chispas—. Has hecho que un día festivo se convierta en uno de trabajo; y, por si fuera poco, has dado a entender que yo estaba interesada en ello.

—Fuiste tú quien me dijo que pensabas animar a los padres a ir.

A Christal se le estaba erizando todo el vello del cuerpo, la estaba sacando de quicio.

—Una cosa es animar, la otra es convertirlo en obligación, ya vuelves a confundir las palabras.

—¿Eso he hecho? —preguntó como si no lo supiera bien.

Que se hiciera el tonto sacaba a Christal de sus casillas. Si le decía lo que pensaba de él en esos momentos, allí, delante del centro, a la mañana siguiente lo sabría todo el mundo. Al lado mismo había una librería gobernada por Betty, la mayor chismosa en kilómetros a la redonda.

Apretó los dientes para contenerse y se colgó la mochila a la espalda.

—Adiós. —Christal iba a montarse en su bici.

—No me has respondido.

—Créeme, no quieres escuchar lo que tengo que decir. —Al ver su cabreo, a él se le dibujó una sonrisa en los labios—. Cretino —murmuró ella.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

Había descubierto que a James le gustaba aguijonearla.

—Sí, has rumiado algo.

—Imagínatelo —resopló alejándose de él.

El director se fue hacia su coche con una sonrisa, estaba satisfecho de haberla sacado de sus casillas. Al sentarse tras el volante y aflojarse la corbata, se miró en el espejo retrovisor, y al ver su expresión se dio cuenta de que hacía tiempo que no se divertía de la forma que lo hacía en esos momentos.

Christal era apasionada en su trabajo, actuaba con consideración ante adultos y niños. Sospechaba que era igual de comprometida con todo lo que hacía.

Con un respingo se percató de que hacía días que no pensaba en su ex. Cambiar de casa fue el detonante, se decía; no obstante, empezaba a sospechar que las batallas verbales con esa mujer tenían mucho que ver. Era inteligente y se volcaba en su pasión, que era la enseñanza, además de muy atractiva; por mucho que creyera que ese peinado y el color rosa no eran apropiados, le sentaban de maravilla. Su cuerpo cimbreante y flexible lo hacía imaginarla...

Él mismo se dio con la palma de la mano en la frente, ¿a qué venían esas divagaciones?

Capítulo 6

Christal llegó a su casa que se la llevaban los demonios, se metió bajo la ducha para que el agua caliente arrastrara su mal humor, pero no lo consiguió.

Tal vez si salía a caminar un rato se le airearían las ideas. Se puso unos vaqueros, una camiseta y su cazadora tejana, cogió las llaves y el móvil, y cerró la puerta tras de sí.

Sus pasos la llevaron al Barrio Francés, a Bourbon Street, donde se encontró con Jean y Paul, dos de sus compañeros. El primero, profesor de Ciencias; y el segundo, de Música.

—Hola. —Parecían extrañados—. Vaya, nunca te había visto por aquí.

—Pues créeme que vengo, sobre todo cuando salgo con mis amigas.

—Y ¿dónde están ahora? —Se interesó Paul.

—Trabajando.

—¿Se van a reunir contigo más tarde? —La expresión de la cara de Christal le decía que no había ido allí a divertirse. No lucía su sonrisa habitual.

—No creo, tenemos que hacer malabares para poder coincidir todas.

Esa aclaración hizo que los hombres rieran.

—Entonces, vente con nosotros. —Jean también se había fijado en el tono que ensombrecía sus ojos ámbar.

—No quiero contagiaros mi mala leche.

—Esa es nuestra especialidad —afirmó Paul.

—¿Qué dices?

—Que te va a abandonar muy pronto. —Al decirlo, entrelazó un brazo con el de ella y comenzó a caminar, arrastrándola a su lado—. Un par de lingotazos especiales, lo sueltas, y a pasarlo bien.

—Ojalá fuera tan fácil.

—Lo es. —Jean apoyó a su compañero—. ¿Qué tienes, mal de amor?

—No.

—Entonces, seguro que tiene remedio.

Entraron en un local y se sentaron al fondo. El camarero, que ya conocía a los hombres, les

preguntó desde detrás de la barra si sería lo mismo de siempre.

—Sí, pero uno más. Te fías de mí, ¿verdad? —Terminó mirándola a ella.

—Desde luego.

—Venga, cuéntanos qué ronda por tu cabeza. —La apremió Paul.

—Aún no me he tomado los lingotazos —señaló ella.

—¿Tendré que emborracharte? —se burló Jean.

—Apuesto a que sé con quién estás furiosa. —Paul estaba sentado frente a ella—. ¿Tiene que ver con James?

—¡Qué agudo! ¿Tan transparente soy?

—Solo para los que te conocemos.

—Me saca de mis casillas.

—Lo sabía. Últimamente está distinto, parece que se le haya subido el cargo a la cabeza. —Jean, al igual que todos, había notado que el director ya no era el mismo.

—Pues si no se le baja pronto, me voy a marchar. —Ante las palabras de ella, los dos se quedaron con la boca abierta—. No puedo hacer bien mi trabajo si estoy de mala leche, los niños no tienen que aguantarme.

—¿Lo dices por los niños o por ti? —preguntó Paul—. Los que se pelean se desean.

—¡Qué tonterías dices! —exclamó ella.

—Tienes que reconocer que el tío tiene sexapil.

Jean recibió una mirada de ceño fruncido por parte de ella.

—Ah, ¿sí? Yo no se lo veo por ninguna parte, es autoritario, mandón y arcaico.

—A ver. —Paul le puso delante un vaso de chupito con un líquido marrón y una cerveza—. Bebe, y luego nos cuentas qué ha ocurrido hoy en la reunión. Todos nos hemos dado cuenta de las miradas envenenadas que le has lanzado. —Le hizo un gesto cogiendo su propio vasito para que ella hiciera lo mismo.

Christal se tomó aquella bebida de un trago y le quemó la garganta, los miró con los ojos saliéndole de las órbitas, y Jean le puso la cerveza en una mano. Ella se la echó en el gaznate y se alivió al instante.

—¿Qué es eso? —preguntó Christal cuando le salió la voz.

—Ron especial.

—Y tan especial.

—Venga, guapita, no nos tengas en ascuas. Empieza a hablar.

—Sabéis que me relaciono con el Comité de Educación del ayuntamiento. Cada mes me mandan la circular con lo que tienen programado. Al ver la jornada de convivencia, me pareció interesante para los chavales, y le dije a James que pensaba animar a los padres de mis niños a acudir.

Los hombres entendieron lo ocurrido.

—Y él lo ha convertido en una obligación —afirmó Paul.

—Exacto, habrá familias a las que no les hará mucha gracia ir, ya sabemos que todo el mundo hace sus planes para los fines de semana —se quejó ella.

—Es posible que tengas un aluvión de reclamos por parte de los padres, James no dudará en mandártelos a ti.

—Pues lo tengo clarísimo, les voy a decir que es una actividad voluntaria, extracurricular. Que si tienen planeado ir a ver a parientes o llevar a los críos a la playa, que lo hagan.

—Eso no le va a gustar a James, quiere que vayan todos.

—No le voy a poner una pistola en la cabeza a nadie. Si es lo que cree, ya puede olvidarse. Además, también lo ha convertido en una obligación para vosotros. ¡Será mamón! Y os dice que si tenéis alguna duda que acudáis a mí, lavándose las manos. —Cuanto más hablaba, más se encendía—. Me han entrado unas ganas de lanzarle algo por la cabeza... Que yo solo le hablé de animar a la gente a que fuera, por Dios.

—Tranquila —dijo Jean poniéndole una mano en el brazo que ella apoyaba sobre la mesa—. Que todos nos hemos dado cuenta de que mandaba y escurría el bulto.

—Pero es que os ha obligado a ir.

—Siempre y cuando no tengamos una razón de peso —intervino Paul—. Estoy seguro de que más de uno encontrará la forma de escaquearse. Yo puedo dar ideas, solía hacerlo en la universidad. —La miró con picardía—. Enfermedades, quedarse encerrado en el ascensor, que lo secuestren a uno...

Aquello la hizo sonreír.

—Eso espero —barruntó ella—. Que la mayoría se niegue, que se busquen esa razón de peso que él espera, y que nadie piense que todo eso ha sido idea mía.

—Me atrevería a decir que nadie lo ha creído ni por un momento. —Trató de tranquilizarla Jean.

—Además, va a presionar a los chicos, como si lo viera.

—Estoy de acuerdo contigo —asintió Paul.

—Querrá que participen en todo y ganen. Lo va a convertir en una competición, en lugar de convivencia entre críos y familias de otras escuelas.

—Me he dado cuenta de que está muy pendiente del alumnado de toda la ciudad —afirmó Jean—. El otro día fui a su despacho a buscar unos impresos y lo encontré fisgando en las notas medias de otros centros.

—Nooo... —Christal no podía creérselo.

—¿No te has fijado que últimamente se mete mucho en los métodos que empleamos en clase? Nos dice cómo impartirlas.

—Dímelo a mí, tuve una discusión con él por eso mismo —asintió ella—. Ahora que lo pienso, ¿no será que quiere que lo nombren concejal de educación? Si la escuela que dirige es la mejor de la ciudad, tendría el puesto al alcance de su mano.

Los tres se miraron entendiéndolo así.

—Tal vez por eso está tan raro. —Jean miraba a sus compañeros, pensativo.

—Para mí puede irse con viento fresco, nos quedaremos descansados —soltó ella—. Porque si sigue así... o me marchó o me vuelve loca.

Paul la miró entrecerrando los ojos. Sospechaba que detrás de toda aquella furiosa pasión se escondía un sentimiento que hasta ella desconocía.

—¿Has pensado en algún momento que detrás de esas discusiones que tenéis pueda haber algún tipo de interés? —habló despacio para que entendieran a qué se estaba refiriendo.

Jean y Christal se lo quedaron mirando sin comprender.

—¿A qué te refieres? —Quiso saber ella.

—Piénsalo.

—No entiendo dónde quieres ir a parar.

Jean logró entender a la perfección las palabras de su amigo, y la miraba a ella, pensativo.

—Creo que es posible —afirmó al fin.

—Chicos, hablad claro, no me estoy enterando de nada —protestó ella.

Los hombres se miraron entendiéndose.

—¿Has tenido en cuenta que esa inquina que os tenéis...? —Jean consideraba a Christal una amiga, además de compañera, se tenían mucha confianza, y supo que debía decir lo que le pasaba por la cabeza—. ¿Quizá se deba a que le atraes, y no sabe enfocar ese sentimiento?

La boca de Christal se desencajó.

—Estás diciendo tonterías, Jean. James está casado.

—Eso es cierto, pero no sería la primera persona, ni la última, que se da cuenta de que ha cometido un error cuando conoce a alguien que le hace temblar los cimientos.

Ella soltó una carcajada falta de humor.

—¿Yo, hacerle temblar los cimientos? No me hagas reír. Me tiene tirria, según él no hago nada bien, ni siquiera soporta mi peinado, dice que no es serio para un centro como el Rodríguez Miró.

Jean y Paul se miraron el uno al otro.

—Guapi, hoy la tensión en la sala de reuniones se podía cortar con un cuchillo —observó Jean—. Yo diría que detrás de esa apasionada enemistad hay algo más.

—Oh, sí... unas ganas terribles de retorcerle el pescuezo.

Esas palabras hicieron que los hombres se carcajearan y le contagiaran esas risas a ella.

—Ten en cuenta todo eso que te he dicho —insistió Jean.

—Tonterías —se burló ella—. Tienes una vena de celestino que no conocía.

—Siempre se lo digo —asintió Paul—. Sin embargo, creo que en este caso no va desencaminado.

—Estáis los dos muy equivocados, si esa es su forma de mostrar interés por una mujer, pena me da la que tiene en casa.

Christal se cerró en banda a seguir hablando del asunto, y ellos la complacieron, después de

otra copa se despidieron hasta la mañana siguiente.

Cuando ella volvió a casa, su humor se había despejado; sin embargo, se le había quedado en la cabeza esas hipotéticas aspiraciones de James al ayuntamiento, y seguía pensando que desde la concejalía podía seguir tocándole las narices.

Esa noche tuvo un sinfín de pesadillas en las que él hacía valer su cargo para hacerles la vida imposible.

Capítulo 7

Dos días más tarde, al terminar las clases, Christal empezó a recibir quejas de los padres de los alumnos, y a todos les decía que era una actividad voluntaria.

—No es eso lo que pone en la circular que nos trajo el niño —le cuestionaba una mamá.

—Yo no he entregado misivas a mis niños, ¿puedo verla? —La leyó de arriba abajo, y su genio se iba encendiendo a cada palabra. Ponía que a los alumnos que asistieran y que participaran en todo lo que pudieran se los tendría en cuenta a la hora de las calificaciones; y a pie de página, que cualquier duda la podían consultar con ella. ¡Sería cabronazo!

—Tenéis que entender que los fines de semana son los únicos días que podemos ir a Crowley, a visitar a los abuelos.

—Claro que sí, habrá habido un error de imprenta —justificó Christal—. No es obligatorio, y los niños no se verán perjudicados en sus notas.

—Pero es que ahí pone...

—No se preocupe, señora, yo me encargaré.

Vaya si se ocuparía, pensó. Despidió a todos los pequeños, y como un huracán se dirigió al despacho de James. Este había estado observando desde la ventana, y cuando la vio ir hacia el edificio principal, se puso la americana.

Al salir por la puerta, casi choca con ella.

—Tenemos que hablar —dijo ella sin preámbulos.

—Imposible, estoy llegando tarde a una reunión.

«Mentiroso», pensó Christal, mientras hablaba con aquella mujer lo había visto detrás de los cristales.

James pasó por su lado y se fue pisando fuerte, con una sensación de triunfo al saber que la había molestado. A ver si aquella mujer aprendía que su palabra era ley en el centro.

Christal apretó la mandíbula para no gritarle cuatro frescas, la había dejado con la palabra en la boca, tenía unas enormes ganas de golpear algo, de desfogarse. Notó que tenía el puño apretado, se lo miró y vio que el papel estaba arrugado en su mano, con rabia lo tiró a la pared.

«Piensa, Christal, piensa», se decía. Regresó a su aula y la señora de la limpieza estaba

terminando de pasar la mopa. Ella se sentó en una de las mesas de los niños y, apoyando la cabeza en sus manos, dejó que sus ideas se desperdigaran.

—¿Te encuentras mal, Christal? —Oyó que le preguntaba la mujer.

—No, Cecilia, todo bien, gracias.

—Entonces, me voy, ya he terminado.

En ese momento, su cabeza le decía: «Vete de aquí, y luego ¿qué? A mitad de curso todos los centros educativos tienen el personal al completo, si quieres marcharte, tendrás que esperar a que terminen las clases en verano, eso si antes no le pegas una paliza a James, que te está amargando la existencia».

Le daba la sensación de que ese hombre le había declarado la guerra y no sabía el motivo. Sí que la pilló tachándolo de gilipollas, pero no creía que eso fuera excusa para implicar a sus compañeros y a los alumnos en su cruzada contra ella. Quizá quería sacársela de encima o retarla, ya que le había dicho que dimitiría, ¿la estaría poniendo a prueba a ver si lo hacía?

Pues si quería guerra la tendría, pensó cuando se le ocurrió una idea. Se puso manos a la obra; y al terminar, mientras se secaba la pintura del cartel, escribió una carta de renuncia con fecha del día del evento con las familias. No dejaría a sus niños colgados esa jornada. La dobló, la puso en un sobre, subió al despacho de James y la dejó apoyada en la pantalla del ordenador.

Christal estaba que no le tocaba la piel al cuerpo. Se había tirado a la piscina sin saber si habría agua o no. Todas sus esperanzas estaban puestas en que esa patente le saliera bien, que los jueces vieran lo acertado de su método de enseñanza y poder darlo a conocer al mundo. Si eso ocurría, seguro que encontraría muy pronto un empleo en otro centro, si no...

Abrió el WhatsApp, y mandó:

Christal

Chicas, SOS

Ashley

¿Qué pasa?

Christal

Necesito veros, creo que la he cagado.

Kathy

¿Cenamos juntas?

Meg

En mi casa a las ocho.

Zoe

Yo llevaré pizzas.

Ashley

Llevaré bebida con muchos grados.

Christal

Gracias, sois las mejores.

A la hora convenida, todas se reunían alrededor de la mesita baja del salón de Meg. Zoe vio la mala cara de su amiga y se preocupó.

—¿Te encuentras bien?

—He presentado mi carta de dimisión.

—¡¿Qué?! —exclamaron todas a la vez.

Christal empezó a pasearse por la sala mientras se frotaba las manos.

—Me saca de quicio, me está volviendo loca, no lo aguanto más. —Las otras no sabían de qué les hablaba, pero se daban cuenta de que tenía que sacar la angustia que expresaban sus ojos—. Si no lo pierdo de vista, cualquier día lo voy a atacar físicamente.

—¿De quién hablas? —preguntó Ashley.

—De James, el director del colegio.

—¿Del mamón aquel que nos pilló destripándolo? —Quiso saber Meg.

—Del mismo.

—A ver, cuéntanos qué pasa. —La instó Zoe—. Seguro que la cosa no es tan grave como te parece.

Al ver su mirada, Kathy fue directa al grano, la conocía muy bien.

—¿Qué has hecho?

—Esa no es la pregunta —afirmó Ashley—. La correcta es: ¿qué le ha hecho él a ella para que presentara la dimisión?

—No, conozco esa expresión de sus ojos.

—Tienes razón —habló Christal asintiendo con la cabeza. Todas la miraron a la espera de una explicación—. He puesto un cartel en el tablón de anuncios de la escuela.

—¿Eso es tan grave? —resopló Meg.

—Sí, si con ello contradigo sus órdenes.

Las chicas no entendían nada.

—Vamos a ver, empieza por el principio que no me estoy enterando de nada —habló Kathy, repartiendo cervezas para todas.

Ella les contó lo referente a aquella jornada de convivencia familiar, y el modo en que él le había dado la vuelta para convertirlo en obligatorio para las familias. Que todas las quejas se las tenía que comer ella y que había agotado su paciencia.

Las unas se miraban a las otras con el mismo pensamiento: había algo que no les estaba

contando.

—Incluso mis compañeros se han visto afectados por sus ansias de destacar. Por Dios, que es un día de diversión. Nadie tiene que ir obligado. Es que es imbécil, si los niños van de mala gana no harán nada bien. Tiene aires de superioridad y cree que la escuela lo tiene que ganar todo.

—Pues déjalo que se dé un baño de realidad, seguro que en las otras también hay lumbreras que derrotarán a los del Rodríguez Miró. —Kathy siempre tan práctica.

—Esta tarde iba a hablar con él sobre eso, y me ha dejado con la palabra en la boca con excusas.

—Creo que estamos llegando al meollo de la cuestión —murmuró Zoe.

—He hecho un cartel muy grande con pintura fluorescente, y lo he colgado en el tablón de la entrada. Mañana todo el mundo sabrá que es opcional, no obligatorio, y espero no recibir ninguna queja más.

—¿Qué reza el cartel? —Ashley siempre tras los detalles.

Christal les recitó lo que había escrito, y lo que había subrayado.

—Tú eres tonta —soltó Meg—. Encima le salvas el culo con esas últimas palabras.

—Tenía que ponerlo, si no habría quien me vendría a mí con la dichosa circular.

—En eso tienes razón —matizó Ashley—. ¿Y por eso has escrito tu dimisión? ¿No crees que te has apresurado?

Ella se dejó ir en uno de los sillones que rodeaban la mesita.

—De un tiempo a esta parte está insoportable, me he mordido la lengua en un montón de ocasiones para no decirle cuatro frescas ante los niños y mis compañeros. No quiero dar ese ejemplo.

—¿Está irritado desde el día que nos escuchó?

—Todo viene de antes, pero desde ese día que chocamos mucho más.

—Caramba que lo ofendimos. ¡Quien se pica, ajos come! —se burló Meg—. Ya sé que no estás para coñas, ánimo, solo con que sea un poco inteligente, tirará tu carta de dimisión a la basura.

—No creo.

—¿Tú te crees que cuando estudien tu patente no se sabrá? Te lloverán las ofertas de trabajo. Si es tan arrogante como lo pintas, no querrá perder a la profesora que ha desarrollado su propio y eficaz método de enseñanza.

—Ya veremos. Él no sabe nada de eso, no para de criticar lo que hago.

—Pues se va a llevar una desagradable sorpresa si acepta tu renuncia. —A Zoe una sonrisa se le dibujó en los labios—. Quedará como un tonto por haberte dejado marchar cuando tu patente salga a la luz. Se tirará de los pelos de donde yo me sé.

Las chicas siempre la habían apoyado en sus proyectos, eran las mejores.

—Nenas, vamos a dejar los problemas, las pizzas están calientes —anunció Meg—. Y tú no te preocupes, si te quedas sin empleo, entre todas te encontraremos uno en un abrir y cerrar de ojos.

—Lo sé, sois geniales.

—Pues venga, al ataque —indicó Kathy mordiendo una porción de carbonara que estaba de vicio—. Mmm, qué buena que está. Y tú deja de pensar en ese tocapelotas, no sabemos lo que ocurrirá mañana, tal vez le dé un parraque que lo tenga hospitalizado un mes entero.

—O se rompa una pierna; si termina en el Tulane, se las voy a hacer pasar canutas. —Zoe, que era enfermera en ese centro, se guaseaba de sus propias palabras.

Christal se reía de las ocurrencias de sus amigas, ellas sí que sabían cómo levantarle el ánimo.

Capítulo 8

Cuando James llegó al centro a la mañana siguiente, vio un gran grupo de mamás frente al tablón de anuncios; pensó que estarían comentando la circular que había mandado repartir a todos los alumnos.

Con una sonrisa canalla al recordar que había dejado a Christal con la palabra en la boca la tarde anterior, se fue a su despacho. Al entrar le llamó la atención un sobre que no estaba ahí cuando se había marchado. Se sentó en su sillón y lo abrió. Sus ojos no daban crédito a lo veían a medida que iba leyendo la carta de dimisión de Christal. ¿A qué estaría jugando esa mujer? Sí que el día anterior se había portado como un cretino y no había querido atenderla cuando imaginaba de lo que habría querido hablar con él, pero de ahí a renunciar a su puesto...

Por un momento se imaginó los días en el Rodríguez Miró sin aquella sonrisa, sin aquella energía que emanaba de toda ella, que contagiaba a todos sus compañeros, del buen ambiente que la rodeaba, y no le gustó lo que le pasaba por la cabeza. Se dio de collejas mentales por tener aquellos pensamientos, él era el director, y si ella quería irse era su problema.

Ante las cristaleras que formaban las paredes del despacho, pasaron varios maestros que le daban los buenos días y le sonreían. ¡Qué raro! Últimamente se había comportado como un idiota y se había alejado de todos los que colaboraban con él. El ambiente en el centro había cambiado, y sabía que solo era culpa suya. En ese momento supo que tenía que poner remedio a eso.

A media mañana, fue a la sala de profesores a buscar un café, y allí se encontró con Jack Baptiste, que tenía una hora libre antes de su siguiente clase, y estaba tomando apuntes en un bloc.

—Hola, ¿cómo va eso? —saludó James.

—Bien, perfecto. Me alegro que hayas dejado las cosas claras, los chicos están más centrados.

James supuso erróneamente que se refería a la circular.

—Es bueno saberlo.

Baptiste, como lo llamaba todo el mundo, le sonrió, parecía que el viejo James estuviera de vuelta.

—¿Algún día me contarás qué te ha pasado? —Entre ellos había habido mucha confianza, y de repente el que consideraba su amigo se había encerrado en sí mismo, dio por sentado que se debía a sus responsabilidades, no sabía él lo equivocado que estaba.

—Anais se marchó, me pidió el divorcio, se llevó a Harry y vació la cuenta bancaria.

—¿Qué dices? ¿Qué ocurrió? —La cara de Baptiste era un poema.

—Se fue a recorrer mundo, esas fueron sus palabras.

—O sea que había otro.

—No lo reconoció, pero estoy seguro de ello —asintió James—. Ella sola no creo que se hubiese ido a ninguna parte.

—Guau, lo siento, tío. ¿Por qué no dijiste nada?

—Porque es problema mío y de nadie más. —Apretó la mandíbula, señal de que le incomodaba la conversación—. Además, ¿qué habrías hecho?

—No lo sé —admitió Baptiste—. Tal vez darte mi apoyo y no dejar que tu amargura salpicara a todos nosotros. —James se dio cuenta de que en efecto había volcado su frustración en el trabajo—. ¿O es que no has notado que todos te evitan?

—Sí, no soy tonto. Sin embargo, necesitaba estar solo para poner en orden mis sentimientos.

—¿Ha funcionado?

—Me he dado cuenta de que en realidad me dolió más no ver que lo nuestro era simple comodidad. Éramos muy jóvenes cuando empezamos a salir, todo el mundo dio por sentado que lo nuestro era para toda la vida y nos convencimos de ello, sin ahondar demasiado en los sentimientos. Estábamos asentados en una rutina agradable.

Baptiste se quedó con la boca abierta al escuchar a su amigo.

—Puñetas, tío, ¿y hasta ahora no te habías dado cuenta?

—Al principio fue como un batacazo, al final he entendido que habría terminado tarde o temprano, como así ha sido.

—Entonces, ¿todo bien? —No lo dejó que contestara—. No respondas, ya he visto que sí. Unos días atrás no habrías cambiado de opinión como lo has hecho.

James no sabía de qué le hablaba.

—No entiendo, ¿a qué te refieres?

—A la jornada familiar, por supuesto. Ese cartel en el tablón ha soltado tensiones.

Entonces recordó la aglomeración que había visto al llegar, las sonrisas amistosas de los maestros, y tuvo un presentimiento.

—Tengo que dejarte, Baptiste, estoy esperando una llamada. —Salió de la sala y fue a asegurarse de lo que había en el tablón de anuncios.

Su mandíbula cayó al suelo al ver aquel cartel, entonces entendió aquella carta de renuncia. Christal se había tomado la libertad de ignorar lo que él había decidido y hacerlo llegar a las familias. ¿Qué cojones se había creído esa mujer? ¿Trataba de manejarlo como a una marioneta? Si al leer la carta había pensado en persuadirla de que al menos terminara el curso, después de

eso insistiría en que abandonara el centro de inmediato.

En una cartulina color amarillo chillón, se podía leer con letras grandes y rojas:

Se invita a los alumnos y sus familias a la jornada de convivencia que se celebrará en Auduson Park el 22 de abril.

Esta actividad es voluntaria.

Os esperamos!!!

La dirección siente si se ha dado pie a la malinterpretación de la circular.

Se había cuidado de subrayar las palabras justas para lograr sus propósitos. Con un humor de perros volvió a su despacho y llamó para que mandaran una profesora suplente para esa misma tarde. ¡Ya se enteraría Christal de qué pasta estaba hecho! Nunca había permitido que nadie se le subiera a la chepa, y ella menos que nadie. ¿Qué se creía, que porque años atrás habían compartido muy buenos momentos, podía hacer lo que le diera la gana?

Capítulo 9

Después de comer, mientras los alumnos jugaban vigilados por las monitoras, Christal fue a la sala de profesores y se preparó un té con miel. Varios compañeros con los que se solía encontrar estaban tomando café.

—No sé cómo puedes beberte eso —señaló Jean.

—Eso es porque lo has probado poco. —Ella le acercó la taza a los labios y él reculó.

—No, no, creo que me quedaría dormido en mitad de la clase. Es lo que me daba mi madre cuando era un chiquillo y cogía un catarro.

Los que lo escucharon se rieron.

—Tal vez tus alumnos me lo agradecerían.

Paul y Baptiste se carcajearon.

—Seguro que sí —dijo el último, guasón.

—¿No sabes que la miel es una fuente de energía? —Siguió Christal con la broma—. Mis chavalines deben tomar mucha, porque nunca se les acaban las pilas, y yo no me puedo quedar atrás.

Todos sonreían ante el comentario cuando James entró en la sala con una extraña. La mujer era joven y muy atractiva, con unos almendrados ojos negros y una cabellera oscura atada en una cola alta. Tenía un cuerpo delgado, y vestía unos pantalones ajustados con un jersey hasta los muslos.

—¿Te apetece un café? —le preguntó.

—Sí, gracias —contestó la desconocida.

Él sacó dos vasos de la máquina y se giró hacia los maestros.

—Os presento a Bruck, maestra sustituta.

—¿Josua ya es papá? —preguntó Jean.

Al escucharlo todos lo dieron por sentado.

—No, por lo menos que yo sepa.

—Entonces ¿a quién va a sustituir? —preguntó Baptiste.

—A Christal, ¿no os ha dicho que ha renunciado?

Todos los presentes se la quedaron mirando. A ella el color le abandonó la cara; al no decirle nada aquella mañana, se había creído que él habría tirado la carta. Su cara de decepción no pasó desapercibida a nadie.

—Te ha faltado tiempo, ¿verdad? —ironizó Christal.

—Así, cuando te marches, los pequeños ya la conocerán, mi prioridad son ellos.

¿Cómo se atrevía ese hombre a echarle en cara que no se preocupara de sus alumnos?

—Eso no te lo crees ni tú —lo acusó ella, y sin darle pie a replicar abandonó la sala.

En ese momento podría haberse escuchado el vuelo de una mosca, todos se habían quedado de piedra al escucharlos. Sabían que últimamente Christal había tenido algunos roces con James, ¿quién no los tuvo? ¿Sería cierto que había renunciado?

La mayoría miraban a James, y él vio alguna ceja alzada, como si le reprocharan lo que había dicho.

—¿Qué? —preguntó como si los retara a que dijeran algo.

Nadie abrió la boca, Jean tiró el vaso a la papelería y salió sin decir nada; todos los demás lo imitaron, y James supo que recibiría más de una queja. Por lo pronto, aquella nueva profesora no había tenido la bienvenida que se merecía. Eso fue lo que lo cabreó, esa mujer pensaría que el Rodríguez Miró era un colegio de chichinabo.

—Creo que he llegado en mal momento —los disculpó Bruck.

—Sí, tenían prisa para acudir a sus aulas. Ven, te acompañaré a la que será la tuya. —Al llegar al edificio de los más pequeños, oyeron las vocecitas de los niños, y ella sonrió—. Espero que te encuentres a gusto entre nosotros —dijo él antes de dar dos golpecitos en la puerta de la clase. La mirada que recibió de Christal lo podía haber achicharrado allí mismo—. Podrías haberme ahorrado bajar hasta aquí.

Ella apretó la mandíbula para no soltarle un soplamocos.

—A los niños les gusta que vengas a saludarlos.

—Buenas tardes, señor director. —Corearon todos a la vez.

—Buenas tardes a vosotros también, os quería presentar a Bruck. —Christal lo miró retándolo; si les decía a los pequeños que sería su nueva profesora, se largaría de allí en un abrir y cerrar de ojos—. Se quedará con vosotros.

—¡Hola, Bruck! —vociferaron.

—Hola, chicos, ¿me dejaréis ser vuestra amiga?

—¡Sí! —clamaron con aquellas sonrisas infantiles.

James miró a Christal, vio la furia en sus ojos, y por algún extraño motivo sintió como si estuviese a punto de perder algo preciado; salió de la clase sin hacer ruido, con aquella sensación en el pecho.

Bruck echó una ojeada a Christal y esta le sonrió, a pesar de tener ganas de cogerla de la cola y sacarla de allí. Se le acercó y le susurró:

—Puesto que van a ser tus niños, sugiero que empieces a hacer tu trabajo.

La sustituta tuvo la impresión de haberse metido en un avispero. ¿Qué estaría ocurriendo allí?

Christal se sentó en un lugar libre, al lado de varios chiquillos, y cuando Bruck les dijo que se pondrían a pintar con las manos, daba ideas a los pequeños. Si en algún momento se distraía, su mente iba hacia ese hombre que no admitiría que se había equivocado ni que lo torturaran.

Una hora más tarde, su cabeza parecía punto de explotar, no podía seguir allí.

—Veo que lo tienes todo controlado —dijo a Bruck—. Me marchó a casa, no me encuentro bien.

La nueva profesora asintió, y ella se quitó la bata y se fue. Con el ánimo por los suelos, y la jaqueca palpitante que iba a más, pedaleó hasta su casa, se tomó dos analgésicos y se tumbó en el sofá. Tardó en notar los efectos y entonces se quedó dormida.

James, en toda la tarde, no pudo concentrarse, la cara de furia y decepción de Christal no lo abandonaba. Se preguntaba: ¿qué esperaba ella que hiciera? Recordó que había pensado en persuadirla para que se quedara hasta final de curso, pero no le había dado opción. Ella misma había provocado ese desenlace. Fue entonces cuando le vinieron a la mente aquellas semanas que pasaron juntos, se divertían mucho, ella era muy apasionada en todo lo que hacía, en defender sus creencias, en bailar o en la cama. Rememoró sus besos, sabían a limón y miel, a ácido y dulce, a su bebida preferida y a su forma de ser. Sus manos le picaron al recordar el tacto de su piel, era suave como el satén, y su mirada lo había excitado con un solo parpadeo.

Se imaginó en el centro sin aquella sonrisa que siempre le adornaba la cara, sin el buen humor que contagiaba a todos los compañeros, sin aquellos cabellos rosas de los que todos hablaban y bromeaban. Ella, burlándose de sí misma. Cuando se marchara ya nada volvería a ser igual.

¿Por qué le entraba mal humor solo de pensarlo?

«Porque no quieres que se vaya, zoquete», se dijo, y frunció el ceño. Entonces se dio cuenta, recordó lo que había discutido con Anais cuando se la encontró preparando las maletas para irse de su vida...

—Hay otro hombre, ¿verdad? —había gritado él.

—Eso no importa, siento que en nuestra vida falta algo. —Ella parecía tan indiferente.

—¿De qué me hablas? —insistió.

—Todo se ha convertido en mecánico y previsible.

Esas palabras fueron como una patada en el estómago.

—¿Me estás diciendo que te aburres conmigo? —hablaba su ego herido.

—Reconozcamos que fue bonito mientras duró, James, pero hace tiempo que ya no hay ese magnetismo y esa electricidad que teníamos al principio.

—Es normal que la efervescencia se pase, ya no somos dos chavales de veinte años.

—Estás muy equivocado.

Cuánta razón había tenido Anais. Estaba en la flor de la vida y se había convertido en un hombre rutinario y sin una pizca de espontaneidad, no podía culpar a la responsabilidad, todo el mundo la tenía y no se comportaba como él.

Entonces la verdad le cayó en la cabeza como una losa. Entre ellos todo cambió en el momento que Christal había empezado a trabajar en la escuela, él se divertía en su puesto, confraternizaba con los compañeros, y Anais pasó a un segundo plano.

Con esa comprensión, llegó el entendimiento. Se había enamorado de Christal y ni siquiera se había dado cuenta. No le dolió la marcha de Anais, se cabreó más por lo que vino después: las peleas por Harry, descubrir que ella se había llevado los fondos de la cuenta bancaria, la reclamación de que vendiera la casa, que a ella le correspondiera su parte... Sin embargo, su corazón no se había resentido.

Con la cabeza hecha un verdadero caos, cogió la americana y salió de la escuela, necesitaba comprender lo que le removía las entrañas. Condujo sin rumbo fijo hasta llegar al Garden District, a orillas del Mississippi. Aparcó y se quedó dentro del coche al darse cuenta de que ahí al lado sería donde se celebraría la jornada de convivencia, y ese día sería el último que Christal trabajaría para el Rodríguez Miró. Dio un golpe al volante al percatarse de que no podía cambiar la decisión de ella, y en ese momento seguro que no podría persuadirla de que se quedara, como había pensado hacer en un primer momento. Él, llamando a una sustituta, había querido demostrarle que no le importaba, y se había equivocado. Vio decepción, rabia y desazón en sus ojos cuando acompañó a Bruck al aula.

¿Qué podía hacer para que se quedara? No podía decirle que se había dado cuenta de que llevaba tiempo enamorado de ella, le pegaría una patada en el culo que lo mandaría a China. Tenía que encontrar el momento, algo imposible si ella se marchaba.

Capítulo 10

A la mañana siguiente, Christal pensó en que tenía que buscarse otro nuevo empleo, no esperaría hasta estar sin trabajo para empezar a buscarlo. Recordó que tenía unos cuantos días de vacaciones que no se había tomado, perfecto. Con un poco de suerte encontraría un lugar, cualquiera que no la obligara a ver a James a todas horas y todos los días.

Encendió el ordenador y sacó varias copias de su currículum, se dio una ducha y antes de salir de casa pensó en que debía dar aviso de que no acudiría a la escuela. Si no lo hacía, la despedirían por faltar al trabajo y ni siquiera le pagarían el mes en curso, además de que estaba segura de que James lo haría constar en su expediente.

Cogió el móvil y marcó el número, reconoció la voz de él.

—James, me tomo las vacaciones que tengo acumuladas. No notarás mi ausencia, tú ya te has encargado de eso. Adiós. —Sin darle opción a responder, cortó la llamada.

—Escucha... —Él calló al advertir el sonido que le indicaba que ella ya no estaba en línea.

Christal, en primer lugar, fue al departamento de Educación, tal vez había alguna vacante o se necesitaba sustituto en algún centro de la ciudad o de los alrededores. Al pensar en ello, recordó que muy pronto se precisaría uno en el Rodríguez Miró, Josua se ausentaría los meses de paternidad. Sería una mala jugada del destino que la mandaran allí a suplantarle. ¡No podría tener tan mala suerte!

Como conocía a los organizadores de eventos para escolares, se paró a hablar con ellos, Gary, se extrañó de verla a esas horas y se le acercó. Él era quién dirigía ese departamento.

—¿Qué haces por aquí? ¿No estás trabajando?

—Me he tomado unas vacaciones para buscar un nuevo empleo. No me encuentro a gusto donde estoy.

—¿No estás en el Rodríguez Miró? —Él se extrañó de que dijera aquello de ese prestigioso centro.

—Sí, pero necesito más aliciente. —No iba a contarle que se llevaba a matar con el director de la escuela.

Él soltó un silbido.

—Hay muchos maestros que darían su brazo derecho para trabajar allí.

—Pues mira, yo se los regalo.

—Te va a ser difícil encontrar otro con más incentivo.

—Ahora mismo me conformaría con una clase de pequeños con ganas de aprender, en cualquier parte. Aunque sea en algún pequeño pueblo de los alrededores.

—Eso no te será difícil de encontrar, hay lugares en los que los profesores no quieren ir.

—Ahí es donde yo sí iré. —Se la veía decidida a trasladarse al fin del mundo con tal de enseñar.

—Dame unos días, veré si hay alguna vacante.

Casey, otra de las que trabajaba en la organización, había escuchado la conversación.

—Christal, sé que no es tu campo, pero la biblioteca de la Tulane University está sin nadie que la dirija. ¿Te interesaría un lugar así?

Ella se paró un momento a pensarlo, claro que sí, esa universidad era la más prestigiosa de la ciudad, y una vez dentro podría estudiar para ocupar un lugar en el profesorado. No sería lo mismo que el puesto que desempeñaba con sus niños pequeños; sin embargo, sería un gran paso para su carrera.

—Desde luego que sí.

—Allí podrías llegar lejos —dijo Casey—. El último bibliotecario se sacó los estudios y está dando clases de Historia.

—Eso mismo es en lo que estaba pensando.

—Entonces haré unas llamadas y ya te avisaré, o se pondrán en contacto contigo.

—Gracias, os dejo algunos currículos por si los podéis ir repartiendo por ahí.

—Lo haremos, en nada tendrás otro trabajo. —Gary le sonrió al tomarlos.

Christal se marchó de allí con los ánimos renovados. Con esas expectativas se fue a pasear por el centro e hizo algunas compras. Hacía tanto que no iba de tiendas que se le pasó el día volando.

Al entrar por la noche en su casa, fue cuando su mente se centró en James. ¡Qué cara se le quedaría si ella lograba el propósito de hacerse profesora de la universidad!

James estaba de mal humor, tras aquella llamada de Christal, se lo llevaban los demonios. Se había enterado de que la tarde anterior ella se había ausentado con la excusa de que no se encontraba bien. ¿De verdad estaría enferma? Le daría el beneficio de la duda. El día se le hizo eterno, a cada momento pensaba en llamarla e interesarse por su salud, sin embargo, no lo hacía; si ella estaba en cama, mejor dejarla tranquila. Al caer la noche, ya no lo soportó más y la llamó.

—¿Cómo estás? ¿Te sientes mejor?

Ella se preguntaba a qué venía esa llamada.

—¿A qué vienen esas preguntas?

—Ayer te fuiste a casa y dijiste no encontrarte bien.

¿Era preocupación eso que se distinguía en su voz? No, imposible. Seguro que se habría alegrado de no verla en todo el día. ¡Hipócrita!

—Se me pasó con un par de analgésicos.

—Entonces ¿por qué no has venido a trabajar?

—Ya veo que solo te escuchas a ti mismo —señaló con sarcasmo—. Te he llamado y te he dicho que me tomaba los días de vacaciones que tengo acumulados.

James soltó un taco mental.

—¿No crees que eso debías consultarlo antes de tomártelas? —Su tono de voz había cambiado.

—Oh, perdona, tenía que pedirte permiso a ti, ¿verdad? —El sarcasmo era palpable en Christal.

—¿A quién, si no? ¿Al portero? —La preocupación se le había pasado, estaba enfadado con ella y consigo mismo por ser tan tonto de inquietarse.

—Seguro que él me habría dicho que me las tomara sin ningún problema. —Ella oyó como él resoplaba—. No me digas que has tenido algún trastorno, tienes una profesora que gobierna mi clase. ¿O es que no ha ido a trabajar?

—Estás diciendo sandeces.

—De ninguna manera, ¿por qué necesitas a dos profesoras haciendo el trabajo de una?

—Tu lugar está aquí —señaló él.

—No por mucho tiempo. ¿O acaso has olvidado que hiciste valer mi carta de renuncia? ¿Que me buscaste una sustituta tan rápido como pudiste? —Christal estaba desatada, y muy enojada por cómo habían ido las cosas—. Déjame decirte que muy pronto me perderás de vista. Te podrás quedar tranquilo, que nadie te va a replicar.

—Estás diciendo tonterías.

—No, señor mío, solo digo lo que pienso. Si a ti no te gusta, eso no es problema mío. Solo te estoy dando lo que quieres.

—¿Quién te ha dicho que quiero que te vayas?

—No me trates como si fuera tonta. Si vienen los de Educación y te ponen a otro director haciendo tu trabajo, ¿qué pensarías? ¿Que lo han mandado para que te haga las fotocopias? Seamos serios, por Dios. —Ante aquella comparación, él no supo qué responderle, y se quedó callado—. Veo que al fin lo has entendido, pues ahora te dejo. —Sin esperar a que él respondiera, Christal cortó la llamada.

James sacaba fuego por las muelas; él, todo el día preocupado por ella, y cuando la llamaba le contestaba ladrándole. Su furia no conocía límites, ¿cómo podía ser que estuviese enamorado de una mujer tan volátil? Se la tenía que sacar de la cabeza, lo suyo no tenía futuro.

Capítulo 11

Christal se pasó el resto de sus vacaciones recorriendo los alrededores y yendo a tomar el sol a la playa. Había pensado en irse a Miami, pero si la llamaban de alguno de los centros para entrevistarse con ella debía estar a su disposición. Siempre se llevaba algún libro y se tumbaba en la arena, gozando de la brisa marina.

Esa semana disfrutó de sus amigas, por separado, pues era muy difícil que los horarios de unas y otras concordaran. Cenó varios días con Ashley, salió de compras con Zoe, visitó la tienda de Kathy y salió de juerga con Meg. Las chicas apoyaban su decisión y estaban contentas por las expectativas que había puesto en la universidad.

En todas sus conversaciones salía James, y ellas coincidían en que se arrepentiría de dejarla marchar.

—¿Qué va a pasar con la patente? —le preguntó Ashley una noche mientras cenaban.

—Supongo que si se dan cuenta de que funciona, tendré que presentarla, y eso me puede ayudar a subir peldaños en mi nuevo trabajo.

—O que haya colegios que te reclamen como profesora —señaló la abogada—. ¿Con qué te quedarías entonces?

—Si te soy sincera, no lo sé. Ya sabes que adoro a los niños, es tan estimulante ver sus caritas cuando te explicas y lo entienden... los echo de menos. —Ambas se quedaron mirando a los ojos.

Ashley se dio cuenta de la añoranza de su amiga por los pequeños, siempre habían sido su debilidad.

—Deja ese baile para más adelante —le aconsejó—. Nadie sabe lo que ocurrirá mañana. Ve paso a paso, y escoge en cada momento lo que te haga más feliz.

—Sabías palabras.

Por raro que le parecía hasta a ella, cada noche, cuando se acostaba, pensaba en James, y durante el día se acordaba de él en varias ocasiones. Cuántas veces no se había girado por la calle, confundiéndolo con otro hombre que vestía como él, o al escuchar una voz profunda parecida. Muchas.

¿Cómo le iría con Bruck? Cierto era que esta no le replicaría cada vez que abría la boca.

«Seguro que está aburrido como una ostra», al darse cuenta de ese pensamiento, se preguntaba de dónde habría salido. ¿Acaso estaba echando de menos sus batallas verbales?

James estaba más malhumorado que antes, sin embargo, se había dado cuenta de que no debía pagar su frustración con los profesores; por ese motivo estaba a punto de perder a Christal y no encontraba una forma de dar marcha atrás para que se quedara.

Esos días en los que no la vio se le hicieron eternos. Solía acudir a la sala de profesores a buscar su café y todos parecían andar de puntillas cuando se encontraban con él, lo que hacía que cada vez esperara a que todos estuvieran en sus aulas para ir.

Una tarde que tenía reunión en el ayuntamiento con el concejal de Educación, junto a otros directores, llegó pronto; y estaba saludando a uno cuando un papel encima de una mesa le llamó la atención. Se disculpó y fue a ver si era lo que a él le había parecido. Era el currículo de Christal, se quedó helado, ella ya había empezado a buscarse otro trabajo. En ese momento entendió esas precipitadas vacaciones; por lo visto, ella actuaba como él, no perdía el tiempo.

Apenas se enteró de nada de lo que se habló en aquella reunión. Solo la tenía a ella en la cabeza. Estaba contando los días para que volviera.

Capítulo 12

Christal deseaba que el suelo se abriera bajo sus pies. El día se le hizo eterno, debía reconocer que Bruck se había ganado a los niños, sabía cómo tratarlos. Cuando despidió al último, se marchó con prisas, se sentía descompuesta. Había vuelto ese día de sus vacaciones, y encontrarse en el que pronto dejaría de ser su puesto de trabajo la tenía muy apenada. Los pequeños se habían alegrado mucho al verla, y ella se pasó el día preguntándose cómo había sido tan idiota. Ellos lo eran todo para ella, le alegraban los días y la inspiraban para disfrutar con sus avances.

Había jugado fuerte y había perdido, tendría que haberlo pensado antes. James era quien tenía la última palabra y había tomado su carta al pie de la letra. ¡Fue una imbécil! Tendría que haber hecho solo el cartel y aguantar la diatriba que le cayera encima. Total, últimamente no hacían nada más que discutir.

Había visto a James mirarla a través de las cristaleras que ocupaban el frente del edificio de los mayores. Sin embargo, él no se había acercado para nada, recordó la última vez que habló con él por teléfono y supuso que no deseaba ningún enfrentamiento más.

Sus compañeros sí que fueron a interesarse por sus vacaciones.

—¡Qué morena que estás! —le decía Jean.

—Te habrás pasado los días tumbada al sol —señalaba Paul.

—La verdad es que sí, he aprovechado esos días fantásticos que hemos tenido. ¿Sabéis lo bien que se está en la playa con un buen libro?

—¡Qué bien te lo montas! —terció el profesor de Música.

—Si eso fuera así, ahora mismo no tendría un pie en la calle —remarcó Christal.

Aquel comentario abría la veda para que le hicieran las preguntas que todos tenían en la cabeza, y que en ningún momento le habían hecho a James.

—¿Qué pasó? ¿Qué fue eso de que habías renunciado? —preguntó Paul.

Ella cogió aire con fuerza y lo soltó, al hacerlo miró hacia el primer piso y vio a James, parecía que no la perdiera de vista.

—Lo hice con el propósito de que el director se diera cuenta de que se equivocaba, ¿os acordáis que hizo llegar una circular a los alumnos de que era obligatorio asistir a esa jornada

familiar? —Los dos asintieron—. ¿Sabéis que todas las mamás estaban preocupadas porque si no iban las calificaciones de sus hijos se verían perjudicadas? —Ambos volvieron a afirmar—. James se cubrió las espaldas, las mandó a todas a que hablaran conmigo, al igual que hizo con vosotros.

—Entonces hiciste ese cartel —intervino Jean.

—Exacto, y esperando que se diera cuenta de su error, redacté una carta de renuncia y se la dejé en su escritorio.

A los dos se les abrió la boca por la sorpresa.

—No debiste hacerlo —terció Paul—. Todos sabemos que últimamente ha cambiado mucho. No es el mismo de antes. El antiguo James la habría cogido y la habría tirado a la basura.

—Eso era lo que yo esperaba, pero le faltó tiempo para buscarme una sustituta.

—¿Sabes lo que pienso? —señaló Jean—, que fuiste la cabeza de turco, te uso para que todos supiéramos que, o hacíamos lo que él mandaba, o seguiríamos tu camino.

—Probablemente. Se le han subido tanto los humos que no acepta que él también se equivoca.

Paul y Jean la miraban con el ceño fruncido.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

Todos sabían que a esas alturas del curso, las plazas estaban ocupadas en los colegios.

—Tengo algún proyecto en mente. Durante las vacaciones he hecho algo más que tomar el sol.

—¿Nos lo vas a contar? —Jean era muy curioso—. Si seguimos así, es posible que nosotros tengamos que seguir tu camino.

—De momento es solo una quimera, estoy sopesando la idea de ponerme a estudiar para dar clases en la Tulane University.

—¿Qué dices?! —exclamó Jean—. Vaya cambio.

Paul sonrió con malicia.

—Christal, tú no nos quieres ni siquiera un poquito, ¿verdad? —soltó su compañero—. ¿Sabes cómo se va a poner James si se entera?

—Lo siento por vosotros, pero muy pronto dejará de ser mi problema, lo que él piense o no ya no me importa. —Al decirlo miró en la dirección donde lo había visto y notó que él se daba la vuelta y desaparecía de su campo visual.

La música de que todo el mundo debía volver a sus clases los interrumpió, y cada uno fue hacia las aulas.

Al terminar el día se sentía una caquita con ojos, ya no sabía qué estaba haciendo ella allí, era evidente que no se la necesitaba. Se fue a su casa y se preparó un té con limón y miel. Se tumbó en el sofá y allí se quedó, no tenía ni ganas de llamar a sus amigas. Se empeñarían en verse para animarla, y ella lo único que quería era lamerse las heridas con tranquilidad. Se tapó con una manta, puso la televisión; y después de ver que nada llamaba su atención, volvió a apagarla. No cenó, ni siquiera se molestó en encender ninguna luz cuando salieron las estrellas, que la saludaron a través del cristal.

Cuando la luz del alba pintó el cielo de púrpura y empezó a clarear el día, se fue a la ducha, no le daría la satisfacción a James de no acudir al trabajo fingiendo una indisposición, ya se había tomado todos los días que tenía de vacaciones y no tenía excusa.

Su mal aspecto lo solucionó con maquillaje, y una vez satisfecha se dirigió al colegio. ¡Qué largos se le iban a hacer los días que faltaban para poder largarse de allí y perder de vista a ese cretino! ¿A quién quería engañar? No deseaba irse, no quería enseñar a muchachos mayores, lo que quería era que cayera un meteorito y aterrizara en la cabeza de James. Con esos pensamientos se distrajo un segundo y estuvo a punto de comerse un coche que se disponía a girar a la derecha sin señalizar la maniobra, y que le cortó el paso.

—¡Idiota! —exclamó contra aquel conductor que por poco la atropella.

James, que venía detrás, lo vio y la reconoció.

—Me cago en la puta —murmuró para sí. Se daba cuenta de que ir en bicicleta a la hora que empezaban las clases en todos los colegios era muy arriesgado.

Al llegar al Rodríguez Miró buscó a Christal con la mirada, vio que se dirigía a su clase y la siguió. Ella estaba poniéndose la bata de cuadritos azul y rosa que usaba para trabajar, al girarse y verlo allí parado se sobresaltó.

—Podrías hacer ruido, me has asustado. ¿O es que estás espiándome? —El tono de ella dejaba muy claro que estaba enojada con él—. No te preocupes, que el día que me vaya no me llevaré las pizarras ni nada por el estilo.

—Estás diciendo tonterías.

—Entendido, entonces me callo, lo que dice el jefe es ley.

James apretó las muelas, había ido en son de paz solo para decirle que fuera con cuidado con la bicicleta. Aspiró aire con fuerza para no contestar a aquella impertinencia.

—Yo solo hice lo que debía, tú me presentaste la carta de renuncia.

Le recordaba que todo lo había desencadenado ella.

—¿Por qué lo hice? ¿Te lo has preguntado? —Ella le sostenía la mirada como si lo acusara de algo—. Sabía que montarías en cólera cuando vieses el cartel en el tablón de anuncios, no me dejaste otra opción. Las familias de los alumnos del Rodríguez Miró tienen planes que por lo visto a ti no te importan, solo te interesa que llenen las arcas y que los chicos hagan un buen papel en todas partes. —Los ojos de ambos eran como cuchillos que se dispararían de un momento a otro—. Yo, al contrario que tú, pensé en ellos, es más, los escuché cuando tú me los mandaste a que se quejara conmigo. Muchos son los que aprovechan los fines de semana para visitar a la familia, a los abuelos, que debido al trabajo no ven todo lo a menudo que quisieran. Estaban preocupados por que las calificaciones de sus hijos no se vieran afectadas, lo que tú te encargaste de hacerles saber con aquella circular que mandaste a todo el mundo.

La voz de Christal parecía cansada, él se percataba de que ella hablaba con propiedad, quizá hubiese tenido que pensar en ello antes.

—No he venido a hablar de eso. —Se daba cuenta de que Christal tenía razón y no iba a dar su

brazo a torcer—. ¿Tienes carnet de conducir?

A ella le extrañó aquella pregunta.

—Sí, deberías saberlo, lo pone en mi currículum, ¿acaso te hace falta un chofer y quieres ofrecermelo el puesto?

La mirada de James la taladró.

—No, solo iba a decirte que fueras con cuidado, a estas horas todo el mundo tiene prisa y es peligroso ir en bicicleta entre los coches.

Ella recordó el vehículo que por poco se la lleva por delante, ¿lo habría presenciado?

—No entiendo tu preocupación, pero de todas formas da igual, muy pronto me iré de este colegio.

El comentario le sentó como una patada en el estómago.

—¿De verdad quieres irte? —James no deseaba hacer esa pregunta, se le escapó de los labios.

—¿Qué más da lo que yo quiera? Tú ya has tomado las medidas necesarias para que todo siga funcionando en el centro. —A pesar de que deseaba aparentar indiferencia, en sus ojos ámbar se podía palpar el pesar, él lo vio y se tragó un taco. Los dos eran igual de cabezotas y no admitirían ni bajo tortura que se habían equivocado.

—Contéstame —dijo él dando un paso hacia ella, imponiéndose con su altura.

—No tengo más remedio, habríamos acabado... —Christal no terminó lo que iba a decir, y él malinterpretó sus palabras.

—Yo solo hice lo necesario para que no nos pillara desprevenidos tu marcha. —Una sombra que no le gustó ni un ápice cruzó por los ojos ámbar, estaban tan cerca que él sentía la respiración de ella como la propia—. Porque eso decía la carta que me encontré en el despacho.

Si ese hombre pretendía escuchar que se había precipitado, iba fresco. Se arrepentía de habérselo puesto tan fácil. Debería haberlo machacado hasta que él la despidiera. Sin embargo, era consciente de que su genio le había jugado una mala pasada, y todo le había estallado en la cara.

—Como siempre, eres un buen director que se preocupa por el alumnado —ironizó ella—. Ahora, si me disculpas, voy a recibir a mis alumnos, porque aún lo son, ¿no?

—Desde luego.

Christal pasó por su lado y fue al patio donde los niños formaban una cola y entraban en las aulas, se dibujó una sonrisa en los labios, que se le borró tan pronto como vio a Bruck, que ya estaba controlando a los pequeños. ¡Qué largo se le haría ese mes que faltaba para esa jornada familiar!

James estaba de mal humor, no se quitaba a Christal de la cabeza y no se concentraba en sus quehaceres. Al mediodía, y en vista de que ese día no se sacaría el trabajo de las manos, se

marchó del centro. Se fue a su nueva casa a ver si las horas le eran más productivas, no tuvo esa suerte. Ella seguía en su cabeza, y no había modo de sacarla de allí. Salió a caminar sin rumbo fijo, hacerlo le aclaraba las ideas. Sus pasos lo llevaron al Barrio Francés, lleno de turistas que iban de un lado a otro consultando a pitonisas que ofrecían sus servicios en las calles y en establecimientos.

Notó que su teléfono vibraba en el bolsillo del pantalón, miró quién lo llamaba y era Baptiste.

—¿Dime? ¿Ha ocurrido algo? —preguntó extrañado, el maestro nunca lo había contactado fuera de horas de trabajo.

—No, todo bien, aunque no estés todo sigue funcionando. Te llamaba para saber de ti. ¿Cómo es que te has ido tan temprano?

James se quedó sorprendido, miró la pantalla de su aparato.

—Tenía cosas que hacer —contestó seco.

—Venga, que nos conocemos. ¿Cuánto tiempo hace que no te ausentas de la escuela una tarde entera?

Si era sincero consigo mismo, nunca se había ido de aquella forma, a no ser que fuera a alguna reunión de trabajo, pero eso Baptiste no tenía por qué saberlo.

—Nunca lo he hecho, y por ese mismo motivo, he creído que no ocurriría nada si me tomaba unas horas libres. —En su voz podía notarse que no estaba contento con aquella pregunta.

—No te estoy criticando —se defendió su amigo—. Faltaría más. Solo quiero que sepas que si necesitas hablar, o cualquier otra cosa, me tendrás a tu lado.

—Es bueno saberlo, gracias.

Con esas palabras cortó la comunicación, ¿cómo decirle a Baptiste que se había enamorado de Christal y que no se había dado cuenta hasta entonces? Lo tomaría por idiota. ¿Qué podía hacer para que ella cambiara de opinión y lograr un acercamiento? ¿Estaría ella receptiva? No era tonto, seguro que no, que en esos momentos no lo querría ver ni en pintura, sus broncas habían llegado demasiado lejos, y reconocía que la culpa era solo suya. Había dejado que su situación personal afectara al buen ambiente de la escuela; y ella, que era igual de cabezota que él, siempre estaba en su punto de mira, no como los otros, que siguieron con su labor, apartándose de su camino.

Capítulo 13

Los días siguientes fueron un verdadero infierno para ambos. James trataba de entablar conversación con Christal, y ella le contestaba con monosílabos y parecía huir de él. La había citado para reunirse por cuestiones de trabajo y ella le respondía que lo hablara con Bruck.

—Es mejor que lo que tengas que tratar lo hagas con ella, después de todo, no vaya a ser que yo me lleve tus ideas a otro lado. —Con esas palabras se daba la vuelta y se alejaba, no parecía importarle dónde se encontrasen o que alguien la escuchara.

Cuando hacía eso, a él le daban ganas de sacudirla para hacerla entrar en razón. ¡No quería que se fuera! Y los días pasaban volando, el tiempo nunca había jugado en su contra tanto como entonces.

Christal, en el pasado, solía quedarse a preparar las clases del día siguiente; en esos momentos, en cuanto despedía a los pequeños, se marchaba apresurada. Él lo presenciaba desde los ventanales, cavilando algún motivo para reunirse con ella, encontrarse a solas. No pensaba decirle de buenas a primeras que estaba enamorado de ella, se reiría en su cara. Tenía que ser paciente, y encontrar el momento... Quizá si se veían fuera del centro sería beneficioso, podría conocerla mejor y saber si tenía alguna oportunidad. Recordó la noche que ella estaba con sus amigas, y en esos momentos comprendía que le habían sentado tan mal sus palabras por esos sentimientos que aún no había reconocido.

Por las noches iba al local donde las había visto con la esperanza de volvérselas a encontrar; un día tras otro paseaba por Bourbon Street, no creía que ella se encerrara en casa tras salir del Rodríguez Miró. No tuvo suerte en su empeño.

Una mañana que el tráfico estaba infernal —solía pasar en los días que amenazaba lluvia; en estos, los coches parecían multiplicarse—, estaba parado en un semáforo rojo cuando escuchó el ruido de unos frenos, un golpe y mucho jaleo. Miró por el espejo retrovisor y vio que tres vehículos más atrás había habido un accidente.

—¡Que alguien llame a una ambulancia! —Escuchó, y frunció el ceño. No parecía que nadie necesitara una. Pendiente de lo que pasaba allí, vio a una mujer que se agachaba, había alguien tumbado en la calzada, y reconoció el casco que solía llevar Christal.

Sin pensarlo, salió del coche y corrió hacia la accidentada, efectivamente era ella, dos coches habían chocado y el delantero se la llevó por delante. Se agachó en el momento que Christal intentaba levantarse.

—No te muevas.

—Estoy bien.

—Dejaremos que sean los sanitarios los que digan eso. —El tono de voz de James mostraba preocupación, no le había ladrado como solía pasar últimamente. Él le puso una mano en el hombro para que estuviera quieta—. Tranquila, enseguida llega la ambulancia.

—No ha sido nada, ayúdame a levantarme. —Iba a quitarse el casco, y él le cogió la mano.

—No hagas eso.

Los ojos de ambos chocaron y ella no vio la animadversión que él mostraba en los días anteriores, ¿era inquietud lo que mostraban aquellos pozos negros? Las sirenas la sacaron del magnetismo de aquella mirada que la estaba poniendo nerviosa, para evitarlo, dijo:

—¿Cómo está mi bicicleta?

James levantó los ojos y vio que había quedado bastante mal.

—Espero que estés mejor que ella.

—No me digas que... —Sus palabras fueron interrumpidas por los sanitarios, que hicieron apartarse a James. En unos momentos se encontró con un collarín que le estiraba el cuello y encima de una camilla rígida.

—¿Dónde la llevan? —preguntó James a uno de ellos.

—Al Tulane Medical Center.

—Bien, voy para allá.

A Christal le extrañaron sus palabras, ¿es que pensaba acompañarla? Seguro que había oído mal, se dijo.

Al llevar a urgencias, ella pidió que la atendiera Steve Meraux, la pareja de su amiga Zoe. Este se presentó en el bajo del hospital y pidió a las enfermeras todas las pruebas pertinentes.

—Steve, estoy bien, sácame este collarín, ¿es que estáis tratando de alargarme el cuello? Voy a parecer una jirafa si lo llevo puesto más tiempo.

Él sonrió al escucharla.

—Ni hablar, lo haré cuando esté convencido de que no tienes ninguna lesión.

—No la hay —insistió ella.

—¿En qué universidad te has sacado el título de médico? —bromeó él, con aquella sonrisa que había enamorado a su amiga Zoe.

—¡Qué gracioso! —resopló ella.

En ese instante, apareció un celador que se la llevaría a hacerle las pruebas que había ordenado el médico.

—¿Puedo? —preguntó al encontrarlos hablando.

—Sí, sí, sácala de mi vista, es una pesada. —Con esas palabras le guiñó un ojo a ella—.

Pórtate bien.

—Cómo no, doctor Meraux —replicó ella.

Steve había sido avisado de que había un hombre que preguntaba por el estado de salud de Christal y salió a la sala de espera.

—Hola, soy el doctor Meraux, estoy atendiendo a Christal Barret.

—Soy James Rice. ¿Cómo está?

El médico pudo ver la preocupación de ese hombre.

—Aún no puedo decirte nada, ahora van a hacerle unas pruebas. No parece nada grave, pero vamos a asegurarnos. ¿Quieres pasar al box? —Él asintió—. Te avisarán cuando terminen con las radiografías y puedes hacerle compañía mientras esperamos los resultados.

—Gracias.

—No tienes por qué darlas, conozco a Christal, haré todo lo que tenga que hacer. No creo que tarde mucho en bajar de planta mi mujer, son muy amigas.

—Perfecto —asintió él. ¿Se iba a encontrar con una de las que lo había puesto a parir? No lo entusiasmaba, pero iba a quedarse allí hasta que supiera que ella estaba bien.

James sabía que Christal podía mandarlo a freír espárragos en cuanto lo viera, pero se arriesgaría. No iba a dejarla sola en esos momentos. Estuvo paseándose por la sala de espera hasta que una enfermera le dijo dónde estaba ella.

Con paso decidido, recorrió el pasillo hasta donde ella estaba tumbada en una camilla, con un camisón del hospital.

—Hola, ¿cómo te sientes? —Al hablar, ella iba a girar el cuello, pero se lo impidió el collarín que aún llevaba puesto—. No te muevas, ya voy yo —dijo él acercándose para poder verla.

—¿Qué haces aquí?

—Preocuparme por ti.

Aquellas palabras la dejaron muda, sus ojos ámbar se clavaron en los negros. Ella reparó que aquella mañana no habían intercambiado ninguna expresión agria. James no le había reprochado que fuera a la escuela con bicicleta, ni nada por el estilo. Solo había visto inquietud en sus ojos. Sin embargo, no creyó ni una palabra.

—Vamos, James, no seas hipócrita. Los dos sabemos que esto te servirá para librarte antes de mí. —Su voz no mostraba enojo, se había cansado de tanta discusión y no se sentía con ánimos para más enfrentamientos.

—Últimamente dices muchas tonterías.

—De ninguna forma. —Ella se preguntaba si al fin habría entrado en razón, lo dudaba—. Es lo que hay, yo en el Rodríguez Miró ya no estoy haciendo nada, tienes la plantilla completa, ya no me necesitas. O sea que ve y ocúpate de que todo marche tal como quieres.

La mirada de James se clavó en la suya.

—El centro funcionará a la perfección aunque yo me ausente. Todos saben cuál es su trabajo.

—Todos menos yo, claro —manifestó ella.

—¿Por qué dices eso?

—Porque he sido la única que me he plantado delante de ti y te he dicho lo que pensaba.

—O me lo has gritado.

—También. Lo reconozco y lo siento. Debería haber hecho como todos los demás y apartarme de tu camino.

—¿Te arrepientes? —Él esperaba una afirmación, que ella reconociera que era él quien mandaba.

—Claro que no. Si lo que prefieres es que te mienta...

Las pupilas de ambos no se separaban.

—No, no lo quiero.

—Mejor, porque se me da muy mal darle coba a la gente. Prefiero la verdad, aunque duela.

James pensó en Anais, qué distintas que eran la una de la otra.

—¿Duele?

—No entiendo. —A Christal estaba empezando a punzarle la cabeza, estaban teniendo una conversación que no los llevaría a ninguna parte.

—Pregunto que si duele irte del Rodríguez Miró.

—Por favor, vete. Estoy empezando a sentirme mal.

Que no le respondiera ya era bastante contestación.

—Tranquila, me quedaré, pero no te enterarás de que estoy aquí.

—Gracias, pero no hace falta —anunció ella—. Steve es la pareja de mi amiga Zoe. Estoy segura de que ella vendrá en cuanto le sea posible, también trabaja aquí.

—Lo sé, el doctor Meraux me lo ha dicho.

—Haz lo que quieras.

Él se alejó de su campo de visión y apoyó las caderas en la mesa, sin quitarle la vista de encima. Se mantuvo callado unos minutos hasta que la vio revolverse.

—¿Cómo te sientes?

—Si me quitaran este collarín, mejor, creo que se me está alargando el cuello.

Él sonrió, se imaginó cómo se sentiría una mujer tan activa como ella teniendo que permanecer quieta.

Ella intuyó aquella sonrisa y frunció el ceño.

—No me estoy riendo de ti, es solo que...

—Que me estoy quejando como un niño pequeño —lo interrumpió Christal.

—Más o menos, encima tienes un raspón en la rodilla, al igual que la mayoría de ellos.

—Ahora entiendo la atención que han puesto.

Él asintió.

—He conocido a tu amigo Steve —el director hablaba en un tono tan suave que ella no reconocía en él.

—He pedido que me atendiera él. Nos conocemos desde hace algún tiempo.

En ese momento el móvil de James sonó; y él, después de mirar la pantalla para ver quién lo llamaba, contestó, era el letrado que le llevaba el divorcio.

—Dime, Roger.

—He estado en contacto con el abogado de Anais, dice que dio a Harry en adopción al no poder llevárselo.

—Será malnacida, ¿por qué no lo dejó conmigo? Ella nunca se ocupó de él. —Su tono de voz ya no era como el que le había dirigido a ella, parecía enojado.

—Lo hizo para sacarte pasta; y al ver que la que tendría que pagar sería ella, se deshizo del perro.

—¿Qué puedo hacer para recuperarlo?

—Tocaré unas cuantas teclas, tengo contactos, si lo ha hecho con papeles podré saber dónde ha ido a parar. Pero, quiero advertirte, no creo que ese sea el caso. Lo habrá abandonado en cualquier lugar, lejos de la ciudad para que no sepa volver.

James se paseaba por el cubículo, y Christal vio que sus ojos se oscurecían, ¿era rabia lo que veía en ellos? Solo escuchaba la mitad de la conversación y no sabía de qué hablaba.

—Le retorcería el pescuezo por eso. —Él miró a Christal y se dio cuenta de que estaba pendiente de lo que hablaba—. Harry llevaba chip.

—Se lo puede haber quitado, y si no lo ha hecho... ¿qué nombre figuraba en los datos?

—El mío.

—Entonces puedes encontrarte con una multa por abandono.

Él soltó un resoplido furioso.

—Me da igual, la descontaré de todo lo que le tendré que dar por la venta del piso. Encuentra a Harry.

—Haré todo lo que pueda —afirmó el abogado—. Te llamaba porque se está impacientando, quiere que todo el asunto se resuelva rápido, coger su dinero y largarse.

—A este paso, poca pasta va a quedar. Me gustará verle la cara cuando le hagas las cuentas y se percate de que entre lo que se llevó y lo que tenga que gastar para recuperar a Harry, va a quedar menos y nada. A propósito, ¿ya se ha gastado todo el dinero? ¿En qué andará metida?

—No lo sé, pero ahora que lo dices, también se me hace extraño. Veré si me entero de algo.

James se daba cuenta de que había muchas lagunas de las que él no sabía nada. Que lo habría estado engañando con otro hombre era algo que sospechó desde el momento que ella hizo las maletas y le entregó los papeles del divorcio. Sin embargo, las prisas, el vaciado de la cuenta y que se llevara a Harry para seguir sacándole dinero no le terminaba de encajar. Ella trabajaba en una agencia de viajes y ganaba un buen sueldo. Estaba seguro de que si lo que quería era recorrer el mundo, como le había dicho, sabía cómo moverse para hacerlo sin necesidad de gastarse una fortuna.

—Bien, mantenme informado. —Con esas palabras cortó la llamada.

Christal no quería preguntar, por lo que había oído no se trataba de nada de la escuela; sin

embargo, sentía curiosidad, esta era mucha.

James vio el interés en su mirada, sus paseos mientras hablaba lo habían llevado al lado de ella.

A pesar de eso, cuando imaginó que él hablaría, ella dijo:

—No tienes que contarme nada.

—¿Y si quiero hacerlo? —James quería explicárselo, deseaba que ella entendiera las razones por las que se comportaba como lo hacía.

—Entonces, adelante, creo que tenemos para rato aquí.

Él se sentó en el lado de la camilla para que ella no tuviera que mover el cuello y lo viera con comodidad. Le contó todo lo que estaba pasando con Anais, que no paraba de hacerle llegar mensajes a través de los abogados para hacerle la vida imposible.

—¿Y no lo viste venir?

—No.

—Lo siento. —Él pudo ver la sinceridad en su mirada. ¿Era el momento de decirle que su corazón no había sufrido por ello? No lo creía, ella pensaría que era un hombre sin sentimientos —. ¿Quién es Harry?

—Es mi perro, ella nunca se ocupó de él. Se lo llevó para sacarme pasta como si se tratara de un hijo, y le ha salido el tiro por la culata. En estos casos, es ella la que tenía que abonarme una cantidad de dinero a mí.

Christal pensaba en cómo podía haber mujeres así, ¿es que esa en particular no tenía amor propio? Si se había terminado el cariño, pues una división de bienes a partes iguales y cada uno por su lado, no tenían por qué tener esos problemas.

—Nunca entenderé a algunas mujeres. Unas, luchando por la igualdad; y otras, exprimiendo a los hombres.

—¿Pertenece a algún grupo feminista?

—No.

—Esa no fue la impresión que tuve cuando conocí a tus amigas.

Ella recordó ese día que, furiosa con él, se había desfogado con las chicas.

—Estaba enfadada contigo, y ellas me apoyaban.

James pensó que tenían una forma muy particular de solidarizarse con su amiga.

—¿Entiendes ahora el porqué de mi mala leche en los últimos tiempos?

Christal lo miró al fondo de aquellos ojos negros.

—Sí —afirmó.

—Admito que no debería haber descargado mi frustración en nadie de la escuela, actué mal y lo reconozco. Intentaré que no vuelva a ocurrir.

¿Qué quería decir con aquello?, se preguntó ella, ya tenía un pie fuera del Rodríguez Miró. Solo faltaba que pasaran los días y estaría buscando empleo en otro centro.

Capítulo 14

El silencio cayó como una losa sobre el box de urgencias. Ambos se miraban sin decir nada, él sabía lo que ella estaba pensando y sintió un arañazo en el corazón.

Ese momento lo rompió Steve al entrar con una enfermera.

—Bueno, guapa, has salido más bien parada de lo que creía —dijo con una sonrisa a Christal—. No tienes nada roto, solo una leve conmoción cerebral.

—¿Me estás diciendo que ya puedes quitarme esto? —Señaló el collarín ella.

—No, lo llevarás unos días. Tus cervicales han sufrido un buen latigazo, mejor que las mimemos un poco, no vayas a resentirte. —Ella soltó un suspiro exasperado—. Sé que es molesto, ahora mismo te pondrán uno más cómodo, pero no te lo saques. Te recomiendo reposo durante una semana, te darán hora para dentro de siete días y entonces veremos si puedes hacer tu vida normal.

—Por eso no me gustan los médicos —barbotó ella—. Siempre encuentran algo con lo que hacernos la vida imposible.

Steve soltó una carcajada, mientras James no podía creer lo que había escuchado.

—¿Te das cuenta de lo que tenemos que aguantar, James? —dijo Steve con una sonrisa—. La confianza da asco.

—Ya veo.

—¿No ha bajado Zoe?

—No.

—Debe estar ocupada. —Disculpó el médico a su novia—. No dudo de que hoy tendrás a las chicas en tu casa con ganas de ayudarte.

—Seguro que sí —afirmó ella.

—Ahora, vete a casa y pórtate bien. Si te sientes mal, vuelve.

Antes de que Steve saliera del box, Christal preguntó:

—¿Dónde está mi ropa?

—Hecha jirones en el cubo de la basura.

—¡¿Qué?!

—No podemos ir con miramientos cuando nos llega alguien de un accidente de tráfico.

—Mierda.

James estrechó la mano al médico y le agradeció sus atenciones.

—Ten paciencia —aconsejó Steve—. Ahora viene lo complicado. Lograr que haga reposo va a ser una odisea.

Por su manera de hablarle, James supo que había llegado a la conclusión de que eran pareja, y no lo sacó de su error. Cuando quedaron solos, ella lo miraba como si fuera el culpable de todos sus males.

—Dime la talla que usas y voy a los grandes almacenes que están aquí al lado.

A ella no le gustaba la idea, pero era eso o darle las llaves de su casa. Le dijo lo que él quería saber y lo vio salir de allí con paso firme. Se preguntó si James estaría acostumbrado a ir por ahí comprando ropa de mujer.

Para su asombro, cuando volvió, le trajo unos vaqueros, una camiseta color aguamarina, junto con ropa interior negra de encaje de lo más sexi. Ella se lo quedó mirando.

—No es la primera vez que haces esto, ¿verdad?

Él sonrió, lo cierto era que nunca había comprado ropa femenina.

—Debo reconocer que nunca había estado en la sección femenina de ninguna tienda.

—¡Anda ya!

—No me creas si no quieres.

Christal se dio cuenta, en ese instante, de que durante las horas que permanecieron juntos no había habido ningún reproche, ni siquiera un comentario sobre que ese día era peligroso ir en bicicleta. Nada. James estuvo pendiente de ella en todo momento y había sido él quien le confesara el motivo de su extraño comportamiento. Ella se había mantenido a la expectativa, esperando que de un momento a otro llegara alguna regañina.

—No tengo por qué dudar de tu palabra. Ahora, si me dejas sola un momento, me vestiré.

—No hagas movimientos bruscos, si me necesitas estaré aquí fuera —señaló él antes de salir.

Esas palabras la dejaron atónita. ¿Acaso estaba esperando que le pidiera ayuda para vestirse? Desde luego no vería nada que no hubiese visto antes, si tenía en cuenta su aventura de hacía años, pero en esos momentos no había la confianza que debería, y lo suyo había pasado a la historia.

Al terminar de adecentarse, con sorpresa vio que las prendas le quedaban como un guante, se agachó para ponerse las deportivas y todo pareció ondularse a su alrededor. Pensando que acabaría desmayada por aquel mareo, se sentó en el suelo.

Él, al escuchar un ruido raro, preguntó:

—¿Va todo bien?

—No. —Ella pensó que no la escucharía, apenas había susurrado. Sin embargo, tan pronto como salió la voz de su boca, lo tenía al lado. James supo lo que había ocurrido al ver que sostenía una deportiva en la mano.

—Deja que te ayude. —La levantó y la sentó en la camilla.

—Al agacharme me he mareado.

—Tranquila, ya sabes que no debes hacer movimientos bruscos. —Se inclinó y le puso las zapatillas—. ¿Te sientes mejor?

—Sí, gracias.

—No tienes que agradecerme nada.

Mientras caminaban hacia la salida, él le pasó un brazo por la espalda, estaba alerta por si le daba otro mareo. Ya en el coche le preguntó si podía quedarse con alguien mientras se recuperaba.

—En casa estaré bien, las chicas vendrán, y créeme que montarán guardia para no dejarme sola, estoy segura.

—¿No trabajan?

—Sí, pero ya se organizarán para estar pendientes de mí. Como si lo viera.

Por un segundo, él tuvo envidia de esa amistad; sin embargo, reconoció que él mismo fue quien se aisló cuando tuvo problemas. ¿Cuántas veces no habría escuchado los problemas de sus amigos y les habría dado su opinión? ¿Por qué él no hizo lo mismo?

Christal le dio su dirección y él la llevó, a aquellas horas de la tarde no tuvo ningún problema para aparcar su coche.

—Gracias por traerme y por... —decía ella al bajar del jeep.

—Si te crees que voy a dejarte aquí en medio de la calle, acabando de salir de urgencias, es que no me conoces.

James hablaba mientras se le acercaba.

—No hace falta que me acompañes.

—Sí, no me vas a convencer. —Le pasó otra vez el brazo por la cintura y la empujó con suavidad para que se moviera.

Al llegar al piso de ella, él se sorprendió gratamente, era un espacio abierto, que unía la cocina, el comedor y el salón. Al fondo había una puerta que supuso era el dormitorio. Las paredes eran blancas, pero en ellas podían verse cuadros abstractos de vivos colores, y en uno de los muros había un gran corcho con dibujos infantiles. Él se los quedó mirando.

—Los pequeños son un encanto, me regalan dibujitos que hacen los fines de semana.

Los ojos de él se trasladaron a ella. Su mirada oscura y brillante se clavó en la maestra.

—¿De verdad quieres irte?

Christal lo malinterpretó a propósito.

—Yo no voy a ninguna parte, me han recomendado que haga reposo.

—Sabes que no me refería a eso.

—No, no sé qué quieres decirme.

James se le acercó, y ella se mantuvo estática, sabía muy bien a lo que él se refería, en esos momentos ya conocía el motivo por el que él se había comportado como un idiota, por el que se

había alejado de los compañeros de trabajo. ¿Es que ese hombre no tenía amigos con los que hablar, en los que apoyarse en momentos difíciles? La verdad era que sentía pena por James. Sabía que entre él y Baptiste había mucha química, y sospechaba que este último no sabía nada de todo aquello, si no él mismo se hubiese encargado de justificar las acciones del director.

Al llegar junto a ella, James se dio cuenta de que con el collarín no podía mirarlo a los ojos. Sus manos se posaron en la cintura femenina y la levantó hasta su altura.

—¿De verdad quieres irte? —repitió él—. Sé que no eres tonta, sabes perfectamente a qué me refiero. —Sus pupilas no se separaban de las ámbar.

—Podría decirte lo mismo a ti.

James frunció el ceño.

—¿Qué?

—¿De verdad tienes que preguntarlo? —Ella le sostenía la mirada como si lo retara a que dijera que sí.

—Sé que los niños son tu debilidad; sin embargo, me presentaste una carta de renuncia.

—Sí, lo hice. ¿No adivinas por qué? —Christal se sentía como una muñeca que no pesara nada. Él la sostenía sin que sus brazos mostraran el esfuerzo de levantarla. La fuerza de James la tenía fascinada—. Sabía que te enfurecerías cuando vieras que le había dado la vuelta a la tortilla, como habías hecho tú. Que librara a las familias de esa obligación haría que te subieras por las paredes. Y eso fue lo que pasó, no perdiste tiempo en buscar una sustituta para demostrarme que quien manda en el colegio eres tú.

—Si tal como dices, quien manda soy yo, no quiero que te vayas.

Escuchar aquellas palabras hizo que a Christal un extraño calorillo la recorriera de arriba abajo y le aleteara el corazón.

—¿Por qué? Siempre me dices que no sé enseñar, que no paras de oír cuentos sobre gusanitos mágicos y que en mis clases cantamos mucho.

—Sé que eres una buena profesora, los niños llegan a primaria con más nivel que en otros centros.

Los ojos de Christal se entrecerraron, ¿le había mentido? Le había dicho que no estaba al corriente de cómo llegaban los pequeños a las clases de primer curso, y en esos momentos en los que parecía que se habían declarado una tregua, le confesaba que sabía que los pequeños no se quedaban atrás en sus enseñanzas.

—¿Cuándo has descubierto eso?

A él se le escapó una mueca torcida, era como si hubiese querido disimular una sonrisa.

—Ya lo sabía cuando te eché en cara lo del gusano mágico y tus canciones.

Las manos de ella, que habían estado relajadas a sus costados, se trasladaron a los brazos de él.

—Entonces ¿a qué vino aquella bronca?

Él tuvo la decencia de ruborizarse un poco.

—Eras la única que hacía que me olvidara de mis problemas personales.

A ella se le abrió la boca por la sorpresa.

—¿Me estás diciendo que me he convertido en tu saco de frustraciones? ¿Como si se tratara de uno de boxeo? —La voz de Christal sonaba indignada.

—No exactamente, discutiendo contigo me sentía vivo.

Aquella confesión la dejó atónita. Le entraron ganas de abrazarlo para demostrarle que no estaba solo. Las manos femeninas se trasladaron a sus hombros, anchos y musculosos. Él era grande a su lado, pero le estaba demostrando que, a pesar de eso, sufría como todo el mundo.

Cogió aire con fuerza al darse cuenta de que aquellas batallas verbales en las que los dos mostraban tanta pasión las habían buscado ambos. Ninguno se quedaba atrás. Con los otros profesores se había cerrado en banda, en cambio con ella todo era distinto. Recordó lo que dijo su amigo: «Los que se pelean se desean».

—¿Puedes dejarme sobre mis propios pies?

—No. Quiero que me digas que te quedarás en el Rodríguez Miró. No quiero perder a una profesora excelente a la que los niños adoran, y también los padres, y... —Se calló al darse cuenta de que iba a confesar que se había enamorado de ella, no sabía cuándo ni cómo había ocurrido, solo lo sentía.

—¿Y?

—Y tus compañeros.

—¿Te cuentas tú entre ellos? —Aquella pregunta le salió sin pensar y luego pensó que debería haberse mordido la lengua. Para cambiar de tema y que él no se viera obligado a contestarla, añadió—: Es muy posible que discutamos, ya sabemos que en muchas cosas no estamos de acuerdo.

James se percató de que no le había dicho que se quedaría con aquellas palabras, pero el comentario lo dejaba muy claro, sonrió.

—Cuento con ello.

—También que terminemos tirándonos los trastos por la cabeza, a veces me sacas de quicio.

—No llegará la sangre al río. —Con estas palabras, se arrimó, le dio un beso en una mejilla y la bajó.

Ese gesto hizo que ella fuera recorrida por un estremecimiento, y se tambaleó al posar los pies en el suelo. ¿Por qué la había besado? ¿Acaso detrás de aquella insistencia implacable se escondía otro sentimiento?

Capítulo 15

Como Christal sabía, aquella noche sus amigas fueron todas a su casa y se organizaron para pasar tiempo con ella y que no tuviera que preocuparse por nada.

Los días siguientes fueron un ir y venir de las chicas y de James. Este acudía cada día con la cena que encargaba en los mejores restaurantes de la ciudad. Las chicas se quedaron de una pieza en cuanto reconocieron en él al tipo que le hacía la vida imposible a su amiga. Sin embargo, no entendían por qué su jefe estaba tan pendiente de ella.

Una tarde que Zoe libró y estuvo allí, no dejó que Christal se saliera por la tangente y le preguntó a bocajarro:

—¿Qué pasa con James?

—Nada.

—No te hagas la tonta, guapita. Ningún jefe que yo conozca lleva cada día la cena a una empleada que esté de baja. También estuvo en el hospital todo el tiempo el día del accidente. Steve me dijo que se veía preocupado. Además, ¿no habías renunciado a tu trabajo?

—Quiere que me quede en el Rodríguez Miró.

—Bueno, por lo menos se ha dado cuenta de que representas una gran pérdida si permite que te vayas. No es tan tonto como creía. ¿Sabe lo de la patente?

—No.

—Y aun así se ha dado cuenta de tu valía.

—Eso parece.

—Vale, pero no nos desviemos de lo que nos preguntamos todas. ¿Hay algo más entre tú y él? Ya sabemos que en el pasado os lo pasasteis bien —dijo refiriéndose a aquella aventura pasajera—. He cazado más de una mirada como si nos quisiera hacer desaparecer cuando viene y estamos contigo. Entonces pone una excusa educada y se va. Da la sensación de que le estorbamos.

—Tal vez habéis malinterpretado esas miradas que dices. Está en pleno divorcio tormentoso.

—Eso no quita que quiera estar a solas contigo —añadió Zoe—. Si se ha separado, es un hombre libre.

Christal recordó aquel beso en la mejilla; desde luego, no era algo común en un jefe.
—No sé qué decirte. Desde el día que tuve el accidente que ha estado muy solícito conmigo.
—¿Queda algún rescoldo de lo que hubo en el pasado?
—Aquello no era nada serio, nos lo pasamos bien y nada más. Ahí no hubo sentimientos.
Zoe se quedó mirando a su amiga.
—Yo no he hablado de sentimientos. ¿Acaso ahora los hay?
Christal frunció el ceño, ¿los había?

Aquella noche cuando James llegó a casa de Christal se la encontró sola. Ella le abrió la puerta y fue a sentarse en el sofá.

—¿Dónde están hoy las chicas?
—Están ocupadas, y yo ya me siento mejor. No hace falta que revoloteen a mi alrededor.
James pensó que ese era su día.
—¿Te apetece una copa de vino? Ya no te estás tomando aquellas píldoras, ¿verdad?
Se refería a un medicamento que le había dado Steve, un antiinflamatorio.
—No, me siento bien, si por mí fuera ya me quitaría el collarín.
—Ni se te ocurra, espera a que lo diga el médico —dijo él muy serio—. No hagas tonterías.
—Eres peor que las chicas.
—¿Quieres que me vaya? —Esa pregunta hizo que ella lo mirara a los ojos y vio que él parecía contener el aliento.

Esa tarde, al hablar con Zoe, esta había dejado entender que él estaba interesado en ella no solo por el trabajo, que había algo más en esas miradas, en los detalles, en sus visitas. Ella lo había negado; sin embargo, un extraño calorcillo la había recorrido de arriba abajo. James era muy atractivo, y en los últimos días había descubierto que muy atento también. Le gustaba ese nuevo hombre que le estaba mostrando. Además, se había sincerado con ella, sospechaba que no lo había hecho con nadie más y eso la tenía confusa.

Christal no buscaba el amor, todos los hombres decían esa palabra cuando les interesaba; y cuando lograban lo que querían, a otra cosa, mariposa. Ella no era ninguna santa, disfrutaba del sexo como la que más, pero no utilizaba nunca esa palabra. No quería engañar a nadie. Tampoco pensaba estar sola toda su vida, deseaba tener hijos, y para eso necesitaría un hombre; sin embargo, nunca se había encontrado con ninguno con el que hacer realidad sus sueños.

—Claro que no. Hoy podemos compartir la cena. —A James le gustó la respuesta. Ese día había llevado *muffuletta*, unos bocadillos rellenos de marisco rebozado, gambas y ostras, con lechuga, pepinillo y salsa. Desprendían un aroma exquisito—. Eso huele que alimenta.

—Pues no dejemos que se enfríe. —Fue en busca de platos a los armarios de la cocina y sirvió lo que llevaba en las bolsas en la mesita de centro. Los dos, sentados en el sofá, girados para

verse a la cara, disfrutaron de aquella exquisitez.

Durante la cena estuvieron alabando la cocina criolla y cajún, a los dos les gustaba.

—De vez en cuando, no le digo que no a una buena hamburguesa de carne, pero esto está delicioso, prefiero los platos de aquí —hablaba ella entre un bocado y otro.

—¿Cuál es tu secreto? ¿Vas al gimnasio? —dijo al verla comer con gusto.

Ella rio ante la pregunta de él.

—Los niños tienen las baterías siempre muy cargadas, no me hace falta gimnasio, con eso y la bicicleta...

—Me quedaría más tranquilo si fueras en coche. ¿Tienes?

—Tengo un Ford Fiesta en el aparcamiento.

—Nunca lo he visto. ¿Y por qué no lo usas?

—Porque es más rápido ir en bici.

—Más peligroso —matizó él.

James la miraba esperando la reacción que sabía que vendría, ella no se mordería la lengua.

—Ir en coche es más seguro, pero reconoce que también hay accidentes automovilísticos.

—No te lo voy a negar; sin embargo, el chasis para el golpe.

—Sí, en la bici, lo paro yo —reconoció.

—Me gusta que entres en razón. —Él pensaba que se olvidaría de la bicicleta, y se sorprendió ante la mirada que ella le lanzó.

Christal se levantó y fue a la cocina a buscar el frutero. Le dio un mordisco a una manzana y dijo:

—Mañana me van a traer otra.

—¿Otra qué?

—Otra bicicleta. El seguro del coche que me golpeó se ha encargado de eso.

Los ojos de James la taladraron.

—¿Es que no escarmientas?

Ella no contestó hasta que se hubo tragado otro bocado.

—A ver, ¿me estás diciendo que cuando un niño se cae de un columpio le tengo que decir que no vuelva a subir?

—No mezcles una cosa con la otra. Los dos sabemos que has hecho una mala comparación.

—¿Por qué? —En su voz y su mirada se apreciaba la terquedad—. Es como cuando una persona tiene un accidente en coche, tiene que volver a conducir lo más pronto posible; si no, le cogerá miedo.

—No te voy a quitar la razón, pero reconóceme que la bicicleta es más peligrosa, no hace muchos días estuvo a punto de llevarte por delante un conductor que giró sin hacer ninguna señal.

—No voy a dejar de montar en bici. —Se empecinó ella.

—Si tanto te gusta, puedes ir a un parque donde consigas hacerlo sin meterte entre los coches.

Hay pistas donde correr.

—¿Me estás diciendo que vaya al trabajo en coche? —El tono de voz de Christal había cambiado, le molestaba que él se creyera con el derecho de imponerse.

—Si es necesario puedo pasarte a buscar, no me desvío mucho de mi camino.

—¿Por qué harías eso?

—Porque me preocupo por ti.

Aquellas palabras cayeron sobre ella con la potencia de un meteorito. Le hicieron aletear el corazón. Se quedó tan sorprendida que no estuvo segura de haber entendido bien lo que él quería decir.

—Supongo que igual que debes hacerlo por los demás compañeros del Rodríguez Miró, ¿verdad?

—No. —Al hablar James le cogió la mano que ella apoyaba en una rodilla—. Lo que tú me provocas no lo hace nadie. —Él notaba la suavidad de aquella mano y sus dedos se entrelazaban con los finos de Christal.

—No entiendo.

—Te aseguro que si el accidentado hubiese sido otro, no me habría vuelto loco de preocupación en la sala de espera del hospital. Una llamada interesándome por su estado habría bastado.

—Eso me tiene muy desconcertada.

—Me importa un bledo lo que le pase al mundo entero, solo me interesas tú.

—¿Qué estás queriéndome decir? ¿Acaso estabas con tu mujer por algún motivo equivocado?

—Creo que sí. Porque nunca sentí con ella esa garra que me apretaba las entrañas como cuando te vi en el suelo después del accidente.

Christal estaba anonadada, muda, sentía que el corazón le bombeaba a mil, como si se le fuera a salir por la boca. ¿Qué significaba aquello? ¿Era posible que ella sintiera lo mismo? Cuando él llamó a la sustituta lo hubiese estrangulado, creyó que era porque la apartaba de sus pequeños, aunque si escarbaba en su interior sabía que era porque la estaba echando del centro, de su lado. ¿Sería posible que estuviera enamorada de él y no se hubiese dado cuenta? ¿Que aquellas batallas verbales fueran para llamar su atención? Ciertamente, no las tenía con nadie más que con él.

—Es posible que estés confundido, estás pasando por un infierno con tu ex. —Se obligó a decir.

James negaba con la cabeza, con los ojos clavados en ella y sus manos jugueteando con la de ella, pequeña, suave y femenina.

—No me estás escuchando. Me importa un rábano Anaís, que se vaya con viento fresco, que disfrute de la vida que ha elegido, no me importa.

Christal estaba hecha un lío, lo creía; no obstante, en esos momentos se sentía confusa. Nunca se había encontrado con un dilema semejante.

—Me has pillado tan de sorpresa que no sé qué decir.

—Lo único que te pido es que me dejes conocerte. —Él se daba cuenta de que la había abrumado con sus palabras—. Que nos veamos, que pasemos tiempo juntos, sin prisas. —Ella asintió con la cabeza, perdida en aquella mirada brillante que la tenía presa. Él la cogió por la cintura y la trasladó a su regazo, le enmarcó la cara con sus manos y apoyó su frente en la de ella—. Te prometo que no te arrepentirás. Es muy posible que discutamos, eso se nos da bastante bien —bromeó.

Después le capturó la boca en un beso tan tierno que ella se derritió entre sus brazos. Le había dicho que irían sin prisa, y si seguía allí acabarían en la cama. Se obligó a separarse y, dejándola sobre el sofá, se despidió con una caricia en sus cabellos rosas.

Christal estaba tan confusa que se quedó en el sillón mirando el techo, rememorando las discusiones que había tenido con él. Con la excusa del alumnado, los dos se tiraban a la yugular del otro, ambos sacaban su carácter y ponían en esas batallas su alma.

Un pensamiento llevó a otro, y se preguntó qué habría hecho ella si se hubiese marchado del centro educativo. Si era sincera consigo misma debía admitir que se había sentido devastada al ver que él la sustituía. Había aguantado porque ella había sido quien había puesto fecha a la dichosa carta de renuncia, por pura cabezonería. Sin embargo, debía reconocer que nunca deseó irse, siempre había mantenido la esperanza de que sucediera algo que le impidiera marcharse. Había puesto la esperanza en que aceptaran su patente; si eso sucedía, James sabría que no podría dejarla escapar.

Se preguntaba: ¿dónde la llevaban todas esas cavilaciones? Solo había una respuesta: James. ¡Puñetas! ¡Que se había colado por sus huesos, y ni siquiera se había enterado! Podía ser muy inteligente y lista, pero ese sexto sentido que decían tener las mujeres, ella lo debió perder al nacer.

Le encantaba cuando él se preocupaba por ella, cuando la sostenía; y sus besos la habían hecho volar, por cortos y tiernos que fueran. Esa misma tarde, si no hubiese llevado el collarín, no se le habría escapado, la noche habría terminado de muy diferente manera.

Capítulo 16

James estaba satisfecho, había acompañado a Christal al médico y Steve le dijo que todo estaba perfectamente, que podía volver a trabajar y hacer su vida normal. Al día siguiente regresaría al centro y eso lo tenía contento. Se había encargado de rellenar los papeles para que Bruck se marchara a otro colegio.

Su estado anímico fue reconocido por sus compañeros, todo funcionaba como antes y muchos se preguntaban qué habría ocurrido.

—Por tu talante, parece que tus problemas se han solucionado —dijo Baptiste mientras veía que James sacaba un café de la máquina.

—Puedo decir que están en vía de extinción, no pienso preocuparme por nada que no tenga remedio. He dejado que mi abogado se ocupe y haga su trabajo, que para algo me pasa sus honorarios, que pago religiosamente.

—Parece que has pasado página.

—Sí, lo he hecho.

James, en lugar de marcharse a su despacho, se sentó en la mesa donde su amigo estaba corrigiendo exámenes.

—¿Qué ha pasado con Bruck? He oído por ahí que hoy es su último día. ¿Va a venir otra sustituta?

—No, Christal volverá a su puesto.

Baptiste lo miró con una ceja alzada.

—¿Habéis resuelto vuestras diferencias?

—Sí.

—Ella no quería irse, en realidad —apuntó Baptiste.

—Lo sé.

—Pues me alegro de que todo vuelva a ser como antes. Ya me he dado cuenta de que los profesores no te evitan.

—Tenían sus motivos para hacerlo —reconoció.

—Qué bueno que el viejo James esté de vuelta. —Baptiste se levantó, ya era hora de regresar

a su aula—. ¿Y cómo ha quedado lo de la convivencia familiar?

James sonrió.

—Que vaya quien quiera.

—No sé qué lo habrá causado, pero me gusta esa nueva actitud tuya. —Con esas palabras lo dejó allí, y James supuso que había sido un verdadero incordio para todos. Suerte tenía de que no se hubiesen puesto de acuerdo y se hubiesen declarado en huelga.

Aquella noche, Christal le había dicho que se encontrarían en Bourbon Street, que tenía ganas de salir de casa, que ya había reposado suficiente. La halló en el Barrio Francés, ante una pitonisa que le estaba leyendo la mano. Él dejó que la mujer hiciera su cuento, no creía en esas cosas, la miraba a ella sonriendo cuando escuchó:

—Nena, tu hombre tiene un fuerte carácter, pero adora el suelo por el que pisas. —Él sonrió, seguro que eso se lo decía a todas—. Aunque tendrás que tener paciencia con él. Tu independencia no le gustará, y eso os hará discutir, pero ten en cuenta que te amaré mucho. —La mujer se quedó callada unos segundos mientras le recorría las líneas de la mano con su índice—. Estás esperando una respuesta. —Christal asintió, a pesar de que no era una pregunta—. Te vaticino que tendrás un gran éxito. Tienes mucho futuro.

Después de escucharla, Christal le dio unas monedas y se giró hacia James.

—¿Quieres que te lea la tuya? —le preguntó ella con picardía en los ojos.

Él le sonrió.

—No estoy preparado para que me predigan mi grandioso futuro, prefiero ir descubriéndolo por mí mismo.

Ella le tiró de la corbata y se la quitó. Se la puso en el bolso y le desabrochó los primeros botones de la camisa.

—¿No te sientes más cómodo así? —Ante el asentimiento de él, añadió—: Vamos a divertirnos —dijo guiñándole un ojo.

—Sabes que todo eso son tonterías, ¿no? —Se refería a la pitonisa, y ella lo entendió.

—Espero que no, todo lo que ha dicho me ha gustado.

James movió la cabeza con una sonrisa.

—¿Qué ha querido decir con eso de que tienes mucho futuro? ¿Que vas a tener éxito? ¿Acaso pretendes dedicarte al espectáculo?

Ella se le arrimó con una mirada divertida.

—No pretendas saber todo de mí a la primera de cambio, deja que mantenga un poco de misterio.

Aquellas palabras lo hicieron carcajearse, la cogió de la mano y tiró de ella para unirse a la gente que recorría las calles. A ella la sorprendió aquel gesto; sin embargo, le gustaba el tacto de

esa mano que se tragaba la suya.

—Como tú quieras.

Christal estaba eufórica, había echado de menos salir a divertirse y se mezclaba con todos los grupos de turistas que paseaban por la ciudad encantada. Tiraba de él y lo hacía participar de las tonterías y ocurrencias sobre los muertos vivientes, sobre las leyendas que circulaban por doquier.

James nunca había recorrido las calles con aquella despreocupación, ni apreciado el ambiente musical y casi místico sobre el ocultismo. En esos momentos pensó que parecía más un turista que otra cosa, a pesar de haber nacido y crecido en aquella ciudad.

—Me encanta el ambiente nocturno.

—Es la primera vez que paseo entre los turistas —confesó James—. Me atrevería a decir que ellos han disfrutado más de Nueva Orleans que yo.

—Tenemos que poner remedio a eso. —A ella no le extrañó, no se lo imaginaba haciendo un *tour* nocturno sobre los fantasmas, el vudú y los vampiros.

—Me encantará hacerlo a tu lado —asintió él apretándole la mano y dedicándole una sonrisa al cruzarse sus miradas.

Cenaron en un restaurante del Barrio Francés, y ella le estuvo contando las visitas guiadas que se hacían en los cementerios de la ciudad.

—¿Sabes que Nicolas Cage tiene ya su tumba piramidal preparada?

—¿Y manda su señora de la limpieza a que se la ponga a punto cada semana? —El comentario los hizo reír a los dos—. Igual se lo quiere encontrar limpio y reluciente.

—Algún fin de semana tendremos que ir a ver cómo lo conservan.

Que ella hiciera planes para los dos le encantó. Pasó la mano por encima de la mesa y acarició la de ella.

—Cuando tú quieras. ¿Qué sueles hacer los fines de semana?

—Depende, puedes encontrarme en la playa tomando el sol, o recorriendo los pantanos en aerodeslizador. No acostumbro quedarme en casa. ¿Y tú?

—Últimamente cojo el coche y salgo de la ciudad. —En sus ojos negros apareció lo que ella denominó «pesar», y no estaba equivocada—. Antes solía ir a Couturie Forest, a Bayou Sauvage Ridge Trail, o a Lafitte Greenway, a correr y a jugar con Harry.

Ese comentario hizo que ella se diera cuenta de cómo echaba de menos a su perro. Llevó la conversación por otros derroteros, y vio desaparecer aquella sombra de su mirada.

Cuando él la llevó a casa en su coche y aparcó frente a la entrada, la retuvo en el interior. Christal veía que las pupilas de él estaban clavadas en sus labios, y sin ser consciente de ello se pasó la lengua por el inferior.

—Me lo he pasado muy bien, hacía tiempo que no disfrutaba de las costumbres de la ciudad.

James la cogió por la nuca y se inclinó hacia ella.

—Yo nunca lo había hecho —susurró junto a los labios femeninos—. Siempre he estado

rodeado de obligaciones, me gustaría que me ayudaras a cambiar ese hábito.

—No lo dudes.

Christal salvó el poco espacio que los separaba y lo besó con hambre, poniendo en esa caricia todo lo que albergaba en su corazón, que estaba descubriendo poco a poco y que necesitaba expresar de alguna forma.

Capítulo 17

La vuelta de Christal a la escuela fue celebrada por todos sus compañeros. La mayoría se daba cuenta de que algo había cambiado entre ella y James, y ella veía más de una ceja alzada. Paul, el profesor de Música, se le acercó a la hora de recreo de los alumnos.

—¿Qué le has hecho a James?

Ella lo miró aguantándose una sonrisa.

—¡Yo?!

—No te hagas la tonta, la última vez que hablamos lo querías matar.

En ese instante se les unió Jean.

—Me alegro de que estés de vuelta. ¿Ya estás recuperada del todo?

—Sí, fue una tortura llevar ese collarín durante tantos días.

—Exagerada, ha sido una semana —se burló él.

—Se me ha hecho muy largo, te lo aseguro.

—Buen susto te debiste llevar.

—Si te digo la verdad, no. He tenido caídas peores.

Los hombres se miraron.

—Pues James estaba muy preocupado —terció Jean a propósito, los había visto llegar juntos en el coche de él, y sus expresiones lo tenían sorprendido—. ¿No te lo pareció, Paul?

Ella recordó la conversación que tuvo con ellos.

—Digamos que nos hemos declarado una tregua.

Ante la expresión, los hombres se rieron.

—¿Quién se bajó del burro primero? —preguntó Paul.

—Ninguno de los dos, firmamos la paz antes de tirarnos nada a la cabeza.

—Esperemos que dure, últimamente parece haber vuelto el James de antes. —Jean estaba pendiente de si ella soltaba algo sobre aquel comportamiento.

—¿Y tú no habías presentado tu renuncia? —Esta vez fue Paul quien indagó.

—La retiré y James lo aceptó.

Ambos hombres se miraron con sorpresa.

—¡Esa sí que es una buena noticia! —exclamó Paul—. Me alegro mucho. No me malinterpretes, Bruck me cae bien, pero no era lo mismo.

Ella asintió con la cabeza, y en ese momento se le acercó una niña que estaba llorando.

—¿Qué pasa, cariño? —Se agachó junto a ella y vio que le enseñaba un dedo con una gotita de sangre—. Te has hecho pupa, cielo, ven, vamos a poner una de esas tiritas tan chulas que tengo. Os dejo, voy a curar a esta princesa. —Mientras hablaba vio que James estaba tras las cristalerías del primer piso, donde estaba su despacho, y la saludó con la mano.

Paul y Jean siguieron su mirada y vieron el gesto de James. ¡Vaya con esos dos!, pensaron.

Los días pasaban volando, y James y Christal estaban descubriéndose. ¡Qué lejos quedaban aquellas semanas del pasado! Podían decir que eran dos personas completamente distintas. Su relación, en esos momentos, no era un aquí te pillo, aquí te mato, no, habían madurado y ya no solo buscaban un revolcón, los dos querían algo más que un rato de placer.

Christal se daba cuenta de que James la había cambiado, no sabía cómo. Antes del accidente, no había pensado en ningún momento que aquellas peleas apasionadas fueran nada más que una forma de hacerle ver que él no estaba en posesión de la verdad y razón absoluta. Entre ellos había habido una relación tirante, y al fin se había percatado de que entre el amor y la antipatía había una línea muy fina que habían cruzado sin ser conscientes de ello.

Como había propuesto James, avanzaban muy despacio. Ella entendía que no quisiera tropezar de nuevo con la misma piedra, que para entregarle su confianza debía curar las heridas que Anais había dejado a su paso. Él se limitaba a besarla cuando la acompañaba a casa, los dos ponían en esos besos una pasión desmesurada, la excitaba, al igual que ocurría con él; sin embargo, en esos momentos era cuando la dejaba, y eso la tenía confusa.

Se pasaban horas paseando por las orillas del Mississippi contándose sus sueños, sus anhelos y lo que esperaban de la vida. James estaba satisfecho con su trabajo y quería formar una familia, esos dos puntos los tenían en común, eran los principales deseos de ambos.

Christal sabía que si la patente salía adelante era posible que tuviera que viajar para dar a conocer su innovador método de enseñanza. No dudaba de que James se alegraría; aun así, no le había hablado del tema, y se sentía como si lo estuviera engañando.

—Estás muy callada —le dijo una tarde al salir del colegio—. ¿Ha ocurrido algo?

—No, todo bien.

—¿No te estarán molestando los compañeros por lo nuestro?

—Nadie sabe nada, yo no lo he dicho.

—Vamos, cielo, no son tontos —razonó él, que había visto alguna mirada cómplice entre los profesores. A ella esa palabra cariñosa le acarició el corazón—. Además, nos ven llegar juntos cada día. —Él, con la excusa del accidente que había sufrido, había empezado a pasar a buscarla

por su casa cada mañana, y cuando ella le dijo que ya estaba bien para ir con su flamante bicicleta, él se había negado, alegando que así pasarían un rato juntos antes de empezar a trabajar.

Ella se preguntó si lo que compartían se podía llamar «relación». Era muy probable que todos, al no escuchar más disputas entre ellos, se hicieran una idea equivocada de lo que ocurría entre ambos y llegaran a la misma conclusión: que se estaba acostando con el jefe.

—Nunca se me ocurriría pensar que lo son, tú ya los habrías puesto de patitas en la calle. — Ella quería cambiar de conversación—. Dejemos de hablar de la escuela, ¿te apetece dar un paseo por la playa?

—Tus deseos son órdenes, pequeña.

James tomó un desvío que los llevaría donde ella quería ir, la notaba extraña y deseaba que se relajara y le contara sus quebraderos de cabeza.

Pasearon cogidos de la mano por la orilla del mar, con el vaivén de las olas muy cerca de sus pies. Al principio ninguno de los dos habló, disfrutaban de aquella música del agua en movimiento y de las gaviotas al graznar.

—Es muy agradable aspirar el aroma limpio del mar. —Christal se paró y miró al horizonte—. A veces vengo para aclararme las ideas.

—¿Ese es el caso de hoy? —susurró él poniéndose a su espalda y rodeándola con sus brazos. Ella asintió con la cabeza y James tiró de ella para que se apoyara en su pecho. Era evidente que algo la preocupaba, y dejaría que ella se lo dijera cuando estuviera preparada. Bajó la cabeza y besó los suaves cabellos rosas.

Después de un rato, en el que ambos disfrutaron de aquel contacto y cercanía junto al mar, ella habló:

—¿Hay alguna norma que prohíba liarse con el jefe?

—Seguro que sí —murmuró James.

Christal se giró entre sus brazos y lo miró a los ojos con el ceño fruncido.

—Por eso lo nuestro no avanza, nos limitamos a unos cuantos besos como dos adolescentes. —Por el rabillo del ojo vio que una pareja se les acercaba, estarían paseando al igual que ellos.

—Ya hemos pasado de esa etapa.

—Entonces...

Una voz desagradable de mujer la interrumpió:

—Vaya, vaya, vaya, James tiene una nueva amiguita.

Christal notó que él se ponía tenso. Giró la cabeza para mirar a la recién llegada.

—¿Acaso te importa, Anais? —La voz de él ya no era la dulce con la que le hablaba a ella.

—Claro que sí, sobre todo porque estás retrasando mis planes.

—Te hacía recorriendo el mundo, ¿no me pediste el divorcio por eso?

—Para hacerlo necesito el dinero de la venta del piso.

Él soltó una carcajada falta de humor.

—Estoy seguro de que tu abogado se pondrá en contacto con el mío y te mantendrá al día sobre ese tema.

—Este es Jack, mi abogado. —Señaló al hombre que la acompañaba.

—Bueno, pues lo tienes muy cerca para que te informe. —James se daba cuenta de que esos dos no eran abogado y cliente, eran mucho más que eso—. Entonces te habrá dicho que de la venta del piso se tienen que descontar varias cuentas pendientes.

—¡De eso nada! —exclamó Anais lanzando rayos por los ojos.

—Si no estás de acuerdo, será el juez quien dictamine la cantidad que te corresponde.

Christal se sentía muy incómoda al estar en el centro de aquella discusión, de buena gana se habría marchado, pero quería mostrarle su apoyo a James.

—Eres un desgraciado, no soportas que los demás seamos felices. —Anais parecía a punto de lanzarse contra él, se la veía furiosa, y su voz podía ser escuchada por la gente que paseaba por allí.

—En eso estás equivocada. —La mandíbula de James estaba rígida y hablaba en un tono que hizo que a Christal se le erizara el pelo de la nuca—. Precisamente lo que quiero es que vivas tu vida y me dejes tranquilo.

—Pues eso tiene fácil solución, págame...

—¿Qué hiciste con Harry? —la interrumpió.

—Yo... no podía tenerlo conmigo. —En sus ojos se veía desprecio.

—Nunca te importó el perro, ¿por qué te lo llevaste?

Anais se quedó callada unos segundos.

—Mejor será que dejemos que hable el juez —dijo su acompañante.

—Es lo más sensato que he escuchado —afirmó James.

—No —vociferó Anais—. Tú, divirtiéndote con tu golfilla de turno, y yo tengo que esperar a la sentencia que estás alargando tanto como puedes.

—Sabes que eso no es cierto. Además, ¿tan pronto te has quedado sin dinero después de vaciar la cuenta bancaria? ¿En qué andas metida?

Aquellas preguntas parecieron incomodar a Anais, quien los miró lanzándoles dardos por los ojos.

En ese momento se oyó el grito de una mujer, Christal se giró y vio a un niño que, con un salvavidas, se había alejado mucho de la costa. Su madre desde la orilla lo llamaba, pero parecía tener problemas para salir. Ella no se lo pensó dos veces, se quitó las deportivas y corrió por la playa hasta la altura de la madre, se internó en el agua y nadó hasta el pequeño, cada vez que levantaba la cabeza y miraba al niño, lo veía revolverse y temió que se cayera del flotador. La distancia que los separaba se le hizo eterna, parecía que la marea tiraba de ella en dirección contraria al pequeño. Al final, cuando lo alcanzó, estaba sin resuello, y el niño tenía los ojos llorosos.

—Tranquilo, ¿cómo te llamas? —preguntó con la voz entrecortada.

—Charly.

—Muy bien, Charly. Ahora mantente bien cogido al salvavidas que vamos a salir, ¿ok?

—Sí —respondió el niño. Cuando ella se dio la vuelta para dirigirse a la orilla, chocó contra James.

—¿Estáis bien?

—Sí, vamos, Charly quiere ir con su mamá.

Con el niño entre los dos, nadaron contra la marea de resaca, que tiraba de ellos hacia mar abierto. Al fin llegaron a la orilla, donde se había reunido un buen número de mirones. La mujer abrazó a su hijo con las mejillas anegadas de lágrimas.

—Tranquila, señora, no ha pasado nada —le decía Christal, viéndola temblorosa y angustiada—. Charly es un niño muy valiente.

—Gracias, gracias, gracias —no paraba de repetir la mujer.

—No tiene por qué darlas, me gustaría pensar que si yo me encuentro en un aprieto semejante, también habría alguien que hiciera algo así por mí.

Una señora mayor se acercó a ellos con toallas en las manos y le tendió una a cada uno. Sin embargo, al ir vestidos, de poco les sirvieron. Christal se lo agradeció y le dijo a la mamá de Charly que no dejara bañar a su hijo cuando no hubiese socorrista en la playa, esta asintió, sin parar de agradecerles lo que habían hecho.

Iban a marcharse cuando vieron a Anais, que los miraba desde la distancia con cara de pocos amigos.

—Vámonos —indicó James, cogiéndola de la mano. Tiró de ella hacia donde había dejado el coche aparcado y vio que Anais y su acompañante se subían a un Explorer plateado. Debían haberlos seguido hasta allí, pensó. Se quedó parado esperando que desaparecieran, no quería que ella supiera dónde vivía ahora; si quería comunicarse con él, que lo hiciera a través de su abogado—. ¿Estás bien? —preguntó al ver que Christal se mantenía en silencio.

—Me he asustado mucho, ver a ese niño en la distancia...

Él le puso una mano sobre el muslo cubierto por los vaqueros chorreantes.

—Y, sin embargo, no te has quedado mirando.

—¿Eso era lo que esperabas que hiciera?

—No. Pese al miedo has rescatado al pequeño. Admiro tu valentía.

—He tenido ayuda —asintió ella poniendo la mano encima de la de él.

James no resistió la tentación, se inclinó hacia ella y la besó. El mundo tenía suerte de que hubiese mujeres como ella, y él era el más afortunado por tenerla a su lado.

Capítulo 18

James puso en marcha el coche y se dirigió a su propia casa.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella al ver que no tomaba el camino hacia la suya.

—Mi piso queda más cerca, tenemos que quitarnos pronto estas ropas mojadas.

—Tu americana se ha echado a perder.

—Tengo más, no te preocupes.

En unos minutos estaban entrando en un aparcamiento subterráneo.

—Tendrás que llevar el coche a que sequen los asientos, parece que nos hayamos bañado en ellos.

—No importa, ha sido por una buena causa. Además, tendrás la oportunidad de usar tu coche.

—También puedo ir en bicicleta.

—¿Y dónde me llevarás a mí? —se burló él pasándole un brazo sobre los hombros y empujándola al ascensor. Era la primera vez que la cogía de ese modo y a ella le gustó.

El piso del director era tan funcional como el hombre que lo habitaba, estaba amueblado al estilo minimalista, era muy amplio y tenía unos grandes ventanales que dejaban pasar la luz que empezaba a apagarse debido a la hora. Estaba todo impoluto y ella se quedó quieta, si se movía esparciría arena y agua por todas partes.

—No puedes quedarte ahí parada —dijo él al saber lo que ella pensaba—. Ven, date una ducha, debes tener frío, te prestaré ropa mía.

Ella pensó que sería divertido ponerse las prendas de él, parecería un fantasma.

James la guio hacia el dormitorio, era muy masculino, con los muebles negros y las paredes de un suave tono gris, había un armario que ocupaba toda una pared, y al abrirlo se encendieron las luces en el interior. Él sacó un chándal y se lo tendió a ella.

—Creo que es lo que mejor puede irte.

—Valdrá —afirmó ella.

Le señaló la puerta del baño y dijo:

—No tengas prisa, yo me ducharé en el otro.

Christal entró en aquel que era tan grande como su dormitorio. «Guau», eso era un lujo; y lo

demás, tonterías. Había una bañera redonda con *jacuzzi*, una ducha en la que podía bailar, y una pared estaba cubierta de lado a lado con un espejo sobre dos lavabos redondos sobre mármol blanco. Encima de una balda de cristal, en la pared, había los utensilios de afeitado de James, junto con su loción y perfume. Era un hombre muy ordenado y se cuidaba, pensó al ver que dentro de la ducha había gel, champú y acondicionador.

Se quitó la ropa y se metió en la ducha, el agua salía como si fuera lluvia y le gustó, ¡qué gozada!, pensaba mientras el agua la recorría de arriba abajo. Olería como él, pensó al frotarse con el gel con aroma amaderado, y sonrió.

Al salir se secó con una toalla muy esponjosa y se puso el chándal, iba a tener que conformarse con ir sin ropa interior, ponerse los gayumbos de James ya hubiese sido demasiado. Todo le quedaba grandísimo, se enrolló las mangas para que le salieran las manos, y las perneras, para no ir arrastrándolas por el suelo; y con los cordones de la cintura se apretó el pantalón para que no se le cayera en cualquier momento. Se peinó con el peine de él y se dejó el cabello de punta como le gustaba.

—¿Todo bien? —preguntó él al verla salir del dormitorio.

Christal sonrió y dio una vuelta entera, para que viera cómo le quedaba.

Él se fijó que iba descalza y llevaba las uñitas de los pies pintadas de un rosa muy similar al de su cabello, y pensar que debajo de aquellas ropas no llevaba nada más lo excitó.

—Perfecto —dijo ella riéndose, se había pasado unos minutos ante el espejo y sabía muy bien cómo lucía.

James llevaba unos pantalones de cintura baja y una camiseta que marcaba su bien musculado pecho. Ella se recreó la vista, se había acostumbrado a verlo siempre con traje y corbata, y vaya si cambiaba vestido de esa forma.

—¿Qué te apetece? ¿Una copa de vino?

Se lo quedó mirando unos segundos, ese día daban por la televisión la final del campeonato de básquet, y había pensado verlo.

—¿No me llevas a casa?

Él se sorprendió por la pregunta.

—Había pensado que podíamos cenar aquí, pero si quieres que te lleve...

—Tenía planeado ver el partido, hoy es la final, juegan el Boston Celtics y el Detroit Pistons.

Él ya sabía eso, también deseaba verlo, soltó una carcajada, se acercó a ella y dijo:

—Eres una joya. —La levantó contra él y le dio un beso en los labios—. Iba a grabarlo para verlo mañana.

—No, así no tiene emoción, tiene que verse en directo, con unas hamburguesas y cervezas.

Él rio, ese plan era mejor que con sus amigos.

—¿Dónde has estado escondida toda mi vida?

—A plena vista —repuso ella con picardía.

James tenía una televisión enorme en frente de la *chaise longue*, le dio el mando.

—Pon el partido, voy a pedir la cena.

Unos minutos más tarde, estaban los dos con sendas cervezas delante y una fuente con aperitivos que James había preparado en un santiamén.

—¿Con qué equipo vas tú? —Quiso saber ella.

—Con los Celtics.

—Yo también, vamos a ganar. —Estaba entusiasmada y lo transmitía por todos los poros de su piel—. Solo me falta mi camiseta de la suerte.

Al escucharla, él se levantó y se fue al dormitorio de donde salió con una puesta y otra en las manos para ella.

—Tengo de varias temporadas —se justificó ante la cara de sorpresa de Christal. Ella corrió hacia la habitación a cambiarse. Esa espontaneidad lo tenía fascinado y divertido a partes iguales. Nunca se la habría imaginado así.

Vieron el partido comentando las jugadas, se entusiasmaban cuando marcaba el Celtics y se lamentaban cuando lo hacía el otro equipo. Mientras, llegó el repartidor con la cena, y disfrutaron de ella al tiempo que estaban pendientes de la pantalla, que comentaban o que gritaban de euforia ante la victoria del Celtics. Christal se lanzó a sus brazos cuando se pitó el final del encuentro, y él la acogió en ellos disfrutando de la alegría contagiosa de ella.

Después de unos segundos en los que estuvieron abrazados, pareció que ambos fueron conscientes de ello y Christal trató de separarse.

—¿Dónde vas? —preguntó él con las manos en la estrecha cintura femenina sin dejar que se alejara. Los ojos de ambos se encontraron, parecía que todo se había acallado a su alrededor, ni siquiera oían la voz del locutor que comentaba las jugadas más espectaculares y que entrevistaba a los jugadores. Solo eran conscientes del retumbar de sus propios corazones.

Ella se quedó sin palabras al ver cómo la miraba, y él bajó la cabeza y la besó. La ternura que le estaba regalando con aquella caricia se le subió la cabeza y sus manos le recorrieron los hombros hasta llegar a la nuca, donde se afianzó enroscando sus brazos y devolviéndole el beso con hambre. La temperatura subió de repente; y él, con una sacudida, la alzó, ella le rodeó las caderas con sus piernas y James no perdió tiempo en posar sus manos en las nalgas de ella para sostenerla, al tiempo que sus bocas no se separaban.

Christal enredaba sus dedos en los cabellos de la nuca fuerte de James y lo acariciaba, al tiempo que con los movimientos de su cuerpo parecía querer fundirse con él.

El director notaba que su excitación iba en aumento, y supo que, o paraba, o llegaría hasta el final.

—Cariño, dime que sí —susurró contra aquellos labios que lo enloquecían.

Los ojos ámbar se clavaron en aquella mirada oscura y vio un deseo ardiente que le erizó todo el vello del cuerpo. ¿Le estaba pidiendo permiso para llevarla a la cama?

Ella trasladó sus manos a las mejillas de él.

—Sí, sí, sí. —Canturreó dándole suaves besos en los labios.

James le capturó la boca con pasión, como si pretendiera demostrarle que no se arrepentiría, que aquello sería el comienzo de lo que podía llegar a ser.

Ella estaba tan enajenada por las sensaciones que le transmitía que no se dio cuenta de que la llevaba al dormitorio. Fue consciente de ello en el momento en que la dejó sobre la cama y se tendió con medio cuerpo encima del de ella. Sus pupilas se engancharon y él las separó para sacarle la camiseta del Celtics, ante él quedaron esos pechos que parecían clamar por una caricia que él no les escatimó. Los pezones femeninos estaban duros como diamantes y no pudo evitar probarlos, primero uno, después el otro, al mismo tiempo que con las manos los amasaba y escuchaba un gemido apagado de Christal.

La boca de James se dio un festín con aquellas frutas maduras que se adaptaban tan bien a sus manos. Los suspiros y los ruiditos que se le escapan a ella estaban enloqueciéndolo.

Christal lo cogía de los cabellos y levantaba el torso del colchón demostrándole que le gustaba lo que le hacía. Cuando ansió más contacto tiró de la camiseta de él, sacándosela por la cabeza, y acarició el pecho masculino con las yemas de los dedos, disfrutando de aquel tacto suave. Se removió debajo de él hasta que su boca se cerró en uno de los pezones chatos que parecieron vibrar al contacto con su lengua. Él se dio la vuelta y la tendió encima de su pecho, sentir la piel suave de ella lo puso cardíaco.

—Cariño, me vuelves loco —dijo él apretándola contra su erección.

Sentirlo excitado hizo que ella deseara más contacto, se alejó y se puso de pie para quitarse los pantalones, él levantó la cabeza, se apoyó sobre los codos para poder admirarla y se le hizo la boca agua cuando la vio desnuda. Con un fluido movimiento, él también se sacó la última prenda que llevaba puesta y su pene erecto captó la mirada de Christal. Pasándose la lengua por los labios, fue hacia él como si pretendiera devorarlo, y a James lo recorrió la anticipación.

Ella puso las manos en sus rodillas y se irguió sobre él pasándose la lengua por los labios, sus manos recorrieron los muslos masculinos, que se estremecían con su contacto. Al llegar a la entrepierna de James, lo acarició como si se tratara del aleteo de una mariposa, y vio que el pene se sacudía. Sus ojos buscaron los de él, y al hallarlos brillantes, se inclinó y besó la punta del pene. A él se le escapó un gruñido de placer, y ella abrió la boca y la cerró en torno al glande bermellón.

James se sacudió sobre la cama y levantó las caderas para introducirse más en aquella caverna que lo llevaba al delirio. Ella le dio el gusto y luego lo recorrió de arriba abajo con la boca abierta. Con los sentidos a flor de piel, él tiró de ella, se dio la vuelta y se colocó entre las sedosas piernas que lo envolvieron en un santiamén. La sentía tan caliente, tan mojada, que con lentitud fue entrando en ella, mientras notaba las manos que le amasaban las nalgas y lo empujaban para engullirlo hasta el fondo. Al quedar unidos tan íntimamente, se miraron a los ojos, el placer era abrumador.

—¿Qué me estás haciendo? Me siento volar... me haces tocar el cielo con las manos —susurró Christal, levantando la cabeza y besándolo en los labios con brevedad.

—Cariño, somos los dos —afirmó James mordisqueándole la piel sensible bajo la oreja, al mismo tiempo que salía y volvía a introducirse.

Ella contuvo el aliento, y ambos empezaron aquella danza erótica que los llevó a alturas insospechadas para ambos; su mundo eran las caricias, los besos y las sensaciones. Hasta que los alcanzó un clímax que los dejó sin respiración.

Pasaron unos minutos en los que ninguno de los dos dijo nada, se dedicaban a gozar de los rescoldos del placer compartido.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —murmuró James pensando que ella se había quedado dormida.

Christal lo escuchó y cerró los ojos con una sonrisa, dejándose abrazar por los brazos de Morfeo.

Capítulo 19

—El domingo próximo es la jornada de las familias, ¿piensas asistir? —Christal se estaba vistiendo, James la había llevado a su casa antes de ir a la escuela y estaba en el salón cuando la escuchó.

—Claro que sí, ¿necesitas preguntarlo? —A él le extrañó—. Tú irás y yo también.

Ella pensó que si pasaban el día juntos ante todo el mundo y personal de otras escuelas, les sería difícil ocultar lo suyo. Salió de la habitación con sus vaqueros y lo miró.

—Ayer me dijiste que había alguna norma...

James se le acercó, la cogió por los hombros y la interrumpió:

—Me importa un pepino si existe, lo que sí sé es que mientras hagamos bien nuestro trabajo, el mundo no tiene por qué interponerse entre nosotros. Lo defenderé donde haga falta. —Con esas palabras y ante la cara de sorpresa de ella, la cogió por las mejillas y le estampó un beso en los labios—. Nadie va a separarme de ti.

El corazón de Christal dio un vuelco, se saltó un latido y recordó lo que él había dicho después de hacer el amor. ¿Se podía ser más feliz?

—Te quiero —susurró mirándolo a los ojos.

—Eso es lo que quiero oír, no deseo que te preocupes por nada más. Yo me ocuparé de quien pretenda separarnos.

Salieron de la casa de ella cogidos de la mano como dos adolescentes y fueron hacia al centro a trabajar.

El resto de la semana pasó como en una nube, los dos eran felices y eso lo contagiaban a los demás profesores. Todos se daban cuenta de que el dicho: «Quien se pelea se desea», en aquellos dos se había convertido en realidad.

El domingo ella se vistió con unas mallas grises con pinceladas naranjas y una camiseta de deporte del centro Rodríguez Miró.

—Tendremos que hacer algo con estos ir y venir —decía él mientras ella se cambiaba. Pasaban las noches en casa de él y luego acudían por la mañana a la de ella para que se cambiara.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella al coger la taza de café que él le alargaba.

—Que si prepararas una maleta con tus cosas no tendríamos que levantarnos más temprano para que nos diera tiempo de venir a tu casa.

—¿Y por qué no lo haces tú?

—¿El qué? ¿Venir a vivir aquí?

—Sí. ¿Por qué no eres tú quien se trae sus cosas? Ya sabes cómo somos las mujeres, tenemos más de todo. Mi vida no cabe en una maleta.

James se la quedó mirando, la quería; sin embargo, no se había atrevido a dar el paso de decírselo, se encontraba como en una etapa de prueba. Se sentía escarmentado con el género femenino. Su divorcio aún estaba tramitándose, y muchas veces pensaba que si Christal se cansaba de él como hizo Anaís sería un golpe del que no se repondría.

—Ya lo hablaremos en otro momento; ahora, si no nos damos prisa, llegaremos tarde. —Que le dijera aquello la dejó confusa. Hacía poco rato que estaban haciendo el amor, que le invitara a vivir con él debía representar que sentía algo por ella; no obstante, cuando ella quiso darle la vuelta, él retrocedió. ¿Por qué? Se le escapaban cariñitos, se comportaba como si fuera su pareja; sin embargo, nunca habían hablado de un futuro en común. Mientras le daba vueltas al asunto, puso en su mochila unos sándwiches y bolsitas de aperitivos y frutos secos. Se la colgó a los hombros y salieron hacia el parque Audubon. Al llegar se encontraron con los organizadores, había muchos voluntarios, que no eran otros que estudiantes de Magisterio y monitores de Educación Física, para controlar los juegos.

Todo el recinto estaba vallado para que ningún niño se extraviara, y había guardias de seguridad que se comunicaban a través de *walkie-talkies*.

James vio a alguien que quería saludar y ella se quedó con maestras de otros centros educativos.

—Pareces preparada para participar en los juegos —le dijo una de ellas.

—Claro que sí, ¿tú no? —preguntó al verla vestida con una falda y un jersey muy elegante.

—Soy profesora de Literatura.

—Eso no quiere decir que no te lo puedas pasar bien —razonó Christal—. Yo pienso divertirme tanto como pueda.

Empezaron a llegar familias con niños de todas las edades; y como los monitores ya habían planeado los lugares para los juegos, estaban animándolos a apuntarse en las competiciones.

Christal vio que llegaban pequeños del Rodríguez Miró y los alentó a juntarse con alumnos de otros centros que estaban jugando en un vallado donde habían puesto petancas y otros juegos para ellos. Dos estudiantes les enseñaban y estaban pendientes de los niños.

Una hora más tarde empezaban las carreras de sacos, el dar mordiscos a una manzana colgada de un árbol, tirarse globos de agua —ganaba quien más veces arrojara sin que se fuera al suelo o

se reventara— y llevar huevos de un punto a otro encima de una cuchara cogida con los dientes. Luego empezarían los más mayorcitos a sacar ciruelas de un barreño de agua con la boca, correr con los tobillos atados a otro compañero, a tirar la peonza, a ver cuál duraba más volteando. Y al fin se jugaría un partido de béisbol, un torneo de *ping-pong* y otro de ajedrez. Había puestos donde se maquillaba a los que quisieran, donde podían sentarse a la sombra a pintar y también se haría un concurso de cuentos. El parque era un hervidero de niños y adultos con ganas de divertirse.

Christal miró a su alrededor y no vio a James, ¿dónde se habría metido? A lo lejos vio un grupo de gente elegante y supuso que se encontraría entre ellos. Ella no iba a quedarse con las ganas de participar en los juegos.

—¿Estás buscando a alguien? —Oyó a su espalda. Era Paul, que acompañado de Baptiste y Jean se le acercaban.

—Sí, están a punto de empezar las carreras de sacos y estoy buscando a alguien que mida más de metro y medio para ganarle.

Los tres estallaron en carcajadas.

—Creo que lo llevas crudo, ya ves que no vamos vestidos para hacer deporte —habló Baptiste.

—Sois unos aburridos, ¿cómo se os ocurre venir vestidos así? —los reprendió ella con una risa.

—Porque se supone que teníamos que echar una mano en los controles, no ponernos a dar saltos. —Jean la miró de arriba abajo.

—Pues ya ves que está todo controlado.

—Tú lo sabías —la acusó Paul con una sonrisa torcida.

—Claro, os libré de tener que venir obligados, ¿qué más queréis? ¿Qué os escoja la ropa de vestir? Ya sois mayorcitos.

Los cuatro rieron, y en ese momento llegó Delphine, la profesora de primer curso.

—Vaya, Christal, veo que vas preparada para jugar.

—Desde luego. Y yo veo que tú no.

—Estos pequeños diablillos me perderían el respeto —dijo arrimándose para que solo ellos la escucharan.

—Vaya tontería. Nos vemos luego —dijo Christal mientras salía trotando hacia donde estaban a punto de empezar las carreras de sacos.

—Esto va a ser divertido —afirmó Jean. Había visto a James hablando con el alcalde, que también había hecho acto de presencia con varios de sus colaboradores, entre ellos el concejal de Educación.

Sus compañeros y él salieron en la dirección por donde había desaparecido Christal. Ella participó en las carreras junto a sus alumnos y otros de diferentes centros, los esperaba animándolos, y los padres que estaban pendientes de sus retoños estuvieron muy contentos de

verla entre ellos. A propósito, ella siempre llegaba la última, haciendo que los pequeños se sintieran importantes.

Cuando fue hora de la carrera que se ataban por los tobillos, los del Rodríguez Miró estaban todos emparejados, y ella se ofreció para correr con un niño de otro centro que había quedado desparejado.

—¿Cómo te llamas?

—Leo.

—Vale, Leo, vamos a ganar. —El niño, que debía tener unos diez años, la miró con ilusión—. Es fácil, nos cogemos por la cintura y nos movemos así. —Le enseñó la forma, y el muchachito se mostró satisfecho de que ella le indicara, y asintió con la cabeza.

Aquella carrera la ganaron ellos por muy poco.

—¡Bien! —exclamó Leo al llegar a la línea de meta.

Como se habían apuntado más niños, hicieron eliminatorias y luego tendrían que volver a correr.

—Nos vemos luego, cielo, voy a darle una colleja a mis compis. —La sonrisa que recibió la satisfizo.

—¿No crees que eso no está permitido? —se burló Paul.

—Anda, guapetón, ponte tú. Creo que les voy a decir a los organizadores que hagan una competición para los profesores.

—Ni se te ocurra —se quejó Baptiste.

—No, no —lo apoyó Delphine.

Allí, al lado mismo, estaban los pequeños mordiendo las manzanas colgadas, una de sus niñas más pequeñas estaba teniendo problemas, no llegaba a la fruta y estaba a punto de echarse a llorar. Christal no lo pensó, fue hacia allí, se arrodilló y la cogió en brazos.

—Atrapa la manzana con el hombro, Janet, y dale un buen mordisco; venga, que tú puedes. —La niña, después de varios intentos, logró hacerlo, y estaba contentísima, a pesar de que no había logrado ganar. Le dio un beso en la mejilla a Christal y esta le regaló una brillante sonrisa—. El año que viene les ganarás a todos, cariño.

Al darse la vuelta para volver con Leo, chocó contra un ancho pecho que conocía muy bien. El aroma que le llenó las fosas nasales y aquellos fuertes brazos que la sostuvieron para que no cayera de espaldas hicieron que sonriera como una boba.

—Veo que te lo estás pasando muy bien —dijo James sin soltarla.

—Sí, resulta que los profesores han venido a hacer número, no participan. Son unos muermos. Si consiguiera que el alcalde participara en algo, estoy segura de que más de uno se apuntaría. —La ancha espalda de James le había impedido ver que detrás de él estaba precisamente el susodicho. Él se aguantó una sonrisa y se apartó para que pudiera ver con quién había llegado.

—Vaya, veo que hay alguien que precisa de mi ayuda —afirmó el hombre con una cordial sonrisa.

Christal miró a James y vio que este sonreía por haberla puesto en aquel aprieto, le dio un codazo en las costillas. Él ignoró el gesto y la presentó a todos los trajeados.

—Ella es Christal Barret, maestra de los más pequeños del Rodríguez Miró. Como pueden ver, no se le acaban las pilas.

Todos le sonrieron y le estrecharon la mano, al llegar al concejal de Educación, este se la retuvo.

—¿Eres la Christal Barret que presentó aquella patente?

—Sí, señor.

James no sabía de qué estaban hablando y se los quedó mirando.

—Es un placer conocerte. He oído hablar mucho de ese método que quieres implementar. Los agentes de la propiedad intelectual están deseando probarlo, es muy innovador e ingenioso.

—Hace un par de años que se me ocurrió la idea y los resultados se los puede dar el director del Rodríguez Miró. —Él la miró confundido, con una ceja levantada—. ¿No me dijiste que los pequeños llegaban a primaria más preparados que en otros centros?

—Sí, estoy muy contento con los progresos de los niños —confirmó lo que había dicho, pero que le cayera un árbol encima si sabía de lo que estaban hablando.

—Creo que muy pronto recibirás noticias sobre tu idea, sobre todo cuando les diga a los agentes que lo están estudiando que el método funciona —aseguró el concejal.

—Me alegra escuchar eso.

—James, tienes suerte de contar con una profesora como ella en tu plantilla. Ya lo desearían muchos.

En ese instante, él recordó que había estado a punto de perderla; y por lo que estaba escuchando, Christal le había estado ocultando algo, no sabía el qué. Le vinieron a la cabeza los cuentos que escuchaba del gusanito mágico y los cantos de los pequeños. ¿Tendría eso algo que ver?

—Estoy pensando que hoy es un día genial para mezclarme con mis votantes —dijo el alcalde con una sonrisa hacia Christal—. La idea de la señorita es muy buena. Cuando haya repartido los premios a los pequeños, podemos jugar un rato al básquet. —Sus acompañantes lo miraron con la boca abierta.

—Lo he dicho en broma, señor...

—Llámame Charles, estoy aquí por tu voto... o por el de muchos de los que han venido. Es una forma de acercamiento.

—Buena idea, Charles. —Christal sintió que alguien le tocaba la cadera, bajó la mirada y se encontró con Leo.

—Señorita, nos toca correr.

James vio la camiseta de otra escuela y se quedó sorprendido.

—Señores, como veis, el deber me llama —se excusó.

—Ve, ve.

Todos la siguieron con la mirada.

—¿A alguien le ha entrado la curiosidad? —preguntó el alcalde mirando a sus acompañantes—. A mí, sí. —Con aquellas palabras siguió la estela de Christal y el niño, y los demás lo imitaron.

Verla corriendo con el tobillo atado a ese niño de otro centro no gustó demasiado a James, pero debía admitir que esa era la forma de ser de ella, no dejaría a ningún pequeño de lado.

El día pasó entre risas, se veía a todas las personas muy hermanadas, la mayoría habían llevado vituallas para hacer un pícnic en el parque y había rincones con mantas extendidas a la sombra con adultos y pequeños reponiendo fuerzas, antes de ir a otra competición. Casi todos compartían sus víveres con los demás.

James se daba cuenta de que no habría ese ambiente agradable y distendido si las familias hubiesen ido obligadas, y eso se lo tenía que agradecer a Christal, que lo había desafiado. ¿En qué andaría metida?

Capítulo 20

Cuando volvían a casa, ella estaba eufórica. La jornada de convivencia había sido un éxito. Tanto niños como adultos se habían divertido y se habían mezclado los unos con los otros, sin importar a qué centro acudían o si los padres eran más adinerados que otros.

—¿Te lo has pasado bien? —le preguntó a James.

—Ha sido un día interesante. Has hecho que el alcalde se pusiera los pantalones cortos. Me da la sensación de que siempre consigues lo que te propones. —Su tono de voz parecía molesto.

—¿Y eso es malo? —Antes de que él contestara, ella añadió—: Que yo recuerde, no le he puesto ninguna pistola en la cabeza. Simplemente he hecho un comentario, que, por cierto, te lo hacía a ti, y él ha captado la idea de ganarse seguidores. Apostaría lo que fuera que estaba pensando en las próximas elecciones.

—Ve con cuidado, a ver si te va a contratar como directora de su campaña electoral.

—Ni de coña. —Christal rio, y recordó que hubo un momento en que con Jean y Paul habían pensado que James buscaba la concejalía de Educación—. ¿No serás tú quién pretende entrar en el ayuntamiento?

Él desvió la mirada un segundo de la calle y la miró extrañado.

—No, lo mío es la docencia, no la política.

—Como que te has pasado casi todo el día en compañía de los trajeados... Además, has jugado el partidillo de básquet junto a ellos, me ha dado esa sensación. —Ella vio que él se dirigía a su casa—. Tengo que pasar por mi piso, necesito una ducha urgente y ropa limpia.

James tomó el primer desvío, y ella se dio cuenta de que tenía las muelas apretadas, ¿qué le ocurriría? ¿Acaso estaría celoso de que se hubiese relacionado con todo el mundo?

Ya en el piso de Christal, ella se metió en la ducha y salió al poco rato con unos vaqueros, una camiseta colorida y sus cabellos rosas de punta. James estaba sentado en el sofá y sostenía entre sus dedos un catálogo de juguetes que ella tenía en una de las estanterías. Él se la quedó mirando,

parecía que esperara algo, y ella no sabía qué podía ser.

—Estos parones nos los ahorraríamos si te vinieras a mi casa.

Ella se hizo la tonta.

—Ahora vamos a tu casa, ¿no?

Las pupilas de él le lanzaron rayos.

—Sabes lo que quiero decir.

—Sí, lo sé. A propósito, ¿por qué no te vienes tú aquí?

—¿Qué tiene de malo mi casa? —Parecía ofendido.

—Nada en absoluto, solo que es muy desangelada, parece sacada de una revista de decoración. Como si allí no viviera nadie, ni una foto tuya, ni ningún detalle, ni siquiera una prenda tuya fuera de lugar.

James miró alrededor: dibujos de niños, fotografías de Christal con sus amigas, la colada a medio doblar... libros encima de la mesita de centro con sus correspondientes marcapáginas, y plantas con flores.

—Hace muy poco que vivo allí, aún no he tenido tiempo de dejar mi impronta —contestó a la defensiva. Ella tenía razón, no se había preocupado ni de poner en los estantes los libros que siempre lo habían acompañado. Los tenía embalados en el cuartito trastero del garaje.

Christal se sentó a su lado con un pie debajo de su culo para quedar de cara a él.

—Quiero que seas sincero conmigo. —A ella le extrañaba no haberse encontrado en ningún momento con un periódico, una revista o una taza en el fregadero. Todo estaba demasiado impoluto—. ¿Te sientes a gusto en ese piso? ¿Te ves formando una familia allí?

Eran preguntas que él no se había hecho. Se había enamorado de Christal, sí, lo reconocía; sin embargo, aún no estaba preparado para dar el paso siguiente.

—No lo sé —respondió con sinceridad.

Aquella respuesta fue para ella como un cubo de agua helada por la espalda. Y no supo muy bien por qué; bueno, sí lo sabía, se había enamorado como una colegiala, y parecía que él no compartía sus mismos sentimientos. Las palabras cariñosas de James no representaban nada, era su forma de hablar, no porque lo sintiera en realidad.

—¿Qué significa para ti? —No pudo retener la pregunta.

—¿Qué pregunta es esa? Desde el principio te dejé muy claro que quería conocerte, despacio, sin prisas.

—Entiendo.

Su tono abatido lo sacudió.

—¿Qué es lo que entiendes? Te estoy diciendo que te vengas a vivir conmigo. ¿Qué más quieres?

—Nada. Voy a quedarme aquí a dormir, vete, por favor. —Christal se levantó y fue hacia la ventana, desde donde miraba sin ver.

James no comprendía lo ocurrido.

—¿Qué pasa? ¿Por qué dices eso? —habló desde su espalda, ella estaba tan ensimismada que no lo había oído acercarse—. Estamos bien juntos, ¿o no?

—Sí —murmuró ella.

—Explícame, para que pueda entenderte.

Christal no se giró, notaba un nudo en la garganta tan grande como el Mississippi.

—Me dijiste que iríamos despacio; sin embargo, me estás pidiendo que me vaya a vivir contigo, eso no tiene lógica.

—¿Cómo vamos a conocernos si no vivimos juntos? En el trabajo apenas nos vemos. No voy a cometer el mismo error que con Anais, al principio todo era efervescente como nosotros, hasta que nos instalamos en la rutina.

—Es eso lo que haces, ¿verdad? —Su voz era dolida—. Compararme con ella. ¿Piensas que en cualquier momento voy a irme con otro?

—No pongas palabras en mi boca que no he dicho. —El tono de él había subido, se sentía enojado por aquella absurda conversación.

—Lo has dejado muy claro.

—Veo que hoy no podré hacerte razonar. Será mejor que me vaya.

Ella lo escuchó alejarse pisando fuerte, abrir la puerta y cerrarla. Entonces se derrumbó, dejó que toda la angustia saliera en forma de lágrimas amargas, se giró y quedó sentada en el suelo, sintiendo que su corazón se había roto en mil pedazos.

Capítulo 21

James estaba completamente confuso. Le había pedido a Christal que se trasladara a su casa como una muestra de que tenía muchas esperanzas en su relación. Sin embargo, no sabía qué había pasado que ella lo había interpretado todo mal y él terminó diciendo lo que no sentía. Sabía que ella no era como Anaís, ¿por qué la había nombrado?

Aquella noche fue eterna, no pudo pegar ojo. ¿Quizá ella necesitaba espacio? Reconocía que en lugar de ir despacio, lo suyo había sido como un huracán. Desde aquella primera noche que no se habían separado, ¿cómo hacerlo si trabajaban en el mismo lugar? Al fin tomó la decisión de darle tiempo y respetar la independencia que sabía que ella tanto apreciaba.

Al día siguiente no fue a buscarla, y al llegar al Rodríguez Miró vio que ella llegaba con la bicicleta. No parecía descansada y supo que había tenido el mismo problema que él: no había dormido.

El día fue infructuoso, no se sacaba el trabajo de encima, solo pensaba en ella. Recordaba el día anterior, Christal se había ganado la simpatía de todos los que asistieron a la jornada de convivencia, incluso del alcalde. Y él terminó un día genial con unas palabras que tendría que haberse callado.

Por otra parte, ¿qué tenía de malo irse a vivir con ella? Si tenía toda la razón del mundo, en su casa solo había desempaquetado la ropa, y poca cosa más. En cambio, ella tenía toda su vida en su pequeño piso. Lo único que importaba era que estuvieran juntos, daba igual allí o debajo de un puente.

A la hora que los niños comían, preguntó a una de las monitoras por Christal y le dijo que estaba en su clase. Fue hacia allí, y se la encontró tomando apuntes en un cuaderno que parecía una agenda.

—¿Puedo pasar? —pidió abriendo la puerta. Vio como ella cerraba aquella libreta, como si pretendiera esconder algo.

—Sí, claro. —Christal se quedó sentada detrás de su mesa. Él lo hizo en uno de los pupitres de los niños frente a ella.

—¿Cómo estás?

Ella cogió aire con fuerza, ¿qué esperaba que le dijera, que le había roto el corazón?

—Cansada.

Él hizo una mueca, eso se veía en la expresión de sus ojos.

—No creo que sea por el ejercicio que hiciste ayer, ¿o sí?

—No —dijo, y además negó con la cabeza.

—He estado pensando.

—Tú dirás.

—¿Aún quieres que vaya a vivir a tu casa? —Él parecía hablar con cautela.

—No lo sé. Estoy confundida.

James no se esperaba aquella respuesta.

—¿Por qué? ¿Qué ha cambiado entre ayer y hoy?

—En apariencia, nada; me he roto la cabeza tratando de saber qué nos mantiene separados. Al fin, lo único que se me ocurre es que tú aún no has cerrado la puerta que te unía a Anais.

—Estás equivocada, no quiero volver a saber de ella. Así se fuera a la otra punta del planeta y me dejara tranquilo.

Christal se frotaba las manos, nerviosa.

—Si fuera así, ¿no reharías tu vida? ¿No mirarías hacia el futuro? Tengo la sensación de que estás parado y no andas ni para adelante ni para atrás.

—¿Por qué me dices eso? Te he preguntado si querías que me mudara contigo, creo que eso es dar un paso al frente.

—No somos dos universitarios que se van a vivir juntos para compartir gastos. Yo necesito algo más. —Christal estaba pensando en que no se lo podía decir más claro; no obstante, él no la comprendía. Lo veía en su mirada oscura como una noche sin luna.

—¿Qué es lo que quieres? Quiero estar a tu lado y haré todo lo que sea necesario. —James se puso en pie y se acercó a la mesa donde ella estaba sentada, dio la vuelta y se le situó al lado acucillándose para que sus ojos quedaran a la misma altura.

—Imagino que en estos momentos no debes creer en el amor. Yo sí. —Christal se levantó para alejarse de él, le trastocaba los sentidos tenerlo tan cerca y no poder tocarlo. Durante la noche había llegado a la firme conclusión de que lo quería todo con él, si no podía ser, entonces no se conformaría con las migajas que dejara una mala mujer—. Si no estás preparado, esperaré a que lo estés, y si eso no ocurre nunca... podemos ser amigos. Es todo o nada, no quiero que te sientas presionado, pero eso es lo que ansía mi corazón y esta vez le voy a hacer caso.

Aquellas palabras le dejaban bien claro que alguien había jugado con ella y sintió un escalofrío que lo recorrió de arriba abajo.

—¿Te han hecho daño?

—Sí, y no pienso volver a pasar por ello.

James dio un largo paso y la cogió por los brazos para que no se alejara.

—¿Crees que yo sería capaz de jugar contigo?

—No conscientemente. Sin embargo, imagino que no estás preparado para darme lo que yo deseo.

Él se la quedó mirando a los ojos, ella le había hablado claro, cristalino. Y él no sabía si podía ofrecerle su corazón en bandeja, su ex aún le estaba haciendo la vida imposible. Tal vez debiera cerrar esa puerta y entonces sería el momento de volver a empezar. Aunque Christal era un tesoro demasiado tentador, ¿quién le decía que cuando él estuviese listo, ella no habría encontrado a otro hombre al que entregarle su alma? Sí que le había dicho que esperaría a que estuviera preparado, pero...

—No quiero hacerte daño, no quiero que sufras por mí. —En los ojos de James, ella veía sinceridad. Le hablaba con el corazón—. Solo quiero pedirte tiempo para poder ofrecerte lo que tú te mereces. Ahora no es mi mejor momento. Te prometo que compensaré con creces...

Christal le puso una mano sobre la boca.

—No me hagas promesas que no sabes si podrás cumplir.

—Solucionaré mis problemas y buscaré ayuda si es necesario. Tú eres mi premio, no voy a defraudarte.

Dicho aquello, la besó con suavidad en los labios y la dejó sola, preguntándose si ese deseo se haría realidad.

Capítulo 22

Christal y James se cruzaban cada día en el colegio y se lanzaban miradas incendiarias. Él se había puesto en contacto con su abogado para que agilizara los trámites del divorcio y partición de bienes, lo que deseaba era terminar cuanto antes con aquella pesadilla.

Hacía un mes de la conversación y James se estaba impacientando. Le dijo a Roger, su abogado, que si era preciso que rebajara el precio del piso.

Una tarde en la que estaba paseando por la orilla del Mississippi perdido en sus pensamientos, un perro se le acercó a la carrera, y levantándose sobre sus cuartos traseros, puso sus patas delanteras en el pecho de James. Fue tal la sorpresa que él no se lo podía creer, era Harry. Estaba sucio, con su pelo apelmazado, pero lo reconoció al instante.

—Harry, amigo, ¿de dónde sales? —habló acariciándolo en el cuello tal como sabía que le gustaba.

Detrás del perro apareció un tipo al que le hacía falta una buena ducha, al igual que al animal.

—Disculpe, amigo, no logro que me haga caso. ¡Perro malo! —dijo tratando de coger la cuerda que rodeaba el cuello a Harry. James lo miró y por la vestimenta dedujo que era de esos tipos que perseguían tormentas, o más bien, olas. Parecía un hippy que no tuviera otra residencia que una furgoneta, y que fuera ciudadano del mundo, como a ellos les gustaba denominarse.

—Siéntate —dijo a Harry, y el perro así lo hizo.

—¿Qué le has dicho? Yo no he conseguido que haga nada de lo que le digo.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó James rascándole la cabeza.

—Lo encontré en una gasolinera cerca de Bastrop, el tipo me dijo que llevaba días por allí y que le daba de comer, que no le molestaba; dado su gran tamaño ahuyentaba a posibles ladrones —le explicó el hippy—. Siempre me han gustado los perros y se lo compré por un puñado de dólares que llevaba encima.

—Este perro es mío.

—Jo-der. No me extraña que haya salido corriendo rompiendo la cuerda con la que lo sostenía. Y ¿qué hacía tan lejos de Nueva Orleans?

—Mi ex se lo llevó para tocarme las pelotas. ¿Cuánto pagaste por él?

—Treinta dólares.

James sacó la cartera y le dio un billete de cien.

—Toma, por las molestias y haberlo rescatado.

—Gracias, amigo. —Bajó la mirada hacia el perro—. Tío, creo que tu dueño te cuidará mejor que yo.

«Desde luego», pensó James, pero no lo dijo.

En cuanto se quedó solo con Harry, lo miró y supo que debía llevarlo al veterinario, a que le hicieran una revisión y le dieran un lavado y desparasitado.

—Vamos, Harry, tenemos que ponerte decente.

Un par de horas más tarde, James salía del veterinario con su perro completamente limpio y sano. Se sentía feliz de volver a tenerlo junto a él. Mientras había estado esperando a que lo bañaran y lo adecentaran, llamó a Roger y le dijo que investigara si Anais había estado cerca de Bastrop, si encontraba que había utilizado la tarjeta de crédito por allí, para situarla en el lugar donde lo había abandonado, le apretaría bien las clavijas. La muy bruja no lo dio en adopción como le había asegurado. ¡Maldita mujer!

Unos días más tarde, Roger le comunicaba que había podido situar a Anais en aquella ciudad y que había averiguado por qué iba tan desesperada tras el dinero.

—Tengo varias grabaciones donde se la ve junto a su abogado en un gran casino de Las Vegas. —James no se lo podía creer.

—No puede ser, si ella odia el juego —afirmó James.

—Tal vez sí, tal vez no. Yo solo te digo lo que tengo, ella y ese abogado que tiene han estado apostando muy fuerte —señaló Roger—. Lo que creo es que se ha endeudado y necesita la pasta con urgencia. Los prestamistas de Las Vegas no se andan con chiquitas.

James se había quedado helado, se daba cuenta de que nunca había conocido a Anais a fondo. Por eso ella estaba tan desesperada por lo que pudiera sacar; no obstante, se iba a llevar una desagradable sorpresa, Roger llevaba una buena contabilidad de lo que le correspondería a cada uno. Cuando lo presentara ante el juez, ella enloquecería. ¿Cómo había podido equivocarse tanto?

Capítulo 23

Christal se moría de ganas por estar en los brazos de James, verlo cada día era como un suplicio. Sin embargo, aguantaba con la esperanza de que él pasara página a su vida.

El día anterior había recibido la llamada que llevaba meses esperando. Habían aceptado su patente y reclamaban su presencia en las oficinas del concejal de Educación. Había llegado la hora de decirle a James lo que había conseguido. Iba a ausentarse durante las clases de la tarde y no quería mentirle.

Al llegar por la mañana, vio que él ya tenía el coche aparcado en su plaza, y fue en su busca. James estaba en su despacho, sentado al ordenador, dio dos golpecitos en el cristal.

—¿Puedo pasar? —preguntó cuándo él levantó la mirada de la pantalla.

—Claro, pasa, siéntate. —Los ojos de James expresaban sorpresa y alegría a la vez. Se levantó de su sillón.

—No, no, que es mala hora, los niños empezarán a llegar. —A ella le podían las ganas de lanzarse a sus brazos—. ¿Podemos comer juntos? Tengo que contarte algo.

A él le aleteó el corazón.

—Desde luego que sí. —Le dedicó una sonrisa.

—Otra cosa, por la tarde no puedo venir, ya me las arreglaré con mis compañeras.

James levantó una ceja intrigado.

—Supongo que tiene que ver con eso que quieres hablar.

—Sí.

—Está bien, luego me cuentas.

Christal se marchó y él se quedó mirando el corredor por donde había desaparecido, ¿qué sería eso que le quería explicar?

Al mediodía, James estaba tras los cristales viendo como Christal acompañaba a los pequeños al comedor y luego volvía apresurada a su clase, supuso que para dejar la bata y coger sus cosas. Se

puso la americana y bajó a su encuentro.

—¿Estás lista? —dijo al verla salir con la mochila colgada al hombro. Fue cuando se dio cuenta de que ella no iba vestida como siempre. Ese día llevaba unos pantalones pitillo negros con una blusa blanca, unos zapatos negros con un tacón de unos ocho centímetros y se había puesto brillo en los labios. Estaba preciosa, aunque reconocía que lo estaba de todas maneras.

—Sí, vamos.

—¿Algún lugar especial? —preguntó él.

—Dónde quieras, no tengo ninguna preferencia. Ten en cuenta que tú tienes que volver al colegio.

—No creo que nadie me eche la bronca si llego tarde —afirmó con una sonrisa, poniendo la mano en la espalda de ella y empujándola hacia su coche. Durante toda la mañana se había estado preguntando qué sería eso que ella quería hablar con él, y se había apresurado en su trabajo para no tener que interrumpirla y salir hacia la escuela.

—Ten presente que ahora ya no te rehúyen, que te pueden hacer algún comentario mordaz, sobre todo al vernos salir juntos.

—Lo soportaré. —Habían llegado al coche y él le abrió la puerta.

Christal se había fijado que los demás profesores estaban pendientes de ellos, eran discretos y no preguntaban abiertamente, pero veía sus miradas.

James la llevó a un restaurante de lujo y los sentaron en una mesa al lado de una ventana por donde se veía el jardín del establecimiento.

—Bonito lugar —dijo ella.

—Sí, he estado aquí en alguna ocasión en la que necesitaba tranquilidad.

—Estas vistas son muy relajantes. ¿Acaso piensas que necesitarás de ellas? Lo que quiero contarte no es nada malo, al contrario. —Los ojos ámbar se clavaron en los negros—. El domingo de la convivencia escuchaste lo de la patente. —Él asintió, aunque no sabía de qué se trataba—. Pues la han aceptado.

—Me alegro por ti, ¿de qué se trata? —Su interés era genuino.

Ella abrió la mochila y sacó una carpeta, dentro llevaba esquemas, dibujos y anotaciones.

—Me estuviste bronqueando porque mis niños no hacen más que cantar y oías hablar del gusanito mágico. Pensabas que se trataba de un entretenimiento. —Él asintió con la cabeza—. Pues esas canciones les ayudan a aprender a sumar y restar, las compongo yo misma, y en cuanto al gusanito... —Christal sacó de la mochila tres: uno, con una bola verde que era el cuerpo, le había pintado una carita graciosa y pegado unas antenas; el otro tenía dos bolas de cuerpo, con la segunda amarilla; y el tercero tres, con los colores de los semáforos. Los dejó encima de la mesa uno al lado del otro.

—Ahora, supongo que me explicarás lo que representan.

—Desde luego, cada uno representa las palabras más largas o más cortas. Por ejemplo, «sol» solo tiene una sílaba, sería el gusanito con una sola bola; «casa» sería el de dos, y «pelota», el de

tres.

—¿Les estás enseñando a los pequeños a dividir las palabras en sílabas? —preguntó asombrado.

—Hacemos algo más que leer cuentos, analizamos las frases y comprendemos su significado. Para ellos es jugar con el gusanito mágico. Se lo pasan bien y aprenden sin apenas darse cuenta.

James estaba sorprendido, no, lo siguiente. Nunca se habría imaginado una cosa igual.

—¿Cómo se te ocurrió? Es alucinante. —En ese momento, él tomó un gusanito en la mano y la miró con admiración—. ¡Eres increíble! —Pasó la mano sobre la mesa y cogió la de ella—. ¿Por qué no me lo contaste antes?

Christal lo miró con el corazón en los ojos.

—Porque te dedicabas a criticar mi método de enseñanza, veías lo que hacía como una forma de entretener a los niños, de pasar las horas hasta que se volvieran a marchar a sus casas. Nunca te preocupaste por lo que hacía en realidad. Sabías que llegaban a primaria preparados, y aun así creías que les hacía perder el tiempo.

Ella tenía razón, nunca se había tomado en serio lo que hacía, y ahora se daba cuenta de su error.

—Lo siento, no debería haberte juzgado sin saber. —Le apretó la mano que tenía entre la suya—. Entiendo que lo de la patente ha salido adelante.

—Sí, lo han reconocido como un método muy eficaz de enseñanza. Esta tarde estoy citada con los agentes que la han aprobado y con el concejal. No sé qué saldrá de esa reunión.

—Todo lo bueno que te mereces. —James estaba contento, que ella no se hubiese limitado a encontrar trabajo después de la universidad y siguiera pensando en la forma de beneficiar a los pequeños lo llenaba de satisfacción. Recordó aquel currículo que había visto en el ayuntamiento, no se había quedado esperando que le cayera un trabajo del cielo, no, a saber a cuántos sitios lo habría llevado.

En ese instante se dio cuenta de que ella incluso había escrito su carta de renuncia, que le faltó poco para perderla. Todo había ocurrido por su poca sesera y comprendía que ella hubiese dado aquel paso. Nunca había apreciado sus esfuerzos, se había limitado a descargar sus frustraciones en ella.

No le extrañaría que después de que se supiera lo de la patente le cayeran ofertas de trabajo por todos lados, debía demostrarle lo importante que era para él.

Luego de disfrutar de las delicias del chef, salieron de allí cómodos el uno con la otra. Había sido una comida agradable y esclarecedora. Al montar en el coche fue cuando él dijo:

—Yo también tengo una buena noticia.

—¿Cuál? —preguntó ella con los ojos brillantes.

—He recuperado a Harry.

Los ojos de ella centellearon de alegría.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó Christal—. ¿Cómo está? ¿Cómo lo conseguiste? —Vio que

por los ojos negros pasaba una sombra y se arrepintió de haber preguntado.

—Digamos que ahora está bien y en casa.

—Perfecto, me alegro por ti y por él.

James vio que lo decía con sinceridad, que lo sentía de veras. No se lo pensó dos veces, se inclinó sobre ella y le dio un suavísimo beso en los labios. Luego sus miradas quedaron enganchadas, mientras él pensaba en apresurar los trámites del divorcio. Amaba a Christal, y quería tenerla a su lado costase lo que costase.

Capítulo 24

Era día de celebración, cuando las chicas se enteraron de que la patente había salido adelante, no esperaron ni un segundo para festejar. Se encontraron en el Royal de Bourbon Street para tomarse unas copas y cenar.

Después de brindar por aquel éxito tan esperado varias veces...

—¿Cómo te va lo tuyo con James? —preguntó Zoe, las demás se quedaron esperando la respuesta.

—Estamos en un punto muerto.

—¡¿Cómo?! —exclamó Meg—. Si se lo veía coladito por tus huesos. ¿No me digas que es de esos que cuando se ha acostado con una ya pierde interés?

—No lo parecía —intervino Kathy.

Ashley la miraba con la sorpresa pintada en la cara.

—No, no es nada de eso. Discutimos...

Zoe rio a carcajadas, interrumpiéndola.

—Nena, esto no es nada nuevo en vosotros. Yo creía que era un deporte que dominabas a la perfección —habló Meg.

—¿Sobre qué discutisteis? —preguntó Kathy, ella y Zoe eran las únicas que vivían con sus parejas y siempre querían dar consejos.

—En realidad por una estupidez.

—Las peleas siempre lo son —afirmó Meg, que aunque era independiente, debido a su trabajo, se enteraba de muchos casos que llegaban a violentos y todo empezaba por alguna tontería.

—Me dijo que me fuera a vivir con él, que era una pérdida de tiempo pasar cada día por mi casa.

Las unas se miraban a las otras sin entender.

—¿Y?

—Le contesté que se viniera él a la mía.

—Dime que no he escuchado bien. —Ashley alucinaba por un tubo—. ¿Estabais bien y por

esa tontería cada uno por su lado? Perdona, guapita, lo que yo veo es que ahí no había amor por ninguna de las dos partes.

Ashley había pronunciado la palabra mágica. «Amor». Christal sintió un pellizco en el corazón.

—Por mi parte sí lo había. Los días que pasamos juntos fueron los más maravillosos de mi vida.

—¿Le dijiste que lo amabas? —Kathy siempre directa a la yugular.

—No.

—¡Acabáramos! —exclamó Zoe—. No lo hiciste porque él no lo había hecho.

Christal asintió.

—Está pasando por un divorcio complicado, creo que eso lo ha vuelto cauto.

—¿Cauto? Lo ha vuelto idiota —terció Meg—. Yo no soy la más indicada, sabes que huyo de las relaciones formales desde que rompí con Ellis, pero eso no es excusa para dejarte marchar.

—¿Y cómo llevas lo de trabajar cada día con él? Porque supongo que os debéis ver a diario.

A ella le vino a la cabeza la comida del día anterior y ese beso que le supo a gloria.

—La verdad es que lo llevamos muy bien, es como si nos hubiésemos tomado un respiro.

—Nena, no te engañes, cuando una pareja necesita un tiempo, como lo llaman muchos, es que el amor ha terminado —afirmó Zoe.

—Es que no lo creo. Ahora es mucho más atento conmigo. Es como si deseara cerrar una puerta antes de abrir otra.

—Supongo que esas puertas metafóricas sois su ex y tú, ¿no? —Ashley estaba muy pendiente de las expresiones de Christal, la mayoría de las veces el lenguaje corporal era mucho más esclarecedor.

—Sí.

—No soy abogada de familia, pero todas sabemos que cualquiera en su situación ya habría continuado con su vida, sin importarle su ex.

A Christal se le hundieron los hombros. Amaba a ese hombre, le había prometido esperar a que se aclarara sus asuntos.

—Chicas, que estamos de celebración, olvidémonos de los hombres —alertó Kathy, que vio la reacción de su amiga—. Nadie sabe lo que sucederá mañana, por lo pronto hoy vamos a celebrar que Christal y su proyecto van a salir en los periódicos.

Todas le siguieron la corriente y ella se dejó llevar. Como había dicho Kathy, se limitaría a disfrutar del momento.

Capítulo 25

Christal tuvo que viajar a presentar su patente a diferentes puntos del país, y eso no le gustó a James. Sí que lo hacía los fines de semana, eran los días idóneos para no trastocar las clases, aun así, no le causaba ninguna gracia. Seguro que conocería a gente nueva, además de los profesores. Ella era muy bonita e inteligente, cualquiera que no fuera ciego se daría cuenta. ¿Estaba celoso? «Sí», le gritó su mente. Estaba enamorado de aquella mujer, la amaba. ¿Por qué no estaban juntos? «Porque fuiste un tonto», pensaba. Tenía que haberle expresado sus sentimientos y no dejar que se fuera de su lado. Su estúpido orgullo lo hizo creerse superior, y se molestó cuando le dijo que su casa era desangelada. Era lógico, ni él había colocado sus cosas, parecía que estuviera viviendo en un hotel.

En esos momentos que veía marcharse a todo el personal docente desde detrás de los cristales, se daba cuenta de lo mucho que la echaba de menos. Se quedó allí largo rato, en el centro solo quedaba el personal de la limpieza, y él no tenía ningunas ganas de volver a casa.

Tenía que poner remedio a eso, o irse al piso de ella, que era mucho más acogedor. Ante esas dos opciones, y con ella clavada en su mente, le vino a la cabeza Christal con un hijo en brazos. Seguro que querría tener varios, le encantaban los niños; puñetas, a él también.

Ese fin de semana, ella había viajado a Nueva York, y él tenía unas ganas tremendas de coger el primer avión e ir tras ella. «¿Y entonces qué?», se preguntó. «¿Le dirás que la amas y que no puedes vivir sin ella?». ¡Claro que sí! Estaba seguro de que eso era lo que quería escuchar.

Con los ánimos por las nubes, volvió a su casa y subió las cajas con sus cosas del trastero: sus libros, sus trofeos de ajedrez, los cuadros de las estrellas de béisbol, y los cacharros que había acumulado durante toda su vida. No tenía ni idea de decoración; sin embargo, estaba seguro de que, lo colocara como lo colocara, a ella le gustaría ver que al fin consideraba a aquellas paredes su hogar.

Harry contribuyó en que él diera ese paso, pensó. Tenerlo había hecho que a él dejara de importarle si había pelo en el sofá, o si le caía la baba al suelo. Gracias a su mascota, un chuchito grande y peludo que lo miraba con aquellos ojos inteligentes de un marrón vivo, que lo esperaba en casa, había dejado de estar solo, y ahora quería mucho más. La quería a ella.

Con las cajas esparcidas por el salón, salió a pasear a Harry, tenía el sábado y el domingo para colocarlo todo. Se quedó a cenar en una terraza donde le sirvieron una hamburguesa que le recordó el día que habían hecho el amor por primera vez —porque lo que tuvieron hacía años no fue amor—. Ese día, él descubrió que ella llenaba todo con su sola presencia, que lo había hecho gritar y saltar viendo un partido en la televisión, no se habían guardado ninguna de sus emociones.

Tuvo dos días para pensar en cómo demostrarle su amor, mientras colocaba libros en los estantes donde había dejado lo que venía en la casa: fotos con paisajes, jarrones y cuadros sin personalidad.

Al fin se le ocurrió lo que debía hacer.

El domingo, llamó al aeropuerto para saber a qué hora llegaba el vuelo de Nueva York. Se vistió con unos vaqueros y una camisa gris marengo y fue a casa de Christal, allí la esperaba con Harry. De camino, paró en una floristería y compró un ramo de rosas rojas. Aparcó frente al edificio y bajó del coche, miró la hora, no podía tardar, pensó. Se apoyó en el capó delantero y esperó. Harry se sentó sobre sus cuartos traseros a su lado y sus ojos lo miraban como si se preguntara qué estaban haciendo allí.

La espera se hizo larga, en su cabeza ponía orden a lo que deseaba decirle en cuanto la viera; sin embargo, todo quedó en el olvido cuando la vio bajarse de un taxi. ¡Era tan bonita!

Christal lo había reconocido en cuanto el coche giró la esquina y sintió un aleteo en su interior que le hizo contener el aliento. Le pagó al conductor, mientras este sacaba el equipaje del maletero, y clavó la mirada en James al tiempo que el vehículo se alejaba. Vio que abría la puerta del jeep y sacaba un precioso ramo de rosas. Con su característico andar firme y elástico se dirigió hacia ella, Harry lo seguía a su lado.

—Bienvenida, cariño —dijo tendiéndole las flores.

—Oh, me encantan. —Christal olfateó un capullo y sus ojos se cerraron de gusto—. Gracias, no tenías por qué hacerlo.

—Ya lo creo que sí. —James le puso una mano en la nuca y la atrajo, bajó la cabeza y le dio un suave beso en los labios—. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Muy bien.

—Este es Harry. —El perro estaba pendiente de su dueño, y ella se agachó y le rascó detrás de las orejas.

—Encantada de conocerte, Harry. —Al tener su atención, el chucho le dio un lametazo en la nariz y ella se rio—. Tú también me gustas. —Se incorporó y vio la mirada satisfecha de James clavada en ella, se la sostuvieron unos segundos, o fueron minutos, el tiempo se había detenido a su alrededor.

—Te he echado de menos. —La voz de James era íntima y sensual, lo que hizo que ella le envolviera el cuello entre sus brazos y lo besara con todo el amor que anidaba en su corazón, despertando en él sensaciones nuevas. Era como si toda su vida se hubiese estado preparando para ese momento—. Llámame «tonto» si quieres —habló en cuanto ella le dio un respiro a esa demostración de lo que él también sentía—. Debí decírtelo antes, quería terminar primero con mi ex, pero me es imposible mantenerme alejado de ti. Te amo como jamás lo hice con nadie, eres mi amanecer y mi ocaso, y si no te tengo a mi lado, muero. La vida no tiene sentido sin ti.

Aquellas palabras hicieron que a Christal se le erizara todo el vello del cuerpo. Le parecía que había esperado una eternidad para escucharlas.

—Yo también te amo —susurró contra los labios masculinos antes de volverlos a atrapar en un beso apasionado.

Subieron al piso de ella y se pasaron la noche demostrándose ese amor que al fin se habían atrevido a expresar con palabras. Fue una noche mágica y llena de promesas que ninguno olvidaría jamás.

Epílogo

Meses después

Christal se había trasladado a vivir a casa de él, era mucho más espaciosa. Además, cuando ella había visto que él al fin se había fusionado, que había hecho su hogar de aquellas paredes, supo que había hallado la paz espiritual que buscaba. La que ella quería compartir con él.

—Fuiste tú quien me dio el empujón —le dijo James.

—¿Yo?!

—Sí, me abriste los ojos al decirme que estaba desangelada. Tenías razón, desde luego. Solo la usaba para dormir, como si viviera en un hotel. Entre tú y la vuelta de Harry me hicisteis dar cuenta de que lo que me hacía falta era echar raíces.

Ella lo había mirado con los ojos muy abiertos.

—Creo que tenemos diferente forma de entender eso que acabas de decir.

—¿Cómo lo interpretas tú? —Quiso saber él, sabiendo que le estaba tomando el pelo.

—Yo pienso en un árbol, cuando se enraíza empiezan a salirle ramas.

—Entiendo que me estás comparando con un cerezo o un roble, no creo que empiece a florecer por las orejas. —Se guaseó James—. O sí. Mírame si ya empiezan a salir. —Él se le acercó, mostrándole el lado de la cara.

—¿Qué tonto eres! —Se rio ella.

Al estar tan cerca, la cogió por la cintura, la levantó y la besó con ardor. Christal se colgó de su cuello; y cuando se separaron, él la sorprendió con una pregunta.

—¿Cuántos hijos quieres tener?

Ella lo miró con la boca abierta, había entendido desde el principio lo que ella quería decir.

—Familia numerosa.

—Okey, yo también. —Le estampó un beso en los labios—. ¿Y eso cuándo será, antes o después de casarnos?

—¿Me estás pidiendo que me case contigo? —Apenas le salía la voz.

James la dejó sobre sus propios pies, fue hacia una estantería donde tenía una caja de madera tallada llena de canicas de cuando era niño. Sacó un sobre y una cajita de terciopelo rojo, la abrió

y volvió a su lado.

—Christal Barret, ¿me harías el honor de convertirte en mi mujer? Quiero hacerte feliz todos los días de mi vida, quiero darte todos los hijos que quieras. Deseo despertar a tu lado cada mañana del resto de nuestra existencia. Te amo tanto que a veces creo que me va a explotar el corazón. Eres la luz que ilumina mis noches y mis días.

—Sí, quiero; sí, quiero; sí, quiero —repetía ella lanzándose contra su pecho amplio—. Sé que tendremos que esperar a que te den el divorcio, pero lo haré gustosa. Te amo más que a mi vida.

James le puso un maravilloso anillo en el dedo anular.

—Es la sortija de mi abuela, nunca la ha llevado Anaís, creo que en el fondo de mi corazón sabía que lo nuestro no era definitivo.

—¡Es fabulosa! —exclamó ella apreciando el bonito y antiguo diseño.

—En cuanto a lo de esperar... —James le tendió el sobre para que leyera la misiva del interior—. Aquí está la resolución del juez. Estoy oficialmente divorciado.

—¿Desde cuándo? ¿Por qué no me lo dijiste?

—La tengo desde ayer, y quería darte una sorpresa. Ella no nos volverá a incordiar. —Christal no cabía en sí de gozo, lo abrazó por la cintura, apretándose contra él como si quisiera formar parte de aquel cuerpo fornido que la hacía sentir en un cálido nido de amor—. ¿Qué te parece si nos casamos en primavera?

—¿Y si nos vamos al juzgado y firmamos los papeles?

A él le gustaba que ella tuviera tanta prisa en convertirse en su mujer.

—Creía que querías una gran ceremonia con todos nuestros amigos.

—¿Cuánto se tarda en organizar una boda así? —Quiso saber ella.

—Unos meses, creo.

—Entonces cuando nos casemos estaré redonda como una sandía. —James la miró con una ceja levantada—. Claro que a nadie le extrañará, nosotros siempre hacemos las cosas al revés. Discutimos antes de ser pareja y encargamos niños antes de casarnos.

—¿Me estás diciendo...?

—Sí, amor mío. —Christal le cogió una mano y se la puso en la tripa todavía plana—. Aquí está creciendo tu hijo... o hija.

James cayó de rodillas ante ella y le besó la barriga.

—Hola, hijo mío, soy tan feliz...

Nota de autora

Documentarme sobre Nueva Orleans ha hecho que deseara visitar esa ciudad, aunque mi miedo a volar... no creo que me atreviera a cruzar el charco. Tendrían que darme un buen castañazo para dejarme inconsciente durante las horas de vuelo, ja, ja, ja.

Quiero comentaros que le puse «Rodríguez Miró» a la escuela en honor a un gobernador de Luisiana que nació en Reus, mi ciudad natal, al descubrirlo me hizo mucha gracia.

Si habéis llegado hasta aquí, habréis reconocido a Kathy, la protagonista de *La tentación del corazón de jade*, fueron ella y sus amigas las que me empujaron a buscar información sobre Nueva Orleans, a leer sobre la ciudad más encantada de Estados Unidos, y a escribir sus propias historias. También os habréis encontrado con Walter y Moira, los protagonistas de *La caricia del topacio azul*.

¡Sorprendente lo que podemos descubrir cuando investigamos!

Si a ti también te ha gustado, házmelo saber en cualquier red social.

Facebook: Marian Arpa

Instagram: @marian_arpa

Twitter: Marian Arpa15

Y si quieres saber más sobre mí, te invito a mi blog: marianarpa.wordpress.com

Los escritores nos alimentamos de vuestros comentarios. Muchas gracias.

Agradecimientos

Primero que todo, le agradezco a Lola Gude ese cariño que me regala a manos llenas. Esa preocupación que me muestra y siento desde la distancia. Ese ánimo que no para de mandarme y que me llega al corazón. Gracias, Lola, te quiero.

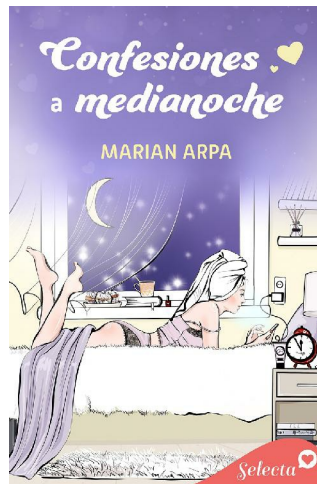
También quiero incluir aquí a Vero, mi compañera, amiga, hermana de letras; en nuestras largas conversaciones arreglamos el mundo, a la par que salen unas ideas para novelas locas, locas, locas. Nos reímos de lo lindo. Dicen que el oficio del escritor es solitario, yo no me siento así gracias a ti. Un besazo, guapi.

Por último quiero agradecerte a ti, sí, a ti, a la que está leyendo estas palabras. Espero que hayas disfrutado de la historia de Christal y James. Un abrazo muy grande.

Si te ha gustado

Prohibido liarse con el jefe

puedes disfrutar de estas





Nueva serie de Marian Arpa: Cuatro amigas inseparables, cuatro formas de amar diferentes. Nueva Orleans será testigo de unas historias arrolladoras.

Los «te amo» falsos dejaban una huella difícil de borrar. Le hacían pensar que su amor no valía nada, hasta que reparó que la rutina había sido su peor enemigo.



James Rice era director de un centro escolar muy prestigioso de Nueva Orleans. Era cordial con todos sus compañeros, hasta que de pronto todo cambió y se volvió un hombre taciturno al que todos evitaban.

¿Dónde quedaron aquellos días en que siempre tenía una palabra amable para todo el mundo?

Christal Barret era maestra de educación infantil. Su cariño, su sonrisa y su energía hacían de ella una maestra a la que todo el mundo adoraba. Su implicación en su profesión la llevó a subir con rapidez escalones en su trabajo; y su decisión y empuje la metieron en un gran problema.

¿Era cierto ese dicho de «quién se pelea se desea»?

Ambos tuvieron en el pasado una aventura pasajera, y al reencontrarse, él pareció no querer rememorar esa etapa de su vida. Lo que ella respetó, pues en esos momentos, él estaba casado. Su trabajo en el Rodríguez Miró era satisfactorio para los dos hasta que, de la noche a la mañana, él se volvió amargado y empezó a encontrar defectos en todo lo que hacían sus compañeros, principalmente ella. Eso hizo que Christal sacase el carácter y discutieran por cualquier cosa. Sus broncas no tenían fin, hasta el punto que ella pensó en abandonar ese prestigioso centro.

¿Lograrían solventar sus diferencias?

Marian Arpa es el seudónimo con que María Antonia Ariño Parra firma sus novelas románticas. Vive en Reus, su ciudad natal, con los tres amores de su vida: su marido y sus dos hijos. Su afición por la lectura la llevó a leer todo lo que caía en sus manos desde muy joven, hasta que un día la novela romántica la atrapó, y sumida en relatos de castillos y damas en apuros, Escocia, Irlanda e Inglaterra, pensó que también podía haber historias de amor actuales. Desde ese momento dejó volar su imaginación y empezó a escribir.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: febrero de 2024

© 2024, Marian Arpa

© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Moreyba Martín Leal

Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19117-95-3

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

Prohibido liarse con el jefe

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo

Nota de autora

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Marian Arpa

Créditos